EATRO ANTIGUO Y MODERNO

BUTTI

TRAS
EL PLACER

DRAMA

DELEGADA
DEL
ARTISTICO

ositados en la
ca Nacional

cedencia
RÄS

procedencia
716

TRAS EL PLACER

ES PROPIEDAD

Imprenta de F. Badía, Dou 14, Barcelona.

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO - Vol. 36

ENRIQUE A. BUTTI

TRAS EL PLACER

DRAMA EN CINCO ACTOS

TRADUCIDO AL ESPAÑOL

POR

MIGUEL DOMENGE MIR

LIBRERIA DE ANTONIO LÓPEZ, EDITOR.-RAMBLA DEL CENTRO, 20.—BARCELONA: : : : : : : : 1906.

PERSONAJES

ALDO RIGLIARDI, (abogado).
SU MADRE.
CAMILA, (su esposa).
CONDESA ELENA VALRIGHI.
ESTER SALVIATTI.
PABLO SALVIATTI, (ingeniero).
VICTOR BREMA.
JUAN SERRA, (abogado).
UN INVITADO DELGADO.
UNA SEÑORITA RUBIA.
UN POLLITO MUY ACICALADO.
UN INVITADO GORDO.
UN PERSONAJE.
EL MINISTRO DE AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO.
EL GOBERNADOR DE MILÁN.
UNA SEÑORA.
OTRA SEÑORA.
UNA JOVENCITA DE CATORCE AÑOS.
MARCO, (escribiente).
UN CLIENTE POBRE.
UNA MUJER.
UN CRIADO DE CASA RIGLIARDI.
UNA DONCELLA.
UNA CHIQUILLA.—LA NODRIZA CON EL NIÑO.—INVITADOS.

(La escena en Milán.—Época actual)

ACTO PRIMERO

La mañana

En la villa de Aldo Rigliardi. Amplia sala, en planta baja, lujosa y severamente decorada, cerca del jardin. Una puerta lateral, á la izquierda, comunica con el vestíbulo. Otras dos á la derecha comunican: la primera con el comedor, la segunda con la escalera que conduce á los pisos altos. El muro del fondo está dividido en dos partes, la primera mitad está formada por unas grandes vidrieras, con una puerta que conduce al jardin, y á través de ellas se ven floridos grupos de arbustos el fresco cesped y plantas ornamentales; la otra mitad comuniea por medio de una puerta, con un gabinetito, amueblado con gran lujo. en donde se halla un piano. El hueco de la puerta está cubierto por una rica cortina. El decorado es muy moderno, no habiéndose olvidado ni el más ligero detalle. Mañana del mes de Mayo, clara y tranquila. El jardin está inundado de luz.

ESCENA PRIMERA

Del saloncito salen las alegres notas de un piano. UN CRIADO entra por la puerta de la izquierda, y se dirige hacia á la del gabinete, de la cual levanta la cortina. Poco después, sale CAMILA RIGLIARDI. joven, morena, alegre, hermosa, elegantemente vestida.

El criado.—*(Alzando la cortina y anunciando).* La señora condesa Valrighi.

Camila.—*(Desde dentro y cesando de tocar).* ¿Quién?

720934

EL CRIADO.—La señora condesa Valrighi.

CAMILA.—*(Entrando alegremente en escena).* ¿La condesa Valrighi?... ¿Elena? ¡Que pase! Que pase en seguida. *(El criado se inclina y va á retirarse).*

CAMILA.—Mateo, oiga. *(El criado se vuelve y á un gesto de ella se acerca).* ¿Ha venido esta mañana mi hermano? Me pareció verle desde la ventana.

EL CRIADO.—Si señora, á las nueve y media. El señorito Luis ha preguntado si podía hablar con usted. Le he contestado que la señora no se había levantado aún; y se ha marchado sin dejar recado alguno.

CAMILA.—Está bien. Si por casualidad vuelve, dígale que no puedo recibirle; cuando tenga necesidad de mí, que me escriba. *(El criado se inclina y sale Ella queda un poco pensativa; después, al entrar su amiga, súbitamente se tranquiliza, mostrando una sincera alegría).*

ESCENA II

ELENA VALRIGHI, entra, acompañada del criado, que en seguida se marcha. Es graciosa, delicada, tiene el aspecto de una convaleciente. CAMILA corre cariñosamente á su encuentro.

CAMILA.—¡Elena!

ELENA.—¡Camila *(Se abrazan y besan).*

CAMILA.—*(Teniéndola abrazada por la cintura).* ¡Pero has hecho milagros!.... ¿Ya correteando? ¿Te encuentras bien del todo? ¡Pero que tonta! ¡Vaya una pregunta!... ¡Si basta mirarte la cara.

ELENA.—*(Separándose de ella).* No tanto, no tanto. Aun me encuentro algo delicada. Apenas puedo tenerme en pie.

CAMILA—*(Señalándole el diván).* Entonces sién-

tate... y después hablaremos. Me has dado una gran alegría, acordándote tan pronto de mi...

ELENA.—*(Que se ha sentado).* ¡Tres meses, sin salir de casa! Y claro, todo me causa un cierto efecto... ¡Estoy como aturdida, deslumbrada!

CAMILA.—*(Sentándose á su lado).* Lo creo. ¿Pero cómo has salido tan de mañana?

ELENA.—Dispénsame, Camila, si he venido á á esta hora algó intempestiva.

CAMILA.—No digas eso. Para mi todas las horas son buenas. Pero has cometido una imprudencia...

ELENA.—A la fuerza, querida. Hoy después de medio día estaré ocupadísima... Almuerza en casa el ministro, que ha venido á propósito para el bautizo de mi chiquitín. Si echándomelas de valiente no salgo tan temprano no hubiese podido abrazarte... y además... quería encontrar á tu marido para repetirle la invitación en persona...

CAMILA.—No hacía falta...

ELENA.—¡Oh! ¡Como él tiene la costumbre de hacerse desear!... ¡Y no digo nada, ahora que está á punto de ser diputado de oposición!... ¡y de qué oposición! ..

CAMILA.—*(Riendo).* La política nada tiene que ver con nuestra buena y antigua amistad. Aldo ha prometido ir... Además, es mi marido, y debe acompañarme. Yo no puedo presentarme sola, ¿verdad?

ELENA.—*(Alegre, pero algo turbada).* Esto es lo que yo pensaba. *(Cambiando de tono).* ¿Y cómo sigue la buena señora Rigliardi?

CAMILA.—*(Con acento algo triste).* Siempre lo mismo. No está mal... pero está debil, demasiado debil...

ELENA. — ¿Sigue siempre encerrada en su cuarto?

CAMILA.—No. Ahora baja casi siempre á desayunar y almorzar con nosotros. Da algunos cortos paseos por el sol... Pero ya no es la de antes.

ELENA.—¡No puedes figurarte cuanto lo siento!... ¿Y tu marido que dice?

CAMILA.—¿Aldo? Se hace ilusiones. Le basta que su madre medio sonria, ó se atreva á dar dos pasos por el jardin, para creerla bien del todo.

ELENA.—¿De modo que tu marido sigue siempre de tan buen humor?

CAMILA.—*(Riendo)*. Siempre.

ELENA.—¿Ni el gran cariño que dice tener á su madre, ha modificado su carácter?

CAMILA.—Te repito que se hace ilusiones. Pero el día en que vea la triste realidad, tendrá un inmenso desconsuelo.

ELENA.—La quiere mucho, ¿verdad?

CAMILA.—La quiere con delirio... La quiere más que á nadie, más que á mí. *(Con amargura)*. La quiere tanto, que á veces siento celos de aquella santa mujer. ¡Si le vieras en ciertos momentos!... Se pone casi ridículo. Lo mismo que un chiquillo. La acaricia con tales mimos que parecen imposibles en un hombre tan formal.

ELENA.—*(Soltando la risa)*. Tu marido un hombre formal?

CAMILA.— ¿Acaso no lo es?...

ELENA.—No me había dado cuenta de ello.

CAMILA.—Lo cual no es obstáculo para que verdaderamente lo sea.

ELENA.—*(Riendo)*. ¡Qué me cuentas!

CAMILA.—*(Con energía)*. Oye, no quiero decir que tenga un carácter triste... Te digo que es un hombre formal porque según yo creo,

la formalidad no está reñida con el buen humor. Puede estar satisfecho de si mismo. Está bien de salud y no le remuerde la conciencia. No conoce adversidades ni reveses de fortuna. ¡Pues es muy natural que esté alegre y manifieste su alegría!

ELENA.—*(Chanceándose)*. ¿Si tienes interés en hacerme confesar que el señor abogado Rigliardi es un hombre formal...?

CAMILA.—*(Enfadándose)*. ¡Lo es!

ELENA.—... lo confesaré... solo por darte gusto.

CAMILA.—*(Mirándola fijamente)*. Oye ¿Sabes algo malo de mi marido?

ELENA.—Nada, mi buena Camila. Si apenas acabo de levantarme de la cama después de dos meses de encierro.

CAMILA.—¿Entonces?

ELENA.—No hagas caso... ¡Son bromas! Te hacía enfadar... para verte echar chispas. ¡Y ya lo conseguí!

CAMILA.—¡Sigues siendo tan mala como en el colegio!

ELENA.—*(Sonriendo)*. ¡Si me he vuelto un corderito! Pero... contigo algunas veces no puedo resistir la tentación de pincharte.

CAMILA.—¿Por qué?

ELENA.—Tal vez por envidia. (*Pausa*). ¿De modo que aun sigues tan enamorada?

CAMILA.—(*Un poco burlona*). ¡Ah! ¡sí! ¡le quiero con toda el alma!

ELENA.—¿Igual... que en los primeros días?

CAMILA.—¡Mucho más!

ELENA.—¿Después de diez años de matrimonio? ¡Quieres ahora burlarte de mí!...

CAMILA.—(*Muy seria*). No; lo digo porque es así. Y se comprende. No tengo hijos, no me trato con mi familia, que verdaderamente no me honra mucho, y mi marido lo es todo para mí. Y... no te rías, Elena...

ELENA.—¿Qué?

CAMILA.—... me parece siempre, el hombre más guapo y más simpático que se pueda imaginar.

ELENA.—(*Soltando la risa*). El *non plus* del género.

CAMILA.—(*Gravemente*). Además tengo otras razones muy poderosas...

ELENA —(*Cesando de reir*) ¿Cuáles?

CAMILA —(*Con voz baja*). Tu sabes lo que Aldo ha hecho por mí y por los míos. Sabes como y en que momento se casó conmigo... ¡cuando mi padre estaba á punto de declararse en quiebra, y el desgraciado de mi hermano había emprendido el vuelo, robándonos el poco dinero que nos quedaba! ¿Cómo es posible que pueda olvidar, que durante días terribles de ruina y vergüenzas, un hombre como él, jóven, rico, de gran porvenir, no dudó en tenderme la mano para salvarme y hacerme dichosa?

ELENA.—(*Seria*). Tienes razón; no sé que decirte. En aquella ocasión demostró ser un hombre de mucho corazón.

CAMILA.—Y no tan solo entonces Elena; tu no conoces á Aldo ó lo conoces muy superficialmente.

ELENA.—(*Con lijera sonrisa*). ¡Claro! ¿Cómo quiéres que le conozca?

CAMILA.—(*Continuando, siempre seria*). Bajo aquella máscara de alegría imperturbable, oculta un alma noble, compasiva, vehemente. Si tu supieras el bien que diariamente hace, casi á escondidas, sin ostentación; ¡cuántas miserias socorre, á cuantas pobres criaturas prodiga consejos, dinero, apoyo moral!...

ELENA.—Dicen, en efecto, que es muy generoso...

CAMILA.—(*Continuando*). Y sus mismas ideas políticas no son un alarde de vanidad, como suponen muchos, y entre ellos tu y tu marido. No. Las siente así, las lleva en la sangre...

ELENA.—(*Sonriendo*). Esto no es gran elogio.

CAMILA.—Al contrario, es un gran elogio.

ELENA.—¿Cómo? ¿También te has vuelto socialista?

CAMILA.—Nosotras deberíamos serlo aunque solo fuese por compasión.

ELENA.—(*Soltando la risa*) ¡Qué barbaridad! Ya te veo el día menos pensado repartir candidaturas en la puerta de un colegio electoral, con un gran lazo rojo en el brazo.

CAMILA.—(*Levantándose, despechada*). ¡Vaya, no dices más que tonterías! Hablemos de otra cosa... ¿Es, irrevocablemente, mañana el día fijado para el bautizo?

ELENA.—Sí, mañana por la mañana á las diez. Convendría que tu como madrina te encontrases en casa á las nueve y media. A medio día volveremos al gobierno para el «lunch». (*Se oye la campanilla del vestíbulo*

CAMILA—.(*Alegremente*). ¡Es él!

ELENA.—(*Levantándose de pronto, un poco nerviosa*) ¡Ah, por fin! (*En seguida corrigiéndose*). Quiero otra vez repetirle la invitación.

ESCENA III

Se oye la voz de ALDO RIGLIARDI en el vestíbulo. Poco después entra seguido de VICTOR BREMA. ALDO es un hombre de unos treinta y cinco años, alto, guapísimo, bien formado y de rebuscada elegancia. Aspecto juvenil é inteligente, gestos estudiados en los cuales se ve claramente la intención de agradar. Viste traje claro de mañana, con una gran flor blanca en el ojal. VICTOR es rubio, pálido, viste á la inglesa; de la misma edad que RIGLIARDI, aunque parece más envejecido. Tipo de rico calavera, enervado por la ociosidad y la disipación.

ALDO.—(*Desde el vestíbulo, fuerte y muy alegre*). ¡Vamos! ¿Está ya el almuerzo? Pronto! ¡Que tengo un hambre canina!

CAMILA.—(*Sonriendo, á Elena*). ¡Siempre así!

ALDO.—(*Desde el umbral*). ¡Camila! ¡Camililla! ¡Almuerza con nosotros el inválido! (*Viendo á Elena y dirigiéndose á ella con galantería*). ¿Qué veo? ¡La graciosa, la hechicera condesa Elena!... ¡Mi enhorabuena más completa!

ELENA.—(*Tendiéndole la mano, que él besa*). ¡Gracias!

ALDO.—¡Hace un día soberbio! La primavera triunfa con todo su vigor; hay una armonía de colores y perfumes que embriaga. (*Acercándose á la puerta del jardin y abriéndola*). ¡Paso á la Primavera!

VICTOR.—(*Entrando y dirigiéndose á Camila*). Señora, usted me perdonará la libertad que me he tomado convidándome á almorzar.

CAMILA.—(*Estrechándole la mano*). ¡Pues no faltaba más! ¿Está usted ya bien señor Brema? Aldo me ha dicho que había estado usted indispuesto...

VICTOR.—Mis achaques de costumbre; reuma, tos... (*Siguen hablando*).

ALDO.—(*Acercándose á Elena, y hablándole casi en voz baja*). ¡Usted y la primavera! Dos encantos que bastan para darme un buen día! ¡Cuánto tiempo sin verla! ¡Desde hace dos meses! ¡Más! ¡Desde hace tres, largos, larguísimos meses!

ELENA.—(*Bajo, riendo*). Al oirle parece que ha contado los días, y ha sufrido por mi ausencia.

ALDO.—(*Serio*) Y es verdad que he sufrido.

ELENA.—¿Quién es capaz de creerlo?

ALDO.—Usted, si quisiera tomarse la molestia de recordar...

ELENA.—¡Ah! ¿recordar?... Ya recuerdo... pero no creo en nada.

ALDO.—¿Y por qué?

ELENA.—Porque Aldo Rigliardi es un adulador... por no decir otra cosa.

ALDO.—¿Yo? (*Mirándola fijamente*). ¿Me permite usted demostrarle... todo lo contrario?

ELENA.—¡Oh! por mí...

ALDO.—(*Con mirada penetrante.*) Está bien. Hablaremos. (*Toda esta conversación muy deprisa y fingiendo hablar de cosas indiferentes Después volviéndose alegremente y con desenvoltura.*) Y tú Camila ¿cómo estás?

CAMILA.—Muy bien, gracias.

ALDO.—(*Mientras Brema saluda á la condesa, se acerca á Camila, le coje la cintura y le besa la frente.*) ¡Ah! ¡Así me gusta! Este vestido te sienta á maravilla; te hace más hermosa, si esto fuera posible.

CAMILA.—(*Extática, abandonándose un poco en su brazo*) ¿De veras?

ALDO.—(*Ofreciéndole la flor.*) Toma el tributo matutino de costumbre. Para ti...

CAMILA.—¡Gracias, muchas gracias!... ¡Qué hermosa! ¡Parece de nieve!... Esto me prueba que á veces te acuerdas de mi.

ALDO. —(*Con mirada apasionada.*) ¡Siempre! (*Separándose bruscamente.*) ¿Y mamá?

CAMILA.—Hace media hora que la he dejado... Me pareció que estaba de buen humor.

ALDO.—Más vale así .. Tengo que darte un recado importante Camila.

CAMILA.—¿Cuál?

ALDO.—He encontrado á Ester en la calle. Me ha dicho que pasará por aquí, antes de mediodía, para probarte el abrigo.

CAMILA.—Está bien, gracias. La mandé llamar ayer.

ELENA.—(*Que se ha sentado de nuevo.*) ¿Tu modista?

CAMILA.—No quiero llamarla así. Es una buena muchacha que trabaja divinamente y tiene necesidad de ganarse la vida. Y ya que antes te hablaba del bien que hace mi marido...

ALDO.—¿Qué?

CAMILA.—...quiero darte de ello, un ejemplo.

ALDO.—¡Por caridad Camila, cállate!

CAMILA.—No; quiero contárselo. La muchacha de que hablamos es la hija de un antiguo amigo de su padre (*Señalando á Aldo*) que al morir estaba muy mal de intereses. Quedó huérfana á los diez años, con un hermano un poco mayor que ella; y los dos hubiesen ido á parar á un Asilo, si Aldo no llega á encargarse de su educación, metiéndolos, por cuenta suya, en un colegio.

ELENA.—Muy bien.

ALDO.—Todo lo cual nada tiene de extraordinario.

CAMILA.—No paró aquí. Viendo que el muchacho era muy aplicado, decidió que continuara sus estudios, y este año, ha salido de la Politécnica con el título de ingeniero electricista.

ELENA.—*(A Aldo, con dulce sonrisa.)* Todo esto es muy hermoso.

ALDO —*(Riendo.)* No, señora mía. Es muy sencillo; y debería ser muy común, si los hombres fuesen algo menos egoístas y un poco más prácticos.

ELENA.—Esto no rebaja el mérito...

ALDO.—¿Pero qué mérito? Soy rico, ó al menos heredé una renta regular que no necesito, porque trabajo y sólo quiero vivir de mi trabajo. Es natural que ponga aquel dinero inútil á disposición de los necesitados.

VICTOR.—*(Que se ha sentado.)* Oye: ¿podrías ponerme en lista?

ALDO.—Seguramente... pero sólo cuando te hayas arruinado por completo. Los hombres como tú, no me son ni antipáticos ni indiferentes. ¡Sois el proletariado del porvenir! *(Las señoras ríen.)*

ELENA.—*(Que de pronto mira el reloj, sobresaltada.)* ¡Es ya muy tarde!... Y yo he venido para recordarle una promesa, señor abogado.

ALDO.—¿De veras?

ELENA. — *(Sonriendo con intención.)* ¿No se acuerda? ¿Solamente yo debo recordar? ¡Ah, qué hombres estos! *(Camila escucha con viva curiosidad.)*

ELENA.—Mañana bautizamos solemnemente á mi chiquitín.

ALDO.—*(Vivamente.)* ¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡Esta mañana me lo ha recordado Camila!... Al parecer es necesaria mi presencia!

ELENA.—Usted lo ha prometido. Pero yo temo que falte, y no quiere hacer acto de presencia en una fiesta, por decirlo así, casi oficial...

ALDO.—¿Y por qué?

ELENA.—Por sus ideas...

ALDO.—¿Pero que importan las ideas?... ¿No es Camila la madrina? ¿No soy el marido de Camila?... No dude usted de mi palabra; iré, veré, oiré, bendeciré... (*Mirando á Camila, con acento algo triste.*) Aun cuando, á decir verdad, será una fiesta que despertará algo de envidia en el corazón de Camila y en el mío.

CAMILA.—(*Con sonrisa feliz.*) ¡Si; mucha envidia!

ELENA.—(*Con leve intención irónica.*) ¿Y por qué? No hay que perder nunca la esperanza... Nosotros la habíamos perdido, y á los cinco años hemos visto colmados nuestros deseos.

ALDO.—¡Cinco son la mitad de diez, señora mía!... Y no hay que suponer que nos haya faltado la buena voluntad, ¿verdad, Camila?

CAMILA —¡No digas tonterías!

ALEO.—Ya sabes que nunca las digo.

ELENA.—(*Levantándose algo molesta.*) Ya es muy tarde y no tengo más remedio que marcharme. Hasta la vista, Camila.

CAMILA.—Hasta mañana. ¡Ah! Si necesitas una modista acuérdate de aquella muchacha... Trabaja muy bien, y tiene muy buen gusto.

ELENA —(*Mirando el traje de Camila.*) No hace falta que lo digas, basta mirar como vistes. (*Se abrazan. Elena volviéndose á Aldo.*) Hasta la vista, olvidadizo...

ALDO.—(*Besándole la mano.*) Condesa... ¡no se fíe demasiado. Tengo muy buena memoria.

ELENA.—(*A Brema que se ha levantado.*) Se-

ñor Brema, si quiere usted honrarnos con su presencia, tendré en ello mucho gusto.

VÍCTOR.—*(Inclinándose.)* Gracias. No faltaré... *(Al inclinarse siente una punzada y hace una mueca.)*... siempre que mi espalda derecha, lo permita.

ELENA.—*(Saludando al salir.)* ¡Señores!... ¡Camila!...

CAMILA.—Espera. Te acompañaré hasta la verja del jardín. *(A Brema.)* ¡Con su permiso!

VICTOR.—*(Intenta inclinarse.)* Usted lo tiene.

CAMILA.—No se moleste. Su espalda derecha ..

VICTOR.—¡No! ¡Ahora es la izquierda la que me duele! *(Las dos señoras, cogidas del brazo, salen, riendo, por la puerta de cristales. Se las ve alejarse por el jardín.)*

ESCENA IV

Al quedarse solos, VICTOR BREMA se sienta; ALDO RIGLIARDI queda en pie á su lado mirando hacia el jardín.

ALDO.—¡Qué apetitosa está la gobernadora! ¿verdad?

VICTOR.—*(Sin volverse.)* Según el apetito...

ALDO.—*(Mirando siempre al jardín.)* ¡Obsérvala como anda! Su cuerpo parece deslizarse sobre el suelo, con la facilidad, con la delicadeza de una hoja arrastrada por la brisa.

VICTOR.—¡Oh, eso sí! ¡Dicen, en efecto, que es una mujercita muy ligera!

ALDO.—*(Rápidamente.)* Tanto mejor... No seré yo, quien se lo eche en cara. *(Mirando siempre á Elena que se va alejando.)* ¡Verdaderamente no es posible andar mejor!.. ¿Te has fijado en sus gestos. Aquellos gestos

suyos, menudos, en los cuales hay toda la cauta y armónica languidez de una gatita. (*Volviéndose con sonrisa deseosa á Víctor.*) ¡Me gusta! No puedo disimularlo; ¡me gusta!

VICTOR.—(*Mirando hacia el jardín.*) Si quieres que te diga francamente mi opinión, puesto á elegir me quedaba... con tu mujer.

ALDO.—(*Observando atentamente á las dos mujeres.*) ¿De veras?

VICTOR.—Sin duda. Es más hermosa, más joven...

ALDO.— *Acrcándose á él.*) No; eran compañeras de colegio, deben tener aproximadamente la misma edad. ¿Y además á qué comparar?... ¡Dos mujeres jóvenes y graciosas! ¿Cómo es posible compararlas, si desde el momento en que te gustan, son distintas, absolutamente distintas? Para compararlas debes homogeneizarlas ó sea quitarles precisamente aquella cualidad por la cual te gustan. (*Las dos señoras acaban de desaparecer entre los árboles.*

VICTOR.—Será verdad lo que dices. Sin embargo, no me negarás que la comparación tiene al menos una ventaja; entre dos mujeres te permite escojer una.

ALDO.—(*Riendo.*) ¿No sería mejor quedarse con las dos?

VICTOR —Claro, sería mejor... á ser posible... Pero, dispensa; ¿qué opina tu mujer de la antipatía por las comparaciones?

ALDO.—(*Riendo.*) ¡Ah, qué pregunta más ingénua! Mi mujer no opina nada porque no la conoce... Yo le oculto todo lo que podría desagradarle .. Porque yo la quiero, verdadera, seriamente, y sería desgraciadísimo, si la viera sufrir... asi es que...

VICTOR.—(*Sonriendo.*) ¡La engañas!

ALDO.—(*Sentándose á su lado.*) No. ¡Procuro que no lo sepa! ¿Y qué quieres que haga? Si me fuera posible serle fiel seria tal vez mejor... al menos para ella. Pero como no me es posible—y es inútil pretenderlo de mis nervios, de mi temperamento, de mi cerebro —busco al menos por algún artificio, el medio de conservarle la paz y la felicidad, que le deseo con toda el alma.

VICTOR.—(*Después de una breve pausa.*) Pero dime: ¿Aún no estás harto de las mujeres? ¡Después de veinte años de experiencias, yo no puedo sufrirlas!

ALDO.—¡Y á mí por el contrario de cada día me gustan más! ¡Las mujeres son para mí una especie de alimento sentimental tan necesario como el material!... ¿Crees tu que yo engaño á mi mujer, por el solo placer de engañarla? No; me siento arrastrado por una especie de fatalidad. En ciertas y determinadas circunstancias no soy dueño de mí mismo; corro como un loco, irresistiblemente, hacia la felicidad, que se me presenta siempre nueva, bajo la forma de una nueva mujer. ¡No tengo yo la culpa! ¡Soy así! Y, verdaderamente, cuando reflexiono sobre ello, no lo siento. ¡Hago tan poco daño á los demás, y me procuro tanto placer...!

VICTOR.—Pero si hace años te conocias tan á fondo habrías hecho muy bien en no casarte.

ALDO.—¿Y porqué?

VICTOR.—Porque tu temperamento, no era el más á propósito para hacer un buen marido.

ALDO.—¡Cuán equivocado estás! Apesar de mis debilidades me tengo por uno de los mejores maridos posibles.

VICTOR.—(*Estupefacto.*) ¿Hablas en serio?

ALDO.—Y no debo estar muy equivocado porque también opina así mi mujer. No soy feo, no soy viejo, no soy imbécil—cosa rara entre los maridos—y soy bueno.

VICTOR.—(*Riendo.*) ¡Oh! ¿Bueno tú?

ALDO.—(*Serio, levantando la cabeza.*) ¡Si! ¡Soy bueno... y no solamente con mi mujer! Lo soy con todas las mujeres, indistintamente. Y te lo digo con tanta franqueza porque la bondad no es un mérito; ¡es un mal!—¡Ah, la bondad con las mujeres!... Es el principjo de toda inmoralidad: ¡porque, á menudo bastaria no ser bueno, para no salirse de la moral.

VICTOR.—(*Sin haberlo comprendido del todo.*) ¿Qué dices?... No comprendo. Explicate.

ALDO.—Dime Victor: ¿sabes romper con una mujer, cuando ésta no te da motivo para ello?

VICTOR.—Yo sí.

ALDO.—¿Qué haces?

VICTOR.—¡Qué diablo! ¡La dejo!

ALDO. — Es muy fácil de decir y muy difícil de hacer. Yo, con toda mi habilidad no sé como dejar una mujer. No la dejo hasta que la casualidad, compasiva, me libra de ella. Asi es, que me veo obligado á llevar una vida de Sultán, que está en contradicción con la ley, con la moral con las buenas costumbres, y á menudo, y esto es lo más grave, ¡con mi deseo! Por ejemplo, cuando me casé era el amante de una desdichada á quien hacía poco se le habia muerto un hijo que adoraba. Mi matrimonio, como sabes, fué obra de mi madre, en contra de mis ideas que se oponían á las formalidades civiles y religiosas de la ceremonia. Mi amante lo sabía; y

creyendo que se trataba de un matrimonio de pura condescendencia filial, me suplicó no la abandonase, amenazándome con matarse. Entre paréntesis, era mujer para poner en obra su amenaza ¿Qué remedio me quedaba? No pude abandonarla.

VICTOR.—(*Fingiendo indignación.*) ¿Y juraste eterna fidelidad á tu esposa?

ALDO.—(*Alegremente.*) Delante de los hombres y de Dios.

VICTOR.—Y durante la luna de miel, ¿te has dividido . ?

ALDO.—¡Entre dos mujeres! Ha sido la máxima reducción á la que he podido llegar.

VICTOR.—(*Con expresión de envidia irónica.*) ¡Pero esto que me cuentas es monstruoso! ¡Es abominable! Si tu mujer lo supiera...

ALDO.—(*Riendo*) ¡Tableau!... ¡Hombre al agua! (*Cambiando de tono.*) ¿Pero, en realidad, qué mal le he causado? ¿Qué privaciones ha sufrido? Razonemos, Víctor. ¿Aquella acción, que tu llamas monstruosa, no se ha resuelto en un doble beneficio? Nuestra equivocación está en considerar el amor como una institución, como un principio, como un sacramento. El amor por el contrario, es una necesidad... ni más ni menos que el apetito. Hay hombres que comen por cuatro; y nadie se escandaliza... Lo importante es esto: no hacer mal al prójimo, y cuando se pueda hacer el bien.

VICTOR.—Admitido. Pero, con tu sistema, el día menos pensado, puedes causar un gran dolor á tu mujer. ¿Y á esto no le llamas «hacer el mal»?

ALDO —Ciertamente. Pero es fácil evitarlo.

VICTOR.—¿Y si un día no lo pudieses? ¿Si tu mujer te descubriera?

ALDO.—Entonces... (*Encogiéndose de hombros*

y sonriendo.)... Entonces pensaré lo qué debo hacer.

VICTOR.—*(Riendo)* ¿Entonces?

ALDO. — *(Levantándose)* Naturalmente... ¿A qué ponerse siempre en lo peor? La vida es breve. ¿Y si renuncias á las mujeres, y teniendo corazón al placer de ser útil á tus semejantes, que te queda aquí abajo?

VICTOR.—¡Ah! ¡La paz, el reposo, el dormir tranquilo! ¡Cosas confortantes!

ALDO.—O lo que es lo mismo, la nada. No, querido amigo, no quiero pensarlo; y sí en ello pienso, es solamente para excitarme á un goce más rápido y más intenso... Y si he de serte franco, ahora siento más deseos de placeres, de satisfacciones morales, de amor y de éxitos, que en los primeros años de mi juventud. Creo que ahora afrontaría cualquier peligro, por arrancar al tiempo que huye, una sensación agradable, un destello, un perfume, una armonía. ¿Y por qué? ¿Por qué esta manía, esta ansia, esta fiebre? ¿Me lo puedes explicar?

VICTOR.—¡Oh! ¡me lo figuro!... «Motus in fine velocior. .» Te aproximas á los cuarenta...

ALDO —(*Sonriendo vanidosamente, se pone delante del espejo y se contempla.*) No; me haces más viejo de lo que soy. Y además, me conservo bien apesar de todo. (*Volviendo cerca de Víctor.*) Mirame; parezco un hijo tuyo. Ni una sola arruga en la cara, y te desafio, á que me encuentres una cana.

VICTOR.—Te las arrancarás.

ALDO.—¡Duele demasiado!—(*Poniéndose serio*). —No, no es por eso. Sin duda otra es la causa.

VICTOR.—¿Cuál?

ALDO.—Un presentimiento.

VICTOR.—¿Un presentimiento?

ALDO.—Sí. Yo preveo un suceso, que me pondrá melancólico é hipocondríaco, que me convertirá en una pobre alma en pena.

VICTOR.—¿Qué suceso?

ALDO.—*(Bajo, con la cara contraída).* La muerte de mi madre.

VICTOR.—(*Serio*). ¡Qué idea!

ALDO.—Si, Victor. ¡A qué hacerme ilusiones! Su corazón no tiene ya fuerza, es una debil llama que se apaga poco á poco por falta de aceite.

VICTOR.—Exageras.

ALDO.—Es así. Está consumida, acabada .. ¡y yo dentro de poco, tendré que verla morir! *(Con cara de espanto).* ¡Oh, cuando pienso en ello!... ¡La muerte! ¡La muerte!. . Yo no he visto nunca la Muerte; ¿comprendes? Yo no la conozco. Mi padre faltó, cuando era muy niño.—¡Sé que se muere pero no lo creo!—¡Oh! ¿qué sucederá dentro de mí, cuando la habré observado de cerca, cuando por ella habré perdido la sola religión de mi vida,—¡mi madre!?—No soy pesimista, tu lo sabes. Profeso un culto por la vida, de la cual sé apreciar lo mismo sus dulzuras que sus fatigas. ¿Pero qué sucederá en mí cuando mi pensamiento esté fijo en la idea que precisa morir—que todo es vanidad — que nuestras ideas, nuestras obras, nuestras alegrias mismas, son lo mismo que un grano de polvo arrastrado por el viento?

VICTOR.—*(Riendo).* Pero, ¡Aldo! ¡Aldo! ¿Qué te pasa? ¿Qué desatinas?... ¿te has vuelto loco? ¿Sueñas?

ALDO.—*(Con risa llena de amargura).* ¡Sueño! Es verdad; soñaba. Y has hecho muy bien en despertarme, porque el sueño se convertía en pesadilla. *(De prisa, al oir abrirse*

la segunda puerta de la derecha). Debe ser mi madre. Ríete. Te lo suplico; ¡ríe! *(Se pone á reir alegremente con Brema mientras entra su madre.*

ESCENA V

LA MADRE DE ALDO, entra por la segunda puerta de la derecha. Es vieja marcha encorvada. Tiene el pelo blanco, la cara pálida y delgada. Criatura acabada y descrépita, pero que conserva un destello de vida, en los ojos, en la sonrisa y en algún gesto que otro.

LA MADRE.—*(Apareciendo en el umbral).* Aquí está mi hijo. Lo delatan estas alegres risas.

ALDO.—*(Fingiendo sorpresa, corre afectuosamente hacia ella).* ¡Oh, mamá! ¡Buenos días!... ¿Por qué has bajado antes que sonara la campana? *(Le abraza).*

LA MADRE.—¡A ! ¡me ha sucedido una desgracia! *(Viendo á Brema).* Si no me equivoco... ¿es el señor...?

VICTOR.—Brema, señora... *(Se inclina y hace un gesto de dolor).*

LA MADRE —*(Tendiéndole la mano).* Usted dispense... No veo bien... ¿Brema? Sí... Ahora le reconozco.

VICTOR.—*(Estrechándole la mano).* Me alegro mucho de verla tan buena...

ALDO.—*(Con alegría).* ¿Verdad que la encuentras bien?

VICTOR.—¡Pero muy bien!

LA MADRE —¡Ca! no, amigo mío. A mi edad y con mis achaques, nunca se está bien. A lo más se está mejor. *(A Aldo).* Como te decía, me ha sucedido una desgracia...

ALDO.—¿Qué ha pasado mama?

LA MADRE.—¡Oh, un triste augurio! Se ha caído el vasito que hay delante de la Virgen, mientras Margarita iba á llenarlo de acei-

te... y el aceite se ha vertido por el suelo.

ALDO. - (*Soltando la risa*). No es muy grave la cosa, si no hay nada más.

LA MADRE.—No te rías Aldo. Aceite vertido, anuncia desgracia.

VICTOR.—¿Cree usted en estas supersticiones?

LA MADRE.—(*Con energía, mirándole*). ¿Supersticiones? ¿Puede usted asegurar que lo sean?... Las llamamos así porque no sabemos explicárnoslas —(*Volviéndose á Aldo*). La conclusión es que no he podido permaneces más en mi cuarto y he bajado.

ALDO.—(*Abrazándola*). ¡Pobre mamita!

LA MADRE.—¿Dónde está Camila?

VICTOR.—Ha salido ahora mismo al jardin acompañando hasta la verja á la condesa Valrighi.

LA MADRE.—¿Elena? ¿La simpática Elena ha estado aquí?

ALDO.—Sí, ha venido á recordarnos la invitación para el bautizo de su hijo...

LA MADRE.—¡Qué lástima! Cuánto hubiera deseado verla, después de tanto tiempo...

ALDO.—Si quieres puedes aún saludarla.

LA MADRE.—¿Cómo?

ALDO.—Yendo á buscarla al jardin. ¡Aquellas dos tienen siempre tantas cosas que contarse!

LA MADRE.—(*Sonriendo*). ¿Qué dirías si me atreviese á ir?

ALDO.—(*Con alegría*). Lo aprobaría con entusiasmo. Un paseito por el jardin no puede hacerte daño, con este hermoso sol.

LA MADRE.—Entonces voy en seguida.

ALDO.—¿Quiéres que te acompañe, mamá?

VICTOR.—Si me permites, ofreceré el brazo á tu madre ..

LA MADRE.—Gracias señor Brema. No se moleste por mí, por una pobre vieja.

VICTOR.—Tengo un verdadero gusto en ello señora Rigliardi... (*Inclinándose y como siempre haciendo una mueca de dolor*).

LA MADRE.—(*Tomando su brazo*). Entonces acepto. Así me haré la ilusión de tener treinta años menos (*A Aldo*). Tu no nos acompañes, si no quieres marchitar la ilusión.

ALDO.—(*Rie. La madre y Brema salen por el fondo*).

ESCENA VI

ALDO, queda un momento solo. Mira á su madre, que se aleja por el jardin, con mirada de profunda ternura. Después se acerca á la mesa y toma un periódico. Por la izquierda entran, CAMILA seguida de ESTER SALVIATTI, y de una chiquilla que lleva una gran caja. ESTER no tiene aún veinte años y es muy guapa; viste sencillamente, pero con gusto.

CAMILA.—(*Entrando*). Entre usted Ester. Creí que no me acababa nunca este abrigo...

ESTER.—(*Que la sigue*). Tengo tanto trabajo señora.

ALDO.—(*Viendo á Ester*). ¡Muy bien! Veo que no has faltado á tu palabra... Has hecho bien, porque mi mujer empezaba á ponerse nerviosa.

CAMILA.—(*Sonriendo*). No le haga usted caso. ¿Y tu amigo?

ALDO.—Ha salido al jardin con mamá, buscando á la condesa. ¿No les has visto?

CAMILA.—¡No! Hace mucho tiempo que Elena se marchó. (*A Ester*). Es necesario que nos demos prisa querida Ester. Es la hora del almuerzo. De modo que probaremos mi abrigo, aquí, en mi gabinete. ¿Le parece?

ESTER.—Como guste.

CAMILA.—Venga conmigo entonces. Y tu también pequeña. (*Ester y la chiquilla la si-*

guen. Entran en el saloncito y corren el tapiz).

ALDO.—(*Al quedarse solo, sonríe, restragándose las manos, dominado por un alegre pensamiento. Vuelve á cojer el periódico; de cuando en cuando interrumpe la lectura para mirar hacia el gabinete. Riendo entre dientes*). ¡Oh! ¡qué grotesca es la vida!

ESTER.—(*Entra, buscando sobre la mesa algo olvidado*). Ha dicho la señora que aquí, sobre la mesa, debe haber un espejito. (*Se aproxima á Aldo, que sigue sus movimientos, con mucha atención. Rápidamente le coje la mano*. Por favor... suelta .. si nos ve...

ALDO. — (*Levantándose sin soltarle la mano*). Dime... ¿Esta noche estarás sola? ¿Puedo ir...

ESTER.—(*Tratando de soltarse*). Sí... A las nueve... suelta...

ALDO.—(*Rápidamente la abraza y la besa*).

ESTER.—No... no. . ¿estás loco?... ¡Suéltame!

ALDO.—(*En voz baja, y al oído*). Si no te abrazo, me muero.

CAMILA.—(*Levanta la cortina y aparece. Viéndolos manifiesta estupor y desdén. Ellos, que no lo han advertido, se sueltan: Ester sigue buscando, Aldo vuelve á leer. Camila se esesfuerza por dominarse; después mirándolos, dice*). ¿Y ese espejo?

ESTER.—(*Con sobresalto*). Aquí está señora. Estaba escondido bajo los periódicos. (*Se dirige al gabinete. Camila la deja pasar. Mira de reojo á su marido, que sigue inmovil; después deja caer la cortina*).

ALDO.—(*Solo, parece un poco turbado. Después se encoje de hombros y sonríe*). ¡Qué tontería! ¡Es imposible... (*Una pausa. Camila vuelve á entrar seguida de Ester y la chiquilla*).

CAMILA.—(*A Ester, rápida y nerviosamente*).

¡Está bien!... ¡Me lo quedo así!... Puede marcharse... Buenos días.

ESTER.—(*Marchándose con la vista baja, por la izquierda*). ¡Quede usted con Dios!

ALDO.—(*Rápido a Ester.*) ¡Buenos días! (*Ester saluda con la cabeza y sale con la chiquilla por la izquierda.*

ESCENA VII

CAMILA, se acerca rápidamente y exaltadísima á ALDO.

CAMILA.—(*Con la voz turbada por la emoción.*) ¡Aldo! ¡Aldo!

ALDO. — (*Alzando tranquilamente los ojos del periódico.*) ¿Qué hay? ¿Qué te pasa?

CAMILA.—(*Parándose delante de él con voz sollozante.*) ¡Dios mío! ¡Aldo! ¿Qué es esto...? ¡Yo me muero!

ALDO.—(*Levantándose.*) ¿Camila?

CAMILA.—(*Con vehemencia.*) ¡No trates de negarlo! ¡Ahora lo sé todo! ¡Lo he visto todo! Me engañas. . con aquella muchacha...

ALDO.—(*Sonríe involuntariamente á la idea de haberse dejado sorprender.*) ¡Qué tontería!

CAMILA. — ¡No mientas! (*Viendo su sonrisa.*) ¿Cómo? ¿Así me contestas? ¿Ries? ¿Te ríes en mi propia cara? ¿Te parezco ridícula?

ALDO.—(*Poniéndose serio.*) ¡No! ¡no! ¡no! (*En este momento, suena la campana llamando al almuerzo. Aldo míra turbado hacia el jardín; de pronto le coge las manos, estrechándoselas.*) ¡Pronto, Camila! ¡No hagas escenas ahora!... ¡si no por mí, por mi madre que puede sorprendernos en este estado!

CAMILA.—(*Tratando de librar las manos.*) ¿Qué me importa?

ALDO.—(*Se vuelve otra vez y ve en el jardín la madre y Brema que se acercán. Con energía*

dominándola con la mirada.) ¡Ya están aquí! ¡Serénate!... Cualquier cosa suceda entre nosotros, ella no debe saber nada. ¡Serénate! (*Con suprema energía*) ¿Oyes? Lo quiero. (*De pronto, con dulzura.*) ¡Te lo ruego!... ¡Ella sufriría más que nosotros!... (*Camila, dominada se enjuga rápidamente los ojos. Aldo, se vuelve sonriente, con desenvoltura.*)

ESCENA VIII

Vienen del jardín, LA MADRE del brazo de VICTOR BREMA.

ALDO.—(*Corriendo jovial hacia la madre.*) ¿Estás cansada mamá?

LA MADRE.—No; no hay motivo. Del brazo de tan buen caballero... ¿Tú, Aldo, estarás hambriento como de costumbre?

ALDO.—¡Oh! Algo más que de costumbre, mamita mía. Nos hemos retrasado casi media hora.

LA MADRE.—(*Dejando el brazo de Victor y mirando de cerca á Aldo.*) ¡Caramba! ¡Hasta estás un poco pálido!... ¡muy pálido!... Vamos pronto antes que te desmayes. (*Toma el brazo de Aldo, y se dirigen juntos á la primera puerta de la dererha.*)

VÍCTOR.—(*Ofreciendo el brazo á Camila.*) ¡Señora! (*Camila extática no ve, ni oye, ni entiende.*) ¿Camila, me permite le ofrezca el brazo?

CAMILA. — (*Le mira un instante, como entre sueños, después de repente, suelta una carcajada estridente.*) ¡Ah, dispense, Brema!... Estaba distraída...

VICTOR —En efecto, me parece que estaba usted muy lejos del mundo.

CAMILA.—*(Tomando el brazo de Víctor.)* Ya estoy de vuelta. Gracias ¡Vamos! *(Siguen á Aldo y su madre.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

El Mediodía

Las habitaciones del Gobernador.

Una sala severamente adornada, en el fondo una gran puerta en arco, por la cual se ve el salón de baile. A la derecha un divan, rodeado de sillas y sillones; á la izquierda una mesa llena de objetos de adorno y libros. Una sola puerta á la izquierda, conduce á las habitaciones interiores. En la pared opuesta una ventana. En el salón. en donde hay un piano, se ven alineadas muchas sillas como para un espectáculo.

El acto transcurre al día siguiente del primero y á las dos de la tarde

La primera sala, es estrecha, y está apenas iluminada por una luz algo verde á causa de las persianas que están echadas. Del salón de baile entra violentamente la luz del sol.

ESCENA PRIMERA

En el salón, cerca de la puerta, hay gran número de caballeros y señoras, rodeando á una Nodriza monumental que lleva en brazos al niño. ELENA VALRIGHI y CAMILA RIGIARDI, están en el centro del grupo cerca de la nodriza. El niño llora desesperadamente y tratan de aquietarlo Todo el mundo habla á la vez; es un coro confuso de alegría, de exclamaciones, de risas. En la primera sala, sentado en el diván, VICTOR BREMA, en traje de etiqueta, como casi todos los demás; cerca de él, sumergido en un sillón, «Un Invitado Delgado», de media edad, de pobre aspecto y llevando mal el frac.

Victor.—*(Al invitado.)* ¡Oye usted caballero! ¡Oye qué concierto!... ¡Parece un solo de

violín que domina con sus más altos agudos la orquesta entera! Una especie de rapsodia húngara.

EL INVITADO DELGADO —(*Con aire de resignación.*) ¡Oh! caballero, conozco esta música. La he gozado en mi casa durante siete años seguidos, y después de un breve descanso, la sigo gozando desde hace un mes por la octava... y espero, que última vez.

VICTOR.—¿De modo, que á usted le gustan estas rapsodios húngaras?

EL INVITADO DELGADO.—A mí si debo serle franco no mucho. Pero á mi mujer con locura y... por complacerla, para no alterar la paz de la familia...

VICTOR.—¿Es cosa muy importante la paz de la familia?

EL INVITADO DELGADO.—¡Oh! dicen que es lo mejor... para una familia. (*Después de un momento de duda.*) Usted dispense caballero, ¿es usted casado?

VICTOR.—Por lo regular... no

EL INVITADO DELGADO.—(*Prímero sin comprender, después se echa á reir.*) ¿Por lo regular?... ¡Ya! ¡Comprendo! ¡Comprendo!... Es soltero, pero de en cuando en cuando para romper la monotonía...

VICTOR.—Precisamente.

EL INVITADO DELGADO.—(*Serío.*) En cambio yo soy... siempre casado, y tengo ocho chiquillos, tres varones y cinco hembras; todos viven y están llenos de salud. ¡Es una verdadera desgracia! Mire; yo soy de constitución algo delicada, siempre enfermizo... Mi mujer, la pobre, está enferma del pecho y bastante grave; ¡los médicos la han desahuciado muchas veces! ¡Y nuestros chiquillos siempre están buenos!... Y no digamos nada del mayor, un pillastre de

doce años, que es el terror de sus compañeros de colegio... tiene un apetito... no sabe uno como hartarlo.

VICTOR.—Dele usted medicinas reconstituyentes.

ESCENA II

UNA SEÑORITA RUBIA, viene del grupo central, hacia EL INVITADO DELGADO.

LA SEÑORITA RUBIA.—(*Con entusiasmo.*) ¡Oh qué chiquillo más mono! ¡Qué monada de chiquillo! ¡Coloradito, regordete, fino como el raso! ¡Parece en amorcillo, un angelito, de los que pintan á los pies de la Virgen! ¿Lo ha visto usted, señor Merani? ¿Lo ha visto bien?

EL INVITADO DELGADO.—¡Oh! ¿Si lo he visto bien? En la iglesia estaba al lado mismo de la nodriza.

LA SEÑORITA RUBIA.—¿Y no le parece una monada?

EL INVITADO DELGADO.—Precisamente, en casa tengo uno igual.

LA SEÑORITA RUBIA.—(*Señalando al grupo, de donde salen de nuevo grandes lloros.*) ¡Y oye usted qué voz!

VICTOR.—(*Molestado.*) ¡Ya la oimos, señorita!... Hay la fibra de un tenor en aquella fierecilla... Pero su voz tiene necesidad de ser educada... Así, sin educar, irrita algo los nervios.

LA SEÑORITA RUBIA.—(*Escandalizada.*) ¡Oh, caballero! ¿Cómo puede usted hablar de tal manera de aquel angelito? Los chiquillos son como las flores...

VICTOR.—Lo creo, pero á mí no me gustan los perfumes. (*Siguen hablando.*)

ESCENA III

Entran por el fondo UN POLLITO MUY ACICALADO, con monóculo, y UN INVITADO GORDO, de cara colorada, con gruesa cadena do oro.

EL POLLITO MUY ACICALADO.—(*Entrando con aire de fastidio.*) ¡Si se lo llevaran á la cama!... Ya empiezo á tener un principio de jaqueca.

EL INVITADO GORDO.—¡Qué intolerante eres! Hace diez y ocho años, eras tu peor que él... ¿Has visto á S. E.? Parecía que no se cansaba de contemplarlo, se lo comía con los ojos.

EL POLILTO MUY ACICALADO.—¡Oh! ¡Ojalá se lo hubiera comido!

EL INVITADO GORDO.—El ministro de Agricultura debe tener un corazón de oro.

EL POLLITO MUY ACICALADO.—¡Y un estómago de acero!... ¿Has visto lo que ha bebido?

EL INVITADO GORDO.—¡Ha bebido más que yo, y es todo lo que se puede decir! Pero supongo que nuestros queridos primos no van á tenernos, con la boca seca, hasta la noche. ¿Dónde habrán puesto la mesa con los refrescos? ¡Tengo una sed horrorosa!

EL POLLITO MUY ACICALADO.—(*Apresuradamente indicándole el salón.*) ¿Buscas la «table-à-thé?» Por allí, papá, la primera puerta á la derecha. Hay de todo; ¡un servicio espléndido!

EL INVITADO GORDO —(*Mirándole asombrado.*) ¡Qué extraño! ¡A esta juventud nada se le escapa! (*Disponiéndose á marchar.*) Allá voy. ¿Vienes Alfredo?

EL POLLITO MUY ACICALADO.—No, no tengo gana. Si acaso allá nos veremos. Hasta luego.

EL INVITADO GORDO.—Hasta luego. (*Sale corriendo.*)

EL POLLITO MUY ACICALADO.—¡Ah! ¡por fin! (*Se acerca á la mesa con aire distraído. Se ve que espera á alguien.*)

VICTOR.—(*Continuando la conversación con el invitado delgado.*) ¡Oh!, amigo mío, en la vida no hay más que aburrimiento ó dolor. Es hora de que dejemos de echar al mundo nuevos infelices ó nuevos aburridos

EL INVITADO DELGADO.—¡Tiene usted razón!...

LE SEÑORITA RUBIA.—¡Dios mío! ¡Señores! ¡por favor!

ESCENA IV

ALDO RIGLIARDI, sale del salón y se acerca á VICTOR BREMA rápidamente.

EL INVITADO DELGADO.—(*Al verle se levanta presuroso y sonriente.*) ¡Oh! ¡Señor Riglardi!... ¡Venga usted! ¡Siéntese!

ALDO.—(*Estrechándole la mano.*) Por favor, no se moleste, querido amigo.

EL INVITADO DELGADO.—(*Sonriendo.*) Le hemos visto en animado coloquio con S. E.; ¡el Ministro del Rey junto al representante del Pueblo.

ALDO. — No adelantemos los sucesos amigo mío. Aun no lo soy y no sé si llegaré á serlo.

EL INVITADO DELGADO.—¿Quién la duda? Lleva usted la victoria escrita en la frente. He observado que S. E. escuchaba sus palabras con gran atención y hacia signos de aprobación con la cabeza.

ALDO.—(*Señalando hacia el salón.*) Fíjese usted. El Ministro está ahora con el comendador De Vitis, un conservador de buena

cepa, y le escucha atentamente, y hace signos de aprobación con la cabeza.

EL INVITADO DELGADO.—*(Observando.)* Es verdad. Siempre dice que sí.

VICTOR.—¡Caramba! ¡Si llega á ser mujer! *(La señorita rubia se aleja algo avergonzada.)*

ALDO.—*(Busca, pero cortésmente al invitado.)* Usted dispense, amigo mío. Quisiera decir dos palabras al señor Brema. *(Se sienta junto á Víctor en el diván. El invitado delgado se aleja hacia el salón siguiendo á la señorita rubia. Ya no se oye el lloro del niño.)*

VICTOR.—*(Bajo á Aldo.)* ¿Conoces á ese caballero?

ALDO.—¿Yo? No.

VICTOR.—¿Cómo le llamabas «querido amigo?»

ALDO.—*(Riendo.)* Le llamaba así, precisamente, porque no sabía cómo llamarle. *(Cambiando de tono, y muy bajo.)* ¿Sabes que ya empiezo á aburrirme?

VICTOR.—Feliz tu que ahora empiezas. Yo estoy acabando.

ALDO.—Mi mujer no me deja ni un solo instante y hasta aquel pobre Ministro—no sé por qué—me persigue sin descanso.

VICTOR.—*(Volviéndose hacia el salón.)* ¿Se han llevado ya al tenor?

ALDO.—*(Sin comprender.)* ¿Qué tenor?

VICTOR.—Aquel... artista, que solfeaba por allá.

ALDO.—*(Riendo.)* ¡Ah!... No. Las habitaciones particulares del gobernador son aquellas. *(Señalando la puerta lateral.)*

VICTOR.—¡Me daba un gusto atroz!

ALDO.—*(Deprisa.)* Oye: ¿no podrías entretener un poco á mi mujer?

VICTOR.—*(Estupefacto.)* ¿Y para qué?

ALDO.—Es fácil comprenderlo...

VICTOR.—¿Cómo?... ¿la condesita ..? ¡Querido! Yo creía que ayer bromeabas. ¿Piensas de veras en ella?

ALDO.—¡De veras! ¡Desde ayer no puedo quitármela de la imaginación! ¿Ves? ¡ahora daría diez años de mi vida por conquistarla.

VICTOR.—¡No me parece el momento muy oportuno para intentarlo! En una fiesta de familia, volviendo de la iglesia después de un bautizo...

ALDO.—Todo lo contrario, este es el verdadero momento ¿No has visto cuán excitada, nerviosa, expansiva, casi ebria de ternura está? Dirás que el objetivo es el chiquillo. Pero en la mayor parte de las mujeres, los objetivos se cambian con facilidad extraordinaria.

VICTOR.—*(Maliciosamente.)* Pase por los objetivos. Pero no piensas que la condesa es la mujer del gobernador...

ALDO.—*(Sonriendo.)* ¿Y qué? ¡Acaso no soy de la oposición!

VICTOR.—*(Meneando la cabeza.)* Acabarás mal, amigo mío. ¿Cuándo quieres que entretenga á tu mujer?

ALDO.—Apenas se hayan llevada al crío. Dentro de un momento.

VICTOR.—Probaré, pero...

ALDO.—*(Mirando hacia atrás con aire desolado.)* ¡Silencio! ¡El Ministro! ¡Estoy perdido!

ESCENA V

Entran hablando EL MINISTRO DE AGRICULTURA, INDUSTRIA y COMERCIO, EL GOBERNADOR y UN PERSONAJE, de mediana edad, alto, elegante, de expresión satisfecha y vanidosa. EL GOBERNADOR también es alto y robusto. EL MINISTRO, por el contrario, sin ser viejo, está envejecido, lleno de canas, pequeño, de aspecto débil y viste con no mucha elegancia.

EL PERSONAJE.—(*Entrando.*) Usted debe hacer lo posible para interesarse eficazmente en favor de nuestra pobre industria...

EL MINISTRO —(*Con voz débil y algo ronca.*) ¡Hacer lo posible... hacer lo posible!... ¿Y cómo? Las recomendaciones, las súplicas, las exhortaciones no faltan... ni tampoco las buenas ideas, lo que nos falta es tiempo para poderlas realizar. El Ministerio se bambolea. La oposición nos hace una guerra sin cuartel... (*Viendo Aldo con sonrisa de alegría.*) ¡Ah! he aqui uno de nuestros futuros demoledores... un hombre del porvenir.

ALDO.—(*Levantándose con cortesía.*) Y del presente, si no disgusta á S. E.

EL MINISTRO —Le estaba buscando á usted. Habiamos interrumpido á la mitad nuestro coloquio que me interesaba muchísimo.

ALDO.—(*Afablemente.*) Siempre estoy á sus órdenes... (*Victor se aleja y sale por el fondo.*)

EL MINISTRO.—(*al Personaje.*) ¿Conoce usted al abogado Rigliardi?

EL PERSONAJE.— (*Frío, seco, malhumorado.*) Solo de nombre.

EL MINISTRO.—(*Presentándole.*) El abogado Rigliardi... El comendador De Vitis.

ALDO —(*Alargando la mano con mucha afabilidad.*) Tanto gusto. (*Se estrechan la mano.*)

EL PERSONAJE —(*Siempre de malhumor.*) ¿Si no me equivoco, usted se presenta diputado por Varese?

ALDO.—Precisamente.

EL PERSONAJE.—Según dicen, el partido socialista se ha hecho allí muy fuerte...

ALDO.—(*Con aire humilde.*) Se gana terreno... Ya es un triunfo

EL PERSONAJE.—No hay que hacerse ilusiones. La guerra al capitalismo está declarada, y el sufragio universal les permite una fácil víctoria. ¿Cuántos días de vida nos conceden ustedes á nosotros pobres capitalistas?

ALDO.—Señor comendador, aun cuando triunfaran mañana nuestras ideas, usted es de aquellos hombres que no tienen que preocuparse por ello Cualesquiera que sean las transformaciones sociales, los trabajadores de su talla siempre tendrán en ellas un puesto. (*Se vuelve para hablar al Ministro.*)

EL PERSONAJE. — (*Volviéndose al Gobernador, muy bajo.*) Verdaderamente es un hombre simpático, que atrae...

EL GOBERNADOR.—(*Bajo.*) ¿No te lo había dicho? Es un «charmeur...» ¡un sujeto muy peligroso!... (*Rien y se aproximan á Aldo y al Ministro que discuten.*)

LA SEÑORITA RUBIA.—(*Que hace tiempo observaba á Aldo, pregunta al invitado delgado.*) Señor Merani, oiga usted.

EL INVITADO DELGADO.—Usted dirá...

LA SEÑORITA RUBIA.—¿Quién es aquel caballero que antes hablaba con usted y ahora discute con el Ministro? ¿Es un abogado?...

EL INVITADO DELGADO.—El abogado Rigliardi, el célebre defensor del proceso Marinali, un señor muy simpático, muy amable y honrado. Un joven de mucho corazón y de gran talento.

La señorita rubia.—(*Admirando á Aldo.*) ¡Qué guapo!... ¿Casado?

El invitado delgado.—Sí, señorita. Es fruto prohibido... (*Se marcha hacia el fondo.*)

* (1) El Ministro.—Si el pueblo pierde la fe, casi debemos alegrarnos. El principio religioso está en oposición con la ciencia, con la civilización, con el progreso; no responde á aquel grado de desarrollo intelectual al cual hemos llegado.

* El Personaje.—¡Pero si el pueblo es ignorante!...

* El Ministro.—Procuremos instruirlo!...

* Aldo.—(*Súbito.*) ¿Solamente?

* El Ministro.—A educarlo, á ponerle en aptitud, de librarse de la mentira y de mirar frente á frente la verdad.

* Aldo.—¡Ah! no basta. La fé para los hombres no es precisamente, como usted imagina, una creencia en un Sér superior...

* El Ministro.—¿Qué es entonces?

* Aldo,—Es mejor dicho y casi exclusivamente... un contrato.

* El Gobernador.—(*Estupefacto.*) ¿Un contrato?

* Aldo.—Ni más, ni menos. Es una especie de seguro mediante el cual, los hombres se comprometen á pagar diariamente la pequeña suma de placeres ahorrados, para recibir después al final, una gruesa suma.

* El Gobernador.—(*Riendo.*) Es verdad.

* Aldo.—Mientras los hombres tengan la certeza de que... la Compañía de Seguros paga, se resignarán de buen grado al ahorro, en consideración al gran premio que se les promete. Pero si empiezan á com-

(1) Todo lo señalado con asteriscos puede suprimirse en la representación.—N, T.

prender que la... Compañía, no es otra cosa que una mistificación colosal, nadie querrá depositar en caja sus propios placeres, por temor de no volverlos á ver.

* El Personaje.—(*Gravemente.*) Esto es humano.

* Aldo.—(*Sonriendo.*) Y comercial. Y paréceme á mi que no basta ofrecer á los hombres el pobre pan de la ciencia para indemnizarles de la perdida... de tan gran capital; sino que es necesario ponerles en condiciónes de gozar libremente de aquellos placeres lícitos y honestos que ya no les tiene cuenta ahorrar.

* El Ministro. —(*Rápidamente*). ¡Ah, comprendo! Usted quisiera que...

* Aldo.—Es la lógica que lo quiere y... además, el corazón *... No se vive solamente de trabajo y sacrificio. El verdadero fin de la existencia, es la felicidad. Si la felicidad no sabemos encontrarla en el cielo, será fuerza que la encontremos en la tierra.

El personaje.—¿Y quién se opone á que la busquen?

Aldo. —(*Sonriendo*). ¿Quién? Las leyes, la moral, las costumbres, las medidas económicas...

El gobernador.—¡Ah! ¡Ya llegamos!

Aldo.—... Todo, que se conjura para hacerla difícil, sino imposible. Vivimos en una sociedad, en la cual una inmensa mayoría, tiene necesidad absoluta de renunciar á las alegrías de la vida; en donde aun subsiste contra el placer, un sentimiento de desprecio y de miedo.

El personaje.—(*Oye maravillado, con algo de despecho*).

Aldo.—(*Continuando*). El miedo al placer, es la base de nuestra moral, el regulador de

nuestras costumbres; el desprecio del placer, conserva nuestras instituciones, haciéndonos duros hacia el prójimo, y poco propensos á compadecer sus miserias y alejarle del dolor. Todo esto, podía ser justo, con el concepto cristiano de la vida; ahora es sencillamente insensato.

EL MINISTRO.—¿Y qué hacer?

ALDO —(*Sonriendo*). Proveer.

EL MINISTRO —(*Riendo*). ¿Proveer á que cada ciudadano tenga su ración diaria de goce?

EL PERSONAJE.—(*Resoplando*). ¡Locuras!

ALDO.—Por ahora no es posible. Pero viendo que á los hombres, se les quita el placer de de la Religión, infundámosles al menos la .. religión del Placer.

EL MINISTRO Y EL GOBERNADOR.—(*Rompen á reir, protestando*)

EL PERSONAJE.—(*Furioso*). ¡Pero esto es una burla! ¡Asi no se discute! ¡Esto es burlarse en nuestras propias narices!...

ESCENA VI

ELENA VALRIGHI sale del salón, seguida de la NODRIZA con el niño. La acompaña CAMILA RIGLIANDI, dos señoras, VICTOR BREMA y otros Invitados.

ELENA.—(*Dirigiéndose al grupo, que se está riendo para imponerles silencio*). Por Dios señores. Perdonen si les interrumpo... (*Señalando al niño*). Duerme... ¡y nos ha costado tanto trabajo hacerle dormir!...

EL MINISTRO.—(*Cesando de reir y en voz baja*). Tiene usted razón, condesa. El héroe de la fiesta tiene derecho á que no se le moleste. (*Poniéndose de puntillas para ver bien al niño*). ¡Qué hermoso!

ELENA —Igual que un soberano se retira á sus habitaciones. Yo le acompaño y en seguida

vuelvo. (*A la nodriza después á los demás*). Vamos Marta. Con su permiso. (*Se marcha con la nodriza por la puerta lateral*).

ALDO.—(*Bajo á Brema y señalando á la nodriza*). Mira la nodriza que hermosota. «Turris eburnea »

VICTOR.—(*También en voz baja*). Pero no «Vas spirituale». Apuesto á que tienes envidia del mamoncillo.

ALDO.—¡Oh! sí, su posición me parece envidiable. (*Cambiando, de pronto, el tono*). Mi mujer. Por favor, socórreme.

ELENA Y LA NODRIZA.—(*Salen por la izquierda*).

ESCENA VII

CAMILA, después de haber acompañado á ELENA hasta la puerta, se acerca á ALDO y VICTOR que están á la derecha. Se forman varios grupos. A la izquierda las dos señoras cerca de la puerta lateral; EL POLLITO MUY ACICALADO se sienta cerca de la mesa, moviendo nerviosomente una pierna. En el fondo, EL MINISTRO, EL GOBERNADOR y EL PERSONAJE. Los invitados y LA SEÑORITA RUBIA marchan poco después, por el fondo.

CAMILA.—(*Seria, un poco pálida, fría, se acerca á Aldo*). ¿Estabas aquí? No te veía por ninguna parte.

ALDO.—Me había refugiado en esta sala, huyendo del Ministro y de su condenada política. Pero me ha descubierto...

CAMILA.—Cuando quieras nos marchamos, con el carruaje me acompañarás á casa.

ALDO.—¿Cómo? ¿No quiéres venir á dar una vuelta por el paseo?

CAMILA.—No, no me encuentro bien. Además no quiero dejar todo el día sola á mamá.

ALDO.—(*Dulcemente*). Tienes razón. ¡Pobre mamá! Pero siento...

CAMILA.—(*Con amargura*). ¡Qué yo vaya, ó no

vaya! ¿á tí que te importa? Al contrario, sin mí estarás más libre, te divertirás más.

ALDO.—¡Camila!... *(Siguen hablando).*

UNA SEÑORA á LA OTRA.—*(Mirando á Camila).* Sí; será bella, elegante, pero á mí, no me gusta.

LA OTRA.—Dicen que era muy pobre.

UNA SEÑORA.—Cierto. Su padre comerciante arruinado vive en el campo á costa del yerno; y su hermano, un calavera, debe haber costado á Rigliardi, mucho dinero y muchos disgustos.

LA OTRA.—Pero ¿por qué hizo tal casamiento?

UNA SEÑORA.—Porque á pesar de su fama, ha sido siempre un ingénuo... *(Siguen hablando).*

EL PERSONAJE.—*(Desde el fondo, con estentórea voz).* ¡Terminemos de una vez con la manía de grandezas! ¡Debemos pensar en nuestra casa! Somos un pueblo de miserables, de andrajosos...

EL MINISTRO.—*(Aprueba, tristemente, con la cabeza; salen por el fondo, discutiendo y desaparecen.*

ALDO.—*(Vuelto á Victor, riendo).* No me quiere creer. Desde ayer por la mañana está enfadada conmigo; ha tomado manía á aquella pobre muchacha... por nada, ¡absolutamente por nada! Convéncela tú, á ver si lo consigues; demuéstrale que no es posible mantener oculta una cosa así...

CAMILA.—*(Con aspereza).* Os he visto con mis propios ojos.

ALDO.—¿Pero qué has visto? ¡Que la abrazaba! Pero mujer, dada la confianza que con ella tengo, y habiéndola conocido desde niña, no tiene aquél acto importancia alguna.

CAMILA.—Le decías algo al oído. Además... no es esto todo. Presiento que hay algo oculto.

ALDO.—¿Algo oculto? ¿Pero qué?

VICTOR.—*(Interviniendo)*. Vamos, Camila. Es preciso no prestar tan ciega fe, á las presunciones. A mí me parece que debería creer á su marido.

CAMILA.—*(Obstinada)*. Yo no creo en nada ni en nadie.

ALDO.—*(Fingiendo despecho)*. Tu obstinación hará que pierda la paciencia. *(A Victor)*. Oye Brema: Hazme el favor de convencerla tú. He agotado todos les medios persuasivos, tal vez mi presencia hace imposible el que nos entendamos... A ver si la convences...

VICTOR.—*(Reprimiendo apenas una sonrisa y ofreciendo el brazo á Camila)*. Venga usted conmigo, hablaremos de ello, y ya verá usted como sabré tranquilizarla. Nada hay mejor en la familia que la paz ¿Tiene cuenta romperla por tan poca cosa?... Hablaba hace un momento con un empleado del gobierno, que para poder conservar la paz en su familia, se ha visto obligado á ser padre de ocho hijos y aun no se ha muerto. El caso es bastante más grave que el de usted... Venga conmigo.

CAMILA.—*(Siempre seria, le toma el brazo)*. Vamos. ¡Pero si no he creído á Aldo, puede usted estar seguro que no creeré á nadie! *(Se alejan hacia el fondo)*.

ALDO-*(Restregándose las manos)*.¡No ha ido del todo mal!

UNA SEÑORA Á LA OTRA.—*(Señalando á Camila y Victor visibles aún por el salón)*. Sigámosles. Creo que aquellos dos se entienden. ¡El, es el amigo inseparable del marido!... *(Vanse)*.

ESCENA VIII

RIGLIARDI, queda solo, con UN POLLITO MUY ACICALADO. Aquel está sentado en el diván mirando con ansiedad la puerta lateral, y con malhumor á su compañero, quien á su vez se muestra muy inquieto. Del salón, llegan debilitadas las notas de un piano; un virtuoso toca un lánguido nocturno de Chopin. UNA JOVENCITA DE CATORCE AÑOS, muy mona, coquetuela, de corto aún—que ya otras veces se había asomado á la puerta del fondo—reaparece, echa una ojeada á la sala, y no viendo á ALDO, entra rápidamente, acercándose al pollito.

LA JOVENCITA.—(*En voz baja, conmovida.*) ¡Alfredo!

EL POLLITO.—(*Levantándose algo turbado.*) Hace un cuarto de hora que te espero. Creía que no vendrías.

LA JOVENCITA.—¡Todos aquellos inoportunos, aquellos agua-fiestas... parecía que se habían dado cita en esta sala! ¿Como querías que me atreviese? ¡No puedes imaginar cuál era mi angustia!

EL POLLITO.—(*Poniéndose tierno y tomándole una mano.*) ¿De veras, Virginia?

LA JOVENDITA.—(*Rápidamente.*) Ea, dame un beso... y me voy.

EL POLLITO.—(*Con gesto rápido.*) ¡Cuidado! No estamos solos... Hay un caballero.

LA JOVENCITA.—(*Enojada, golpeando el suelo con el pie.*) ¡Qué fastidioso! (*Se vuelve y ve á Aldo. Sonriendo.*) ¡Ah, el abogado Rigliardi!... (*De prisa*) No importa. Al pasar he visto otra sala desierta. (*En voz alta para hacerse oir de Aldo, y echándole rápida ojeada.*) ¿No viene usted Alfredo á oir un poco de música? El célebre pianista polaco está tocando deliciosamente un noctur-

no de Chopin Yo adoro los nocturnos de Chopin. ¿No le gustan á usted Alfredo?

EL POLLITO.—*(Con gravedad, ofreciéndole el brazo.)* Mi autor predilecto es Beethoven.

LA JOVENCITA.—*(Tomando el brazo y marchándose con él)* ¡Ah! claro; Beethoven es más profundo; pero Chopin es más tierno, más patético. Por esto le prefiero... *(Entran en el salón y desaparecen.)*

ALDO.—*(Que ha observado toda la escena, suelta la risa Meneando la cabeza con algo de pesar.)* ¡Qué lástima que la vida vaya tan deprisa!... ¡Aquella chiquilla promete mucho!... *(Se pone serio otra vez, mirando con fijeza la puerta lateral.)*

ESCENA IX

ELENA VALSIGHI, sale de las habitaciones particulares, y ve á ALDO solo en el diván.

ELENA.—*(Parándose de repente.)* ¿Solo?

ALDO.—*(Levantándose lleno de alegría.)* ¡Ah! no; no estoy solo, porque estoy con usted.

ELENA.—*(Acercándose un poco.)* ¡Qué extraño! No sé qué he sentido, viéndole en esta sala desierta. Paréceme usted un hombre que nunca debe estar solo.

ALDO.—*(Mirándola fijamente.)* Y en efecto, nunca lo estoy, sino cuando sueño, pienso, ó espero.

ELENA.—¿De modo que ahora, pensaba ó soñaba?

ALDO.—Si, soñaba y pensaba... pero sobretodo esperaba.

ELENA.—*(Sonriendo.)* ¿Se puede saber á quién ó qué?

ALDO.—Claro que se puede saber, pero es preciso escucharme.

ELENA.—*(Acercándose más.)* Ya soy toda oidos. Hable usted

ALDO.—*(Señalando el diván.)* Siéntese aquí á mi lado.

ELENA.—¡Ah! ¡esto no!

ALDO.—¿Y por qué?

ELENA.—Porque me debo á mis invitados... Y además, no puedo dejar solo al maestro polaco, á quien tanto he suplicado se dejase oir.

ALDO.—Déjelos, condesa. De todos modos, aquel histrión no la vería, porque cuando toca, mira siempre al techo, como si las notas le llovieran del cielo. *(Con insinuante voz, señalando el diván.)* Siéntese aqui. Desde esta sala. nos podemos hacer la ilusión de que Chopin, en persona, improvisa un canto para nosotros. Y esta música algo lejana, que lángidamente se difunde en el silencio, acompañará nuestras palabras, con ondas deliciosas de poesía y de misterio.

ELENA.—*(Sentándose y riendo.)* ¡Ah! ¡el eterno seductor!... Es inútil; no es posible resistirle. Ea, ya estoy sentada. ¿Qué tiene qué contarme el señor Rigliardi?

ALDO.—Ante todo, deseaba expresarle mi admiración, pues hoy está usted de veras incomparable.

ELENA.—*(Con coquetería.)* ¿Hoy?

ALDO.—Hoy, sobre todo. Hoy, se encuentra en usted un nuevo sentimiento, que la transforma, la exalta, y la hace más fascinadora que de costumbre. La observaba antes, cuando usted contemplaba á su chiquillo; ¡y no podré nunca olvidar, la expresión extática, soñadora de su cara en aquél momento!

ELENA.—¡Mi nene!... ¡Oh, sí! le quiero muchísimo, con delirio.

ALDO —*(Con sutil intención)*. Y es muy justo, que le quiera mucho, porque es *su* chiquillo. Una sola cosa siento: no poder decir otro tanto.

ELENA.—¿Qué?

ALDO.—*(Mirándola fijamente)*. ... siento no poderle amar, por la misma razón que usted le ama.

ELENA.— *Con un gesto como para hacerle callar)*. ¡Qué barbaridad!... ¿Es posible creerle á usted una sola vez? ¿No decía ayer lo mismo á Camila, y con la misma entonación? ¡Quisiera ser el padre de toda la humanidad?

ALDO —*(En voz baja; casi triste, como hablando consigo mismo)*. No serían las ganas; serían las fuersas lo que me faltarían (*Súbitamente cambiando de tono*). ¿Pero por qué hablar de cosas extrañas en estos cortos instantes de soledad, de que disponemos? Yo quiero hablar de usted, exclusivamente de usted...

ELENA.—(*Casi levantándose*) Me parece que ya ha hablado usted bastante.

ALDO.—(*Con calor*). ¡Ah, no! Yo no la dejo partir, sin decirle antes lo que quiero.

ELENA.—¡Cómo! ¿Hay mas aún?

ALDO.—Usted me ha autorizado á demostrarle que no he sido un adulador... Debe usted pues escucharme. Me ha preguntado, que soñaba, que pensaba, á quien esperaba, solo, en esta sala. Pues bien Elena, soñaba en usted, pensaba en usted y la esperaba á usted.

ELENA.— *Con fingida ingenuidad*). ¿Y por qué me esperaba?

ALDO.—(*Insinuante, sin afectación*). Para decirle que me gusta usted mucho.

ELENA.—(*Casi levantádose*). ¡Rigliardi!

ALDO.—No hay porque asustarse. El mal estaría, en que yo también le gustase á usted.

ELENA.—Pero hay por que ofenderme.

ALDO.—No... Además, no es una novedad para usted La impresión que le causa, depende sin duda, de que han pasado algunos meses desde que se lo dije por primera vez.

ELENA.—(*Sonriéndose*) ¡Qué impertinente!

ALDO —¿Sonríe usted? Esto quiere decir que ha recobrado la memoria. Continuaré pues mi confesión...

ELENA.—Si yo lo permito...

ALDO.—Naturalmente... Pues bien, Elena, en estos meses de ausencia forzosa, yo he hecho todo lo posible para olvidarla...

ELENA.—(*Con coquetería*). ¡Mil gracias!

ALDO — .. Quiero decir; para sustraerme á la fascinación de su imagen. Esperaba ser fuerte, esperaba poderla ver sin turbarme.

ELENA.—(*Insinuante*). ¿Y qué?

ALDO.—¡Y, cuando ayer la volví á ver, he comprendido que todos mis esfuerzos habían sido inútiles!—El descubrimiento—¿á qué decirlo?—en vez de dolerme, me es grato. Después de todo, tener un fin en la vida, es cosa que siempre distrae y sostiene.

ELENA.—(*Irónica*). ¿Y yo debo ser este fin que distrae?

ALDO.—No; el que sostiene. Y es preciso confesarlo, no podría encontrar uno mejor.

ELENA.—¡Con qué calma y tranquilidad lo asegura!

ALDO —(*Mirando hacia la sala, con tono elocuente*). No olvido Elena donde estamos.

ELENA.—Pero olvida usted quienes somos.

ALDO.—Esto mucho menos. Al contrario, por-

que lo recuerdo perfectamente es porque hablo con absoluta sinceridad y sin ningún énfasis. Nosotros Elena nos asemejamos demasiado. Nuestras almas, miran ambas hacia Oriente, donde nace el sol, de donde viene la luz bienhechora, el calor, el día—¡la alegría del mundo! La vida nocturna, sepultada en las tinieblas del deber, no está hecha para nosotros. Es inútil disimularlo; cuando nos encontramos juntos, siento nuestra afinidad... y no soy solo yo, en sentirla... Escuche bien Elena cuanto le digo; todo lo que nos separa, está detrás de nosotros, se llama el pasado, ya no es, no podemos cambiarlo. Pero delante tenemos el porvenir, lo que aun no es, y debe ser, y podemos crear según nuestros sentimientos y nuestras inc inaciones. *(Siempre más vehemente).* ¡Ah! ¡mire usted con valor hacia adelante! ¡No se detenga á contemplar las cosas muertas que quedan atrás! Estas son fantasmas; y allí, en cambio, se presenta la realidad... y la realidad es que nos amamos...

LENA.—*(Muy turbada).* ¡Rigliardi!

LDO.—*(Continuando, siempre más vehemente).* ... y que nuestro amor nos hará gozar todos y los únicos placeres que hacen aceptable la vida.

LENA.—*(Levantándose y separándose).* ¡Basta Rigliardi! ¡No abuse de la simpatía que no he sabido ocultarle por más tiempo!

LDO.—*(Acercándose, con ligero gesto de impaciencia).* En este momento no está usted á su altura. Sabe usted demasiado que una declaración semejante, dicha y... escuchada, no puede quedar á medias. ¿Quiére usted entregarse poco á poco como hacen todas? Es una comedia inútil que se repre-

senta para que la vean los demás... y ahora el teatro está vacío. *(Mirando á su alrededor).*

ELENA.—*(Soltando la risa).* ¡Es usted un seductor original! ¿Quiére conquistar á las mujeres con razonamientos? ¿Pero no sabe usted que las mujeres no razonan?

ALDO.—Lo sé, lo sé... ¿Pero que quiere usted que haga, habiendo tanta gente que en el momento menos pensado podrían sorprendernos?... Hablo. Razono. *(Cambiando de tono).* Por lo demás, aquí no es posible continuar. Aquél hombre ávido de aplausos está acabando...

ELENA.—¡Es verdad! Es preciso marcharme.

ALDO.—*(Agitado).* ¿Dónde puedo volver á verla? ¿Cuando?

ELENA.—¿No sería mejor que no nos volviéramos á ver?

ALDO.—*(Deprisa).* No me haga perder estos instantes preciosos. Responda. Quiero volver á verla pronto. ¿Dónde? ¿Dónde?

ELENA.—Aquí.

ALDO.—No.

ELENA.—En su casa. Iré á ver á Camila.

ALDO.—*(Impaciente).* No, no .. Hable seriamente... ¿Saldrá usted mañana?

ELENA.—No sé. ¿Cómo quiere usted que lo sepa.

ALDO.—Pues bien, yo la esperaré. En los jardines, en el paseo que bordea el pequeño lago, á las cinco.

ELENA.—¿A las cinco? Imposible. Recibo.

ALDO.—*(Deprisa).* A las cuatro, á las tres, á las dos, á medio día... Cuando quiera.

ELENA.—*(Con mirada turbada).*) A las dos.

ALDO.—Bien. ¡Gracias! Gracias, Elena. *(Hace por tomarle la mano).*

ELENA.—¡Cuidado! *(En este momento el pianista termina. Aplausos. Elena corre y desaparece en el salón).*

ESCENA X

RIGLIARDI queda solo. Sonríe satisfecho: se retuerse, con aire de satisfacción, el bigote. En el salón se forma un grupo numeroso alrededor del pianista. Se oyen los elogios dichos en voz alta. Mientras se dispone á reunirse con el grupo, LA JOVENCITA DE CATORCE AÑOS, entra corriendo y tropieza con él.

LA JOVENCITA.—*(Turbada).* Usted dispense, caballero.

ALDO.—*(Con mucha cortesía, inclinándose).* Usted es quien debe dispensar... ¡monísima! *(Se aleja hacia el fondo. La jovencita lo sigue amorosamente con la mirada).*

TELON

ACTO TERCERO [1]

La tarde

Despacho del abogado Rigliardi.

Una gran sala, elegantemente amueblada, con gusto algo femenil. A la izquierda una gran mesa de madera tallada, detrás un sillón del mismo estilo, con lujosos almohadones con franjas de oro. En el fondo, dos librerías también del mismo gusto, llenas de libros lujosamente encuadernados. A la derecha una otomana, con respaldo de terciopelo carmesí, con varios cojines de delieados colores. Sillas, taburetes, mesitas, con servicio de fumar de licores. artísticamente colocadas en la sala. Algunas estátuas, muchos vasos de flores en los ángulos ó encima de algunos muebles. Colgados de los muros, retratos, espejos, tapices.

Una puerta en el centro comunica con la antesala. Otra puerta lateral izquierds, conduce al despacho del abogado SERRA. Las puertas tienen cortinas lujosas. A la derecha una ventana. Han pasado quince días desde el acto anterior. Han transcurrido las primeras horas de la tarde.

Por la ventàna, entra una luz grís de día lluvioso.

(1) Este acto puede suprimirse en la representación Vèase después del acto quinto.

ESCENA PRIMERA

Delante de la puerta lateral, cuya cortina aún se mueve, están UN CLIENTE POBRE, obrero, en traje de domingo y UNA MUJER, su esposa MARCOS, el escribiente, viejo, casi del todo cano, alto y rígido, aspecto de antiguo militar, sale rápidamente del fondo y corre á abrir la ventana.

EL CLIENTE POBRE.—*(Sombrero en mano, haciendo profundas reverencias ante la puerta.)* Señor abogado, cuanto se lo agradecemos... Nunca podremos olvidar... *(Alzando los ojos.)* ¡Toma, no hay nadie! *(A su mujer.)* ¡Qué hombre! ¡Que caballero!... ¡Nos ha regalado cincuenta liras! ¡Una fortuna para nosotros! ¡Y después de lo que ha hecho por el canalla de nuestro hijo!... ¡Estamos salvados, Teresita! ¡Le has visto!... ¡Hasta ha prometido colocarme!...

LA MUJER —¡Qué Dios le bendiga!...

EL CLIENTE POBRE.—*(Rudamente.)* ¡Déjale en paz á Dios! ¡Si llegas á esperar de él, las cincuenta pesetas, podías esperar sentada!..

MARCOS.—*(Con mucha gravedad, después de abrir la ventana.)* ¡Buena gente! ¡Esto no es una sala de conversación! Si habéis terminado la consulta, podéis marcharos. *(Suena la campanilla en la antesala.)* ¡Alguien viene!

EL CLIENTE POBRE.—Tiene usted razón. Usted dispense. Adiós.

LA MUJER. — *(Alegremente.)* Buenas tardes, señor.

MARCOS.—*(Con gravedad.)* Buenas tardes. *(Los dos se marchan.)*

ESCENA II

VICTOR BREMA entra por la puerta central y se cruza con el obrero y su mujer, que se inclinan profundamente, lo dejan pasar y salen deprisa. MARCOS, se adelanta, ceremoniosamente.

VICTOR.—*(Lleva traje de entretiempo.)* ¿El señor?

MARCOS.—Servidor de usted, señor Brema. El señor Rigliardi debe estar en el despacho del señor Serra. Siéntese... ¿Quiere usted que le llame?

VICTOR.—Hace un frío atroz. El temporal de esta mañana nos ha dejado en pleno invierno... ¿y tenéis la ventana abierta?

MARCOS.—Acabo de abrirla.

VICTOR.—¿Para qué?

MARCOS.—Ordenes del amo señor Brema: «Cuando salgan ciertos clientes, abrir de par en par la ventana y ventilar bien.»

VICTOR.—*(Con admiración irónica.)* ¡Ah!... ¿Y también se da la orden de bajar las cortinas cuando vienen... ciertos clientes?

MARCOS.—*(Con dignidad.)* ¡Oh, no! De esto se cuida el mismo... ¿Pero desea que cierre?

VICTOR.—Si la orden no es terminante... Yo he venido aquí para entrar en calor... ¡Me duele todo el cuerpo!

MARCOS.—*(Corriendo á cerrar la ventana.)* Ya está usted servido... ¿Quiere usted que llame al señor Rigliardi?

VICTOR.—Dígale que estoy aquí. *(Se quita sombrero y abrigo que entrega á Marcos, quien los coloca en el fondo, sobre una silla.)* Oiga: ¿Tienen los periódicos del mediodía?

MARCOS.—*(Señalando la mesa.)* Acaban de traerlos.

VICTOR.—*(Tomándolos.)* Muy bien. *(Tumbán-*

dose sobre la otomana.) ¿Los cigarros del señorito, aquellos famosos que manda traer directamente de la Habana?

MARCOS.—(*Coje una mesita, con servicio de fumar y la lleva junto á Víctor.*) Ahí los tiene usted. ¿Manda usted algo más?

VICTOR.—No, gracias. Por ahora estoy bien. Puede retirarse. (*Marcos sale por la puerta lateral.*)

ESCENA III

VICTOR escoje un cigarro y lo enciende; despúés lee. ALDO RIGLIARDI, sale deprisa por la puerta lateral, seguido de MARCOS, que se marcha por el fondo.

ALDO.—(*A Víctor.*) ¡Felices ojos que te ven Desde la fiesta en el Gobierno Civil, hoy hace quince días, no te veía. ¿Dónde te has metido?

VICTOR.—(*Echando grandes bocanadas de humo.*) He amado... Además, durante este tiempo, por lo menos he pasado dos veces por tu casa y tu no estabas. Ya te lo habrá dicho tu mujer.

ALDO.—(*Tomando un taburete y sentándose á su lado*) No, mi mujer nunca me dice nada. Y no te debe extrañar. Desde aquel estúpido incidente no me habla sino para las cosas indispensables. ¡Hemos adoptado, en la intimidad, un idioma monosilábico... como los chinos!

VICTOR.—(*Siempre igual.*) De modo que seguís estando de monos.

ALDO.—(*Bruscamente*). Pero dime: ¿si llega á descubrir algo importante que hubiera sucedido?... Y ella verdaderamente sufre. ¡Qué tontería! ¡Martirizarse de tal manera, sin razón!

VICTOR.—¡Eh! ¡poco á poco! ¡Vaya si tiene razón! Las mujeres tienen un sexto sentido; adivinan lo que no saben. No quiero predicarte moral; ¡pero en el caso presente buena la hiciste, pobre amigo mío!—Mientras se trata de condesas más ó menos averiadas, ¡ea! se pueden cerrar los ojos... Pero con una chiquilla ..

ALDO.—*(Turbado, apoyando la cabeza en una mano).* ¡Tienes razón! ¡Buena la hice!... ¡Sí, sí, con una chiquilla!... Y pensar que pasó como en un sueño... Cuando desperté, la catástrofe era irreparable... *(Con agitación nerviosa).* ¡Basta! Mejor es hablar de otra cosa... Si has estado en casa, habrás sabido de mi viaje electoral ¿verdad?

VICTOR.—No, allí no me dijeron nada.

ALDO.—He estado tres días en el distrito. ¡Ah, tres días inolvidables! ¡La emoción que se experimenta ante una muchedumbre delirante es imposible describirla! Hice cuatro discursos. En Varese, la última noche, ¡fué el delirio!

VICTOR.—Me haces el efecto de un tenor, que relata sus triunfos.

ALDO.—*(Con entusiasmo).* ¡No te burles! En aquél instante memorable, verdaderamente se realizó el milagro. Mi alma se fundió del todo con el alma de la muchedumbre, como un río se vierte en el mar. Vi en aquellos millares de ojos que me miraban fijamente, el fiel reflejo de mi pensamiento... Ello es, que la verdad saltaba al fin de mis labios, y aquella pobre gente apagaba ávidamente su sed, tanto tiempo sentida. ¡Les hablaba de la Vida y de nuestros derechos á la Vida!

VICTOR.—*(Riendo).* ¡Infeliz! ¡Cómo te enga-

ñas! ¡Ninguno de aquellos campesinos te ha comprendido!

ALDO.—Si todos parecían locos de entusiasmo...

VICTOR.—Lo estarían, ¡pero por tu buena voz, por tus gestos magestuosos y... por tu bandera subversiva! (*Cambiando de tono y mirándole fijamente*). ¿Qué quieres que te diga? Yo me pregunto siempre, si eres sincero...

ALDO.—(*Serio, mirándole cara á cara*). ¿Dudas de ello?... Pues bien; sí, lo soy. Te lo juro.

VICTOR.—¿Y no te encuentras mal, tu, tan refinado, y hasta tan... aristócrata, en medio de aquél rebaño de desesperados y descamisados?

ALDO.—(*Con resolución*). No. . tal vez mis sentidos algunas veces se rebelan. Pues la reflexión sabe pronto reducirlos. ¿Ves? Uno solo de aquellos desgraciados tiene más sangre en las venas, más ideas en el cerebro y más bondad en el corazón que un millar de los tuyos

VICTOR.—(*Cómicamente*). ¡Muchas gracias!... Antes quisiste cambiar de conversación porque te daba buenos consejos; ahora soy yo que deseo cambiar porque... me insultas.

ALDO.—(*Hechándose á reir*). Tienes razón. Dispénsame. (*Toma un cigarrillo y lo enciende*). Bueno; ¿qué hay de nuevo? Cuenta.

VICTOR.—De nuevo, nada. Ha vuelto á Milán la «Paulette.»

ALDO.—(*Alegremente*). ¿La coupletista? ¡Tu amiga inseparable del invierno pasado! Una hermosa mujer...

VICTOR.—A mí no me gustaba. Me lié con ella, porque gustaba á todos mis amigos... Cuando acabó la temporada del Eden, se mar-

chó á ladrar,. . no sé precisamente donde; creí no volverla á ver más .. Y la semana pasada, recibo una invitación suya, fechada en Milán.

ALDO.—¿De modo que has reanudado tu vida conyugal?

VICTOR.—(*Se incorpora y se sienta*). ¡Ah no! Esto, por fortuna, no era posible «Paulette» no ha vuelto sola... Ha traído á una hermanita de diez y seis años... una especie de educanda; y además á una extraña compañera, que debe debutar pronto en el Eden, con el nombre terrorífico de «Mademoiselle Constrictor, ó la Mujer-serpiente.»

ALDO.—(*Riendo*). ¿Y por qué lleva este nombre?

VICTOR.—¡Sencillamente porque se viste con una malla verde, con escamas de plata, y con una desenvoltura increíble, consigue hacer pasar la cabeza entre las piernas como... hacen las serpientes!

ALDO.—(*Riendo*). ¡Debe ser curiosisimo! Me gustaría conocerla.

VICTOR.—Creo que en tu numerosa colección no figurará aún una... mujer serpiente.

ALDO.—En efecto.

VICTOR.—Es preciso no dejar perder la ocasión. (*Suena la campanilla en la antesala*).

ALDO.—(*Volviéndose*). ¿Quién será el importuno? (*Acordándose de algo, mira el reloj*). No. Aun es temprano.

ESCENA IV

MARCOS por el foro

MARCOS.—(*Anunciando*). El señor Mauri.

ALDO.—(*Gravemente*). ¡Demonio! Ya lo ve, usted: ahora estoy ocupado. No tengo tiem-

po Introdúzcalo en el despacho del señor Serra. (*Marcos sale*).

ALDO.—(*A Victor*). ¿Decías?

VICTOR.—Te hago una proposición. Esta tarde, como buen padre de familia, acompaño aquellas señoras al Eden. Si vienes á buscarnos después de la función, podremos cenar juntos.

ALDO.—¿Estará la educanda?

VICTOR.—Naturalmente. Acompaña á la hermana para instruirse.

ALDO.—(*Pensativo*). La proposición me seduce... Esta noche no tengo ningún compromiso...

VICTOR.—Ten presente que para estar con más libertad, será preciso un tercero.

ALDO.—¿Un tercero? (*Dando un grito de alegría*) ¡Qué idea!

VICTOR.—¿Lo has encontrado?

ALDO.—Creo que si. Y es un caso raro, singular... como tu mujer serpiente.

VICTOR.—¿Y quién es?

ALDO.—(*Señalando la puerta lateral*). Mi colega.

VICTOR.—(*Estúpidamente*). ¿Serra?

ALDO.—El mismo. ¡El incorruptible, el marido modelo, lo moral en persona!

VICTOR.—Como me alegraría. ¡Como nos reiríamos! Pero seguramente rehusará.

ALDO.—¿Y por qué?... ¡Pobrecito! ¡debe estar harto de la vida que lleva! Te digo, que es un verdadero mártir... Le compadezco de veras .. y si pudiese distraerle un poco me parecería hacer una verdadera obra de misericordia. . (*Se oye abrir la puerta lateral*). ¡Aquí está! Déjame. Ya sé por dónde cogerle.

ESCENA V

JUAN SERRA sale por la puerta lateral. Tiene la misma edad que RIGLIARDI. Aspecto tranquilo y bonachón. Viste con sencillez, pero sin descuido. Después, MARCOS

JUAN.—(*Entrando*). ¡Muy bien! ¡Vengo á darte mis quejas!... Me has mandado al señor Mauri, á quien no conocía ni de nombre... Tu tienes su causa... No he sabido que decirle. Le he suplicado que vuelva mañana por la mañana á las nueve y media.

ALDO.—Has hecho muy bien.

JUAN.—(*A Brema*). Buenos días, señor Brema.

VICTOR.—¡Querido!... (*Se estrechan la mano*).

JUAN —(*Refregándose las manos*). Yo no sé... En mi despacho hace un frío atroz... ¡Tengo las manos heladas. Aquí se está mejor.

ALDO.—Naturalmente. ¡Donde yo estoy, está el calor, la vida!... Vente aquí con nosotros... Haré traigan algo para que entres en calor. Siéntate.

JUAN.—Gracias. (*Se sienta sobre la otomana, junto á Brema: Aldo sigue sentado en el taburete*).

ALDO.—(*Llamando*). ¡Marcos! ¡Marcos!

MARCOS.—(*Entrando por el foro*). ¿Señor?

ALDO.—Haga el favor de traernos el «absinthe» y tres vasitos.

MARCOS.—(*Ejecutando lo mandado*).

JUAN.—No, dos vasitos nada más. Tu «hada verde», me da mucho miedo. Es un veneno, un terrible veneno.

ALDO.—Si fuese un veneno, puedes estar seguro que yo no lo bebería. (*A Marcos que ya trae la botella y tres vasitos*). Tres vasitos, muy bien. El señor Serra querrá, por lo menos una vez en su vida, acercar sus purísimos labios á la copa del Placer, aun que

sólo sea por complacer á un amigo. (*A Brema*). Haz el favor de servir. (*Se acerca á Marcos y en voz baja le dice*). Si por acaso viene una señora aviseme en seguida.

MARCOS.—(*Con misterio.*) ¿Debo anunciarla?

ALDO.—No. Me hace una seña. (*Marcos hace señas de haber comprendido y sale. Aldo se acerca á los dos amigos y se sienta de nuevo.*)

JUAN.—(*Sonriendo, mientras Brema prepara el absenta.*) ¡Si mi mujer lo supiera! Si pudiera verme en este momento...

VICTOR.—¡Cristo entre dos ladrones!...

ALDO.—(*Ofreciéndoles cigarros.*) ¿Un cigarro?

JUAN.—Gracias, ya sabes que no fumo.

ALDO.—(*De pronto.*) ¡Tu no fumas! ¡Tu no bebes! ¡Tu no juegas! ¡Tu no amas! ¿Pero qué es lo que haces, bendito de Dios?

JUAN.—(*Después de haber bebido refregándose las manos.*) ¡Oh! ¡Dejo correr el tiempo, y después de todo no tengo por qué quejarme!

ALDO.—Pero ¿es verdad? ¿Tu no tienes vicios, no cometes nunca ninguna locura, no te permites alguna infracción al deber conyugal?

JUAN.—(*Riendo.*) ¡No faltaba más!... ¡Mi mujer me sacaría los ojos y aun no quedaría satisfecha!

VICTOR.—¿Y si no lo supiese?

JUAN.—¡Ah! si no lo supiese... Pero lo sabría enseguida, estoy seguro.

ALDO.—(*A Víctor.*) ¿Has visto que hombre?

VICTOR.—(*Cómicamente.*) ¡Un santo! ¡Parece mentira!

ALDO.—(*A Juan.*) Pero oye: ¿siempre has sido así? ¿Hasta cuando eras estudiante?

JUAN.—¡Ah, no! En la Universidad no estaba casado, y preciso es confesar, que cuando se presentaba alguna mujercita, de aspi-

raciones modestas, no la rechazaba. ¡Destinaba la noche de los sábados á mis orgías semanales!. . Tenía que romperme los codos para conquistar cada año la matrícula gratuíta; y en el bolsillo, por lo general, llevaba poca cosa para divertirme.

ALDO.—¿Y cómo, no has tomado el de quite más tarde, cuando heredaste de tu tía, y nuestro despacho empezó á hacerte más fácil la vida?... Bebe, Serra, hazme el favor.

JUAN.—(*Bebiendo.*) Tenía relaciones formales, después me casé, después fuí padre...

VICTOR.—¡Vaya una razón!

JUAN.—¿Cómo?... ¿Pensar que yo? ¡Ah, no señores! Conozco muy bien mis deberes y procuro no traspasarlos.

ALDO —¿Por qué? Por el qué dirán?

JUAN.—Por lo que diría yo.

ALDO.—Dispénsame, Serra Yo no te comprendo. Tu eres un hombre inteligente... No eres religioso, al menos que yo sepa... ¿Por qué pues te haces esclavo de los prejuicios morales, que tu mismo juzgas y condenas? ¿Y no echarás de menos, más tarde, el tiempo perdido, la juventud que habrás dejado pasar sin una sonrisa?... Quisiera que reflexionaras, porque me parece que hay algo de confusión en tus ideas. (*Le llena otra vez el vaso.*)

JUAN.—¡Poco á poco! ¿Esperas, tal vez ponerlas en orden, con este veneno?

ALDO.—¿No te gusta?

JUAN —(*Paladeándolo.*) Sí. Resulta agradable.

ALDO.—Entonces... bebe, ¡y escúchame bien! Tu, Serra, acabas de confesarme ahora mismo que no te has podido divertir en los primeros años de tu juventud... Lo mismo que yo, has hecho la necedad de

casarte en una edad en la cual la mujer propia es completamente superflua porque se prestan á sustituirla... las mujeres de los demás.

VICTOR.—Y también las mujeres... de *todo el mundo.*

ALDO.— Podías haber reflexionado después, como yo he hecho, en las tristes consecuencias de tal enlace que debía durar toda la vida. Pero no; tu como un buen burgués, has tomado en serio el Código Civil... y te has propuesto hacer una vida lastimosa, compartiendo el tiempo entre el despacho en donde trabajas y tu casa en donde te aburres...

JUAN.—¡Rigliardi!...

ALDO.—*(Vivamente.)* Sí, en donde te aburres, porque tu mismo, mil veces me has declarado que tu única diversión es el trabajo.

VICTOR.—*(Bostezando.)* ¡Bonita diversión!

ALDO.—¿Ahora tienes treinta y seis años, no es verdad?

JUAN.—¡Treinta y siete cumplidos, y ya bastan!

ALDO.—¡Y permaneces con la misma experiencia de la vida, que cuando te permitías siendo estudiante, modestas orgias los sábados! Pero, pobre amigo mío, si sigues así, cuando dejes el mundo tu mujer no se tendrá que molestar en cerrarte los ojos, porque tu, infeliz, no te habrás acordado nunca de abrirlos.

JUAN.—*(Confuso, tratando de levantarse)* No comprendo porque me hablas de esta manera...

ALDO.—Para convertirte, para hacerte menos severo contigo mismo, para que consigas conocer las pocas alegrías que se pueden gozar en este mundo.

JUAN.—*(A los dos.)* ¿Ustedes se han dirvertido mucho, verdad?

VICTOR.—¡Oh! amigo mío, no hemos perdido el tiempo.

JUAN.—¡Ah! ¡si fuese soltero!... *(Los demás alborotan. Él corrigiéndose.)* ¿Que digo?... Este maldito veneno, me ha mareado, me ha descompuesto...

VICTOR.—¿El veneno que ha bebido... ó el que ha escuchado?

JUAN.—No sé. Los dos. *(Levantándose.)*

ALDO.—*(Sujetándole.)* Querido Serra, en este momento te estás acordando de tu mujer.

JUAN.—*(Estupefacto.)* Es verdad. ¿Cómo lo has adivinado?

ALDO.—¿Tu mujer? ¡Bien sabes que la aprecio y la admiro! Tiene todas las cualidades de una buena ama de casa ordenada, cuidadosa, trabajadora, siempre pendiente del reloj, una especie... de jefe de estación. Y porque es así, te considera como un tren que siempre hace el mismo recorrido y que pasa á la misma hora por delante de ella.

VICTOR.—*(Sonriendo.)* ¡La imagen es perfecta!

ALDO.—*(A Serra que rie.)* Bebe, haz el favor *(Juan riendo, bebe)*

ALDO.—Ahora bien; por mucho que estés poseído de tu papel, yo no admito que alguna vez no nazca en tí la idea de abandonar tus eternos carriles, y recorrer, locamente, la floreciente campiña que te rodea. ¿Quién te lo impide? ¿El temor de un desastre ferroviario?

JUAN.—Si, sí, ¡un choque!

ALDO.—¡Oye, debes persuadirte que solamente eres un tren, para tu mujer!

JUAE.—*(Casí borracho, ríe convulsivamente*

¡Ja! ¡ja! ¡ja!... ¡Yo... un tren! ¡Mi mujer... jefe de estación!... ¡Qué risa!... (*Toma un cigarrillo y lo enciende.*)

VÍCTOR.—(*Bajo a Aldo.*) ¡Adelante! ¡Sigue! ¡Ya cae!

ALDO.—¿Si tratases de salir de los cariles?

JUAN.—¡Demasiado tarde!

ALDO.—¿Y por qué? Nunca es tarde si la dicha es buena... (*Con misterio, hablándole al oído.*) Oye bien; ¿quieres intentar el experimento esta misma noche?

JUAN.—¡Dios mío! ¡De noche salirme de vía!

ALDO.—¿Quieres venir con nosotros, á un expléndido banquete, alegrado por la sonrisa de tres sirenas...?

JUAN.—(*Con sonrisa de alegría.*) ¡Rigliardi! ¿Un banquete? ¿Tres sirenas?.. ¿Yo?... (*Poniéndose serio, de pronto.*) ¡Ah no! ¡No puedo! ¿Estás loco?

ALDO.—¿Por qué no puedes?

JUAN.—(*Balbuceando.*) Porque yo.. porque mi mujer...

ALDO.—¿Tienes miedo del jefe de estación?

JUAN.—(*Soltando otra vez la risa.*) ¡No la llames así! ¡Me da mucha risa!

VICTOR.—Si es por causa del jefe de estación, podemos telegrafiarle que esta noche hay un viaje extraordinario.

ALDO.—(*De pronto.*) Claro. Una buena causa siempre se encuentra. Soy maestro en la materia. Con las mujeres sé mentir como el primero. (*Levantándose.*) Bueno, Serra, ¿qué contestas? ¿Aceptas?

JUAN.—(*Pudiendo apenas hablar á causa de la risa.*) Déjame pensarlo... ¡Qué maldito veneno!

ALDO.—¡Pero oye! ¡No hay que pensarlo! ¿Vienes? Contesta.

JUAN.—*(Con vaga sonrisa.)* ¡A mí mujer no se la haces tragar!

ALDO.—(*Triunfante.*) Está bien. Esto es cosa mía. Si se la hago tragar, tu deberás acompañarme. (*Suena la campanilla de la antesala. Mira el reloj y dice apresuradamente.*) ¡Las cinco!...

ESCENA VI

Apaaece MARCOS por el foro, y hace una seña á ALDO.

ALDO.— (*A los dos*) Perdonadme. Os debo echar.

VICTOR.—(*Levantándose de mala gana*) ¡Oh, Dios mío! ¡Otra vez á que coja el aire!

ALDO.—No... Probablemente la visita será corta... Pasa al despacho de Serra, hasta que te llame.

VICTOR.—*(Bajo, acercándose á él).* ¡Entendido!... Una señora á quien quieres enseñar tu despacho...

ALDO.—*(Sonriendo).* Algo parecido.

VICTOR.—*(Bajo).* ¿Tal vez la condesa?

ALDO —*(Deprisa).* ¡No! ¡Qué cosas se te ocurren! *(A Juan).* ¡Ea, compañero, levántate! Y de lo de la noche estamos conformes ¿verdad?...

JUAN.—*(Levantándose con trabajo).* No puedo comprometerme.

ALDO.—Me comprometo yo por tí.

JUAN.—*(Marchándose).* Mira... Debería acabar un escrito de réplica .. ¿Pero como hacerlo? Este maldito veneno...

ALDO.—Mañana pides una prórroga. Para esos casos se inventaron. *(Juan se marcha, riendo y murmurando palabras sin conexión).*

ALDO.—*(A Brema).* ¡Hasta luego!

VICTOR.—*(Sigue á Juan; desde la puerta se vuelve y dice).* ¡Buena suerte!

ALDO.—¡Vete al diablo! *(Victor sale detrás de Serra).*

ALDO.—(*A Marcos, inmóvil en la puerta*). Que pase la señora. (*Marcos que durante la escena anterior ha estado sonriendo, observando a Serra exaltado por el absenta, se inclina y sale por el foro).*

ESCENA VII

El rostro de ALDO se transforma é ilumina de alegría. Cuando se levanta la cortina, se precipita hacia la visitante. Aparece ESTER SALVIATTI. Al verla se detiene, extrañado, desilusionado.

ALDO.—(*Con voz casi de mal humor*). ¿Eres tú?

ESTER.—(*Tímidamente desde la puerta*). Perdóneme. Tengo necesidad de hablarle en seguida.

ALDO.—(*Dominándose*). Entra, ¿que pasa? (*Señaldndole una silla*).

ESTER. —(*Sentándose y con voz de súplica*). ¡Aldo, sé que te disgusta que venga á tu despacho!... Perdóname. Era preciso que hoy mismo te viera... Y estaba convencida que no vendrías á casa, porque desde hace mucho tiempo no te dejas ver... Si he sido imprudente. me perdonarás...

ALDO.—Ya te he perdonado. No hagas caso si te he recibido algo friamente... Esperaba una cliente...

ESTER.—¿Una mujer?... ¿Entonces no tienes tiempo de oirme?

ALDO. -(*Sonriéndose*). Sí, chiquilla, pero date prisa. ¿Es algo grave?

ESTER.—(*Mirándole fijamente*). No lo sé... pero puede ser gravísimo.

ALDO —(*Con viva atención, sentándose á su lado*). Deprisa, cuenta. ¿Qué ha pasado?

ESTER.—Hace dos horas, he recibido un incomprensible recado de doña Camila.

ALDO.—¿De mi mujer?

ESTER.—Me ha mandado el saldo de su cuenta con un billete en que parece me despide.

ALDO.—(*Mal humorado y descontento*). ¡La historia de siempre!... ¿Y el billete?

ESTER.—Lo traigo para que lo leas. (*Buscando en el bolsillo, saca la carta y se la da*). Tómalo. (*Aldo, toma la carta y la lee*).

ESTER.—¡Figúrate como he quedado al recibir este carta y el dinero! ¡Afortunadamente mi hermano no estaba en casa!... Seguramente me hubiera hecho mil preguntas ¿y qué contestarle? Para salir pronto de dudas, he corrido á tu casa. ¡No me dejaron entrar! ¡Me echaron!

ALDO. — (*Afligido, devolviéndole la carta*). ¡Cuánto lo siento! ¡No puededes figurarte cuánto lo siento!

ESTER.—(*Tomando la carta*) ¡Comprenderás ahora el motivo de mivisita!... ¡Estoy inquieta, nerviosa, sobresaltada! ¿Habrá descubierto algo? ¿Pero qué?

ALDO.—Querida Ester, es preciso que te diga...

ESTER.—(*Dando un pequeño grito*). ¡Ah! ¿tú sabes?...

ALDO.—No te asustes. Por fortuna, hasta ahora, no hay nada grave ó irreparable... Mi mujer nos sorprendió aquel día...

ESTER.—(*Estremeciéndose*). ¡Me lo figuraba!... ¿Pero cómo? ¿No me aseguraste, tu mismo, que aquel día no había visto nada?... ¿qué su cambio repentino dependía...?

ALDO.—Sí, sí... Esperaba arreglarlo todo, y

no quería ponerte, inútilmente, en aprensión.

ESTER.—¿Y por qué ha esperado dos semanas?

ALDO.—Tal vez para salvar las apariencias...

ESTER.—(*Desesperadamente*). ¡Oh, Dios, mío! ¿Y ahora?... ¡Qué desgracia! Me la merezco... ¿Pero que dirá Pablo, cuando me pregunte la causa de está ruptura?

ALDO.—(*Levantándose*). ¡Cálmate, chiquilla! No hay motivo para desesperarse... Ya lo arreglaré... Deja pasar unos días y te prometo que conseguiré disipar las sospechas de Camila.—¿Por qué no he ido á tu casa en estos últimos días? Por esto. ¡Y ya me acusabas de olvidarte!

ESTER.—¡Oh, si Aldo, algunas veces te olvidas de mi...!

ALDO.—(*Con calor*). Nunca, jamás... Y fíjate bien: me hago completo cargo de la responsabilidad que contigo tengo, y no pienso eludirla, nunca y de ninguna manera.

ESTER.—¿De veras?

ALDO.—¿Lo dudas acaso?

ESTER.—No, no, te creo. ¡Pobre de mí, si también tuviera que dudar de ti! ¡Soy tan desgraciada! ¡Y estoy enferma, Aldo, muy enferma!...

ALDO.—(*Con solicitud*) ¿Qué te pasa Ester?

ESTER.—No lo sé ... Me encuentro mal... Estoy dominada por una melancolía, que no puedo vencer... Las ideas más negras revolotean por mi pobre cabeza, cuando me encuentro sola. . y te espero. Porque yo, sabes, te espero siempre...

ALDO.—(*Turbado, con sincero acento de afecto, de piedad, casi de remordimiento*). ¡Oh pobre nena mía! (*En seguida con calor*). ¡Ea! ¡Hecha estas ideas tristes que para nada

sirven! Tu eres joven; debes reir, estar alegre, sin preocupaciones... no pensar en cosas tristes...

ESTER. — ¡Ah si fuera posible! ¿Ves, Aldo? Hasta pienso... en la Muerte!

ALDO.—(*Casi gritando*). ¡Estás loca! ¡No, Ester, no! Piensa en la Vida, en la Vida... (*Suena la campanilla de la antesala. Se detiene de pronto, y cambiando de tono, con algo de ansiedad, precipitadamente*). ¡Y, si de veras me quieres, ten confianza, plena confianza en mí! (*La besa en la frente, después súbitamente*). Y ahora, vete, Ester. Hay alguien que me espera en la antesala, y ya es tarde. ¡Hasta mañana! Mañana por la tarde iré á verte.

ESTER.—(*Levantándose, transformada, sonriente*). ¿De veras? ¿Mañana?

ALDO.—(*Impaciente*). Sí, mañana.

ESTER.—(*Disponiéndose á abrazarle*). ¡Oh, Aldo mío.

ALDO.—(*Gravemente*) ¡Prudencia! ¡Estamos en el despacho! (*Rápidamente marcha hacia el foro, levanta la cortina, y con voz muy amable, hacia dentro*). ¡Oh, condesa!... ¡Mil perdones por haberla hecho esperar!... Haga el favor de dispensarme.

ESCENA VIII

ELENA VALRIGHI, vestida de negro, aparece en la puerta del foro.

ELENA.—(*Entra sonriente.*) Querido abogado... (*Ve á Ester y se para frunciendo el ceño.*)

ALDO.—(*Con desenvoltura á Ester.*) Señorita. estamos conformes. Mañana le podré dar la contestación que desea. Buenos días. (*Ester inclina la cabeza y se dispone á salir. Aldo, corre obsequiosamente á levantar la*

cortina, volviendo á inclinarse saludando. Buenos días. (*Vuelve después algo turbado, cerca de Elena, que ha seguido con los ojos á Ester hasta que ha desaparecido.*) Ha sido usted puntual y se lo agradezco. Tenía su promesa... pero el corazón me decía que no iba usted á cumplirla. (*Esforzándose para parecer apasionado.*) ¡Pobre corazón! Me engañaba para que fuera más grande el placer de.. verte (*Va á cogerle la mano.*)

ELENA.—(*Retirándose.*) Un momento. ¿Quiere usted decirme quien era aquella señora que le hacía compañía... tal vez para que fuera menos amarga el ansia de la espera?

ALDO.—(*Sonriendo*) ¿Está usted celosa, Elena? Esto quiere decir que me ama.

ELENA —(*Con energía*) ¿Quiere usted decirme quién era?

ALDO. — ¡Oh! puede usted figurárselo: una cliente.

ELENA.—(*Con dureza*) ¡Mentira!

ALDO.—¡Elena!

ELENA.—Por desgracia, soy buena fisonomista. La vi solo una vez, deprisa, al pasar, pero la he reconocido. ¡Es la modista de Camila!

ALDO.—(*Confuso.*) Es verdad. No sabía que la conociera. Pero... mi mujer le había dicho que...

ELENA.— (*Irónicamente.*) Si, Camila, me ha contado en qué relaciones está usted con aquella señorita...

ALDO.—(*Estupefacto.*) ¿Y qué le ha dicho?

ELENA.—Es mejor que hablemos claro... Camila vino ayer á casa... Estaba en un estado lastimoso. Yo la interrogué y ella no supo callarse...

ALDO.—(*Con un movimiento nervioso.*) ¡Esto es demasiado! (*Cambiando de tono.*) ¿Y usted

puede suponer?... ¡Ah! ¡que ella sospeche, se comprende!... ¡Yo la abandono por usted!... ¡Pero usted, usted, á quien amo con locura! ¡Oh! ¡Debería estar seguro de mí, y de mi amor! Usted... (*Suena la campanilla y al oirla queda cortado.*)

ESCENA IX

CAMILA RIGLIARDI vestida de negro, entra precipitadamente por la puerta del foro. Tiene aspecto irritadísimo. Viendo á ELENA se esfuerza para dominar su cólera. ALDO al verla, no sabe si ponerse serio ó echarlo á broma.

CAMILA.—(*A Elena, con sonrisa forzada.*) ¡Ah Elena! ¿Tu aquí?

ELENA.—(*Algo confusa, tendiéndole la mano.*) Sí... he venido á pedir consejo á tu marido... Pero tu estás pálida... Y tu mano tiembla ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? (*Aldo se acerca con curiosidad*)

CAMILA.—(*De pronto, volviendo á ponerse irritadísima.*) ¿Qué tengo? ¡Es inútil disimular! Si no hablo, reviento. Además, tu ya lo sabes todo... (*Dirigiéndose á Aldo.*) ¿Puedes decirme á qué ha venido aquella muchacha?... Yo la he visto salir de esta casa... ¡No me lo niegues! ¡Ha estado contigo! ¡Ah! ¡Ya me lo presumia! Ya no puedes recibirla en casa, y la mandas venir al despacho... ¡Pero yo no la pierdo de vista!... La he seguido durante un buen trecho... pero no he podido alcanzarla... ¡Ah! ¡pobre de ella si la alcanzo! ¡Hubiese sido capaz de cualquiera atrocidad...!

ALDO.—(*Suplicante.*) ¡Camila!

CAMILA.—¡Sí, sí!... hasta en medio de la calle... apesar del escándalo! ¡Sin verguenza! ¡Mujerzuela!...

ALDO.—¡Camila!

CAMILA.—¡Se me ha escapado! ¡No importa! ¡Otra vez será! ¡Pero ahora, me dirás porque la recibiste! ¡Tu no puedes escaparte! Debes darme cuenta de tu conducta...

ALDO.—Sí, si, Camila, pero déjame hablar...

CAMILA.—(*Con ímpetu.*) ¿Para que me digas nuevas mentiras? ¡Ah! ¡no! ¡Ya me has dicho bastantes! Ya no soy lo que era. ¡Era una pobre tonta! ¡Una infeliz! ¡Me parecía imposible que me pudieras engañar. ¡Ahora, tú mismo me has abierto los ojos y veo claro, y no te creo ¡no, no, no! (*Cae desvanecida sobre la otomana.*)

ALDO.—(*Muy cariñoso.*) Camila, ¡no seas así! Calma, no estamos solos ..

ELENA.—(*Con ironía*) ¡Oh! por mí no se preocupen. Soy casi... de la familia.

CAMILA.—(*Viendo sobre la mesa la botella y los vasitos*) ¡Mira! ¡Hasta habéis bebido juntos! ¡Los dos, solitos! ¡Esto es horrible! ¡horrible!

ALDO.—(*Con dulzura.*) ¡Pobre cabecita! ¿No ves que hay tres copas?... A menos que supongas que la condesa ha formado parte de la partida

ELENA.—Que espero no lo supondrás.

ALDO.—Gritas, te exaltas, me insultas... ¡sin motivo! Si me dejases hablar, te convencerías que aquella muchacha ha estado aquí por una justísima razón y que no hemos estado ni por un momento solos. Tu amiga, aquí presente, te podrá decir...

ELENA.—¡Oh! ¡poco á poco, amigo mio! ¡No quiero ser cómplice en este asunto! Cuando he llegado aquí, usted estaba solo con aquella muchacha.

CAMILA.—(*Nerviosamente.*) ¡Lo ves! ¡lo ves!

ALDO.—*(Algo desconcertado.)* Por un solo momento... ¿sabes?...

CAMILA.—¡Un solo momento!

ALDO.—*(Confuso volviéndose á Elena.)* La condesa debe recordar, que le esperaba á las cinco; y que apenas ha llegado la he hecho pasar. Es verdad ¿si ó no?

ELENA.—Sí, esto es casi verdad.

ALDO.—*(Deprisa, confuso, sentándose cerca de Camila.)* ¿Quieres saber, Camila, porque ha venido aquí Ester Salviatti?

CAMILA.—¡No me importa!

ALDO.—Ha venido por causa tuya, por la inmerecida afrenta que le has hecho, despidiéndola de aquella manera y no queriéndola recibir después.

CAMILA.—¡Pues no faltaba más! ¡Te parece que debía haberla recibido!

ALDO.—*(Con dulzura, tratando de tomarle la mano que ella retira bruscamente.)* Pues naturalmente, vida mía. Ya es hora de que hablemos claro. Has dado una importancia injustificada al incidente de aquella mañana. Ester es inocente... ¡Ni siquiera se explica el motivo de tu indignación! La has puesto brutalmente en la calle, y ella ha venido aqui á pedirme explicaciones de lo sucedido. ¿No es todo esto muy natural? ¿A quién querías que acudiese? ¿No prueba esto que tus sospechas no tienen fundamento alguno? *(Consiguiendo tomarle la mano.)* ¡Ay Camila! ¿Cómo has podido creer, tu tan buena, una cosa semejante?

CAMILA.—*(Poco á poco se ha ido calmando.)* ¡No lo creo!

ALDO.—*(Estupefacto.)* ¿Entonces?

CAMILA.—¡Pobre de ti, si lo creyera seriamente! Yo... *me lo figuro...* Pienso en ello... y

esto solo basta para hacerme perder la cabeza.

ALDO.—(*Sonriendo.*) ¡Y haces que yo también la pierda! (*Con afecto.*) Tu eres como un caballito espantadizo... tomas miedo de una hoja que se mueve y después... ¡nada! ¡Cualquiera te detiene!... ¡Ay Camila, acuérdate de lo felices que éramos! ¡Podríamos ser ahora y siempre tan felices!... Pero tú debes tener confianza en mi, debe volver á ser, mi buena Camila, de otras veces... (*Elena se muestra irritada del aspecto que toma el asunto.*)

CAMILA.—(*Después de una breve pausa.*) Dime antes: ¿siempre me querrás?...

ALDO.—Sí, sí...

CAMILA.—Júramelo...

ALDO —Sí... Todo lo que quieras.

ELENA.—(*Muy enojada.* ¿Quieren ustedes que me marche?... Les estorbo; creo que estoy de más.

ALDO. — (*Levantándose alegre y desenvuelto.*) ¿Qué dice usted condesa? ¡Usted nunca está de más!... Por otra parte nosotros ya estamos de completo acuerdo. ¿Verdad, Camila?

CAMILA.—Si... por ahora... (*Levantándose y dirigiéndose á Elena.*) ¿Quieres, Elena, que salgamos á dar un paseo juntas? Tal vez me convenga salir y distraerme.

ALDO.—Y yo te iré á buscar al *Corso*, dentro media hora. Hasta la vista, caballito espantadizo. (*La besa en la frente.*) Condesa siento mucho haberla hecho asistir á una pequeña escena de familia. Pero no es mía la culpa. He debido defenderme. Confio en que nos volveremos á ver. (*Le da la mano.*)

ELENA.—(*Friamente.*) Señor abogado... (*Con*

ironia.) Y gracias tantas, de su consejo... ¡que no tiene precio!...

ALDO. — (*Con precipitación*). Fíjese y no se equivoque al interpretarlo... En todo caso podría darle otras explicaciones...

ELENA.—(*De pronto, á Camila*). ¿Vamos?

CAMILA.—Vamos. Adiós Aldo y..... perdóname...

ALDO.—(*Sonriente*) Tú á mí... (*A las dos, observándolas mientras se marchan*). Que bien están las dos de negro. Parecen dos hermanas. (*Camila, se vuelve sonriente, y sale con Elena por el foro*).

ESCENA X

Apenas desaparecen las dos mujeres, ALDO respira con libertad, después se pone pensativo. Se acerca á la puerta lateral, la abre y llama á VICTOR.

ALDO.—(*Desde la puerta, hacia dentro*). ¡Brema! ¿No te has marchado? . Puedes entrar.

VICTOR.—(*Entrando con el cuello de la americana levantado*). ¡Brr! ¡Qué fria está aquella habitación!

ALDO.—¡Ven! Vámonos. Iremos á tomar el fresco... Aquí se está mal..... se sofoca uno...

VICTOR.—¡Pues no me has hecho esperar poco!... ¿Qué ha pasado? He oido un gran guirigay y si no me equivoco, una voz irritada y llorosa de mujer.

ALDO.—(*Entre serio y cómico*). ¡La mía!

VICTOR. — ¡Caramba! ¿Tu mujer ha estado aquí?

ALDO.—La pobre ha perdido la cabeza... Se ha metido á espiarme.

VICTOR.—¿Y como te has arreglado?

ALDO.—Bien, por ahora. ¡He domesticado tres fieras una tras otra!

VICTOR.—¡¡Tres de una vez!!

ALDO.—Pero temo que haya una segunda parte. La situación es demasiado cómica para que no resulte... peligrosa. ¡En la vida, el drama es casi siempre la consecuencia de un sainete!...

VICTOR.—¡No te fíes! ¡Tu no quieres hacerme caso! ¡Con animales vivos, querido, podrás armar una casa de fieras, pero no un museo!

ALDO.—Y la experiencia enseña, ¿no es verdad? que casi siempre, los domadores son víctimas de las fieras que han domado... (*Serio, cambiando de tono*). Oye Brema... Por hoy, ya me basta... Renunciemos á la cena.

VICTOR.—¿Porque?... ¡Caramba! ¿Después de haber hecho la conquista... de aquel santo varon ¿quieres renunciar? Y... por cosas de ninguna importancia..... Además..... has cumplido por adelantado la penitencia... hasta por el pecado de esta noche...

ALDO.—(*Alegremente*). ¡Esto es verdad! (*Súbitamente*). En marcha, Brema. Mi mujer me espera en el Corso... Es preciso estar galante con ella para tenerla contenta.

VICTOR. — Muy bien dicho. «Unum facere, alterum non omittere». (*Salen riendo por el foro*).

TELON

ACTO CUARTO

LA VELADA

La misma habitación del acto 1.º en la «villa» de Aldo Rigliardi. La cortina del saloncito está levantada. Poco antes de la comida Han transcurrido seis dias desde el acto anterior.

ESCENA PRIMERA

LA MADRE de Aldo está sentada cerca de la mesa en un gran sillón, cabecea. Enfrente JUAN SERRA, en traje de etiqueta. Tiene delante, sobre la mesa, una hoja de papel escrita, tintero y pluma. ALDO RIGLIARDI, pensativo, va de una parte á otra. En el saloncito, hablan en círculo, CAMILA ELENA VALRIGUI que lleva el sombrero puesto, y VICTOR BREMA de frac.

ALDO.—¡Hace ya una hora que no tenemos noticias!

JUAN.—Según la última recibida puedes considerarte como vencedor .. *(Leyendo en la hoja)*. Llevas al adversario más de cien votos ..

ALDO.—¡Son pocos! ¡Son pocos! *(Mirando á la madre)*. ¡Pero mira! Mamá, se ha dormido. *(Se acerca á ella y la acaricia)* ¡Mamá!

(*) LA MADRE.—*(Se despierta)*. ¿Aldo?

ALDO.—Oye: retírate. Tu te acuestas siempre

(*) Véase después del 5.º acto.

antes de anochecer y cenas en la cama. No quiero que esperes más.

LA MADRE.—(*Se levanta y apoyada del brazo de Aldo sale al salón*). Verdaderamente, estoy cansada. ¿Pero que quieres? no puedo dejarte... ¡No, no me es posible! (*Se sienta en una butaca*). Si tu padre viviera, ¿crees tú, que no estaría aquí conmigo, ansioso de recibir la feliz noticia para ser el primero en abrazarte y alegrarse?

ALDO.—(*Sonriendo*). ¿Quien sabe? Tal vez, no... No olvides que papá era Procurador del Rey.

LA MADRE.—¿Qué importa? ¡Aun en contra del Rey siempre es un gran honor tener al hijo Diputado!

ALDO.—Aún no lo soy.

JUAN.—(*Levantándose*). Casi lo eres.

LA MADRE.—De seguro... Esta noche he tenido un sueño que no yerra; he soñado que te quemabas...

ALDO —(*Riendo*). ¡Socorro!...

LA MADRE.—¡El fuego es triunfo, fortuna, victoria!

JUAN.—(*Bromeando*). Si, ¡cuando se está bien asegurado!

ALDO.—(*Abraza á su madre*). ¡Mamá! (*Dirigiendose á Serra*). ¡Que buena es mamá!... Ya lo ves... ¡Está cansada, suspira por irse á la cama; y sin embargo, aquí se queda, porque todo lo que á mí se refiere, es como si se refiriera directamente á ella, porque su alma es solidaria de la mía, vive de mi vida como si fuese otra alma mía!

LA MADRE.—(*Mirándole con ternura*). ¡Eres mi hijo!... ¡Y estoy tan orgullosa de tí!

ALDO.—(*Algo triste*). ¿Orgullosa?... De modo... ¿que me crees... un hombre modelo?...

La madre.—No exageremos. Te creo un buen muchacho, porque tienes un corazón de oro, y has hecho mucho bien. Te creo hombre de talento porque todos lo afirman. Sin embargo, todas estas buenas cualidades están manchadas por una falta. Tu no crees en nada, hijo mio; ¡nunca piensas en tu alma! Yo soy una pobre ignorante... ¡Y sin embargo yo sé algo que tú no sabes, sé que hay algo por encima de tu ciencia... De modo que has estudiado mucho, para llegar á saber menos que yo.

Aldo.—*(Bromeando, pero con algo de tristeza).* Si todas mis faltas no dependen más que de esta ignorancia...

La madre.—Claro que tendrás tus pequeños defectos, tus debilidades, y alguna manchita sobre tu conciencia... ¡Pero todo esto son tonterías! ¡No se cuentan! ¿Quién no las tiene?

Aldo.—*(Abrazándola).* ¡Tu, mamá, tú no las tienes!

La madre.—No lo creas, hijo mío. Verdad es, que á mi edad todo palidece: y lo mismo que los cabellos, se vuelve blanca la conciencia. Pero todos tenemos faltas, todos somos hijos del Pecado.

Juan.—*(Bromeando)* Menos yo, señora.

Aldo.—*(Cambiando de tono, alegremente).* ¡A ver si te callas... hipocritón! *(Juan escapa, metiéndose en el saloncito).*

La madre.—*(Después de mirar alrededor).* Al fin estamos solos. Hoy no me ha sido posible hablarte... ¡He recibido una carta!

Aldo.—*(Sentándose á su lado).* ¿Del padre de Camila?

La madre.—Si. Aquel desgraciado de Luis ha hecho otra de las suyas, y el pobre señor está desesperado.

ALDO.—No te preocupes, mamá. He pensado ya en ello. He remitido el dinero, y mañana si precisa, iré un momento á Monza para acabar de arreglarlo.

LA MADRE. — ¡Bien, hijo mío! ¡Que bueno eres!... Por lo menos, Dios te tendrá en cuenta estas cosas.

ELENA.—(*Se acerca, seguida por Camila*). Lo siento mucho, amigo mío, pero debo marcharme á comer sin tener la certeza de su triunfo.

ALDO.—(*Volviéndose, risueño*). ¿Tan pronto?

ELENA.—Ya he dicho á Camila que no podría detenerme más de media hora.

ALDO.—(*Levantándose.*) ¿Sabe usted condesa la imprudencia que ha cometido esta tarde?

ELENA.—¿Porqué?

ALDO.—Porque si se llega á saber que la mujer del Gobernador...

ELENA.—(*Siendo.*) ¡Oh! de las mujeres no se hace caso... Y además yo aquí solo soy la amiga de Camila.

ALDO.—De todos modos le agradecemos mucho la atención...

CAMILA.—(*Viendo que la madre vuelve de nuevo á cabecear.*) ¡Mira, Aldo! ¡Mira mamá como se duerme.

ALDO.—(*A Camila.*) Es preciso convencerla de que se vaya á la cama... Probablemente, aquí no llegarán más noticias, y tal vez en el periódico ya conozcan el éxito definitivo.

CAMILA.—Si te marchas no sigue aquí ni un solo momento.

ALDO.—Entonces me marcho en seguida.

JUAN.—(*Acercándose con Víctor.*) ¿Sales Rigliardi?

ALDO.—Sí ¿Qué quieres? Debilidades. Pero ya

empiezo á sentirme un poco nervioso... Voy á pasar por la redaccion antes de comer... Mira Camila, si tardo no me esperes... comeré en el *restaurant* con los amigos...

VICTOR.—(*Con ironía.*) Si quieres que te acompañemos...

ALDO.—(*Apresuradamente.*) No, no os molestéis... Es inútil... Tomaré un carruaje...

ELENA —(*De pronto.*) Tengo el mío á la puerta. Puedo llevarle antes de volver á casa.

ALDO —No quisiera molestarla, condesa...

ELENA. — Es el mismo camino... No pierdo tiempo...

ALDO.—(*Inclinándose.*) Entonces acepto, y muchas gracias...

VICTOR.—(*Bajo á Juan*) Estaban convenidos Apostaría cualquier cosa.

JUAN —(*Bajo sin comprender*) ¿Estaban convenidos? ¿Para qué? (*Víctor le manda callar con un gesto rápido. Juan hace señas de haber comprendido.*)

ALDO —(*Tocando suavemente á su madre.*) Mamá, perdona...

LA MADRE. — (*Despertando de repente.*) ¿Qué pasa?

ALDO.—Salgo. Esta tarde no podremos saber el resultado. Voy, á la redacción, á ver si los amigos están mejor enterados.

LA MADRE.—Si. Muy bien...

ALDO.—Tu marchas á la cama ¿verdad?

LA MADRE.—(*Levantándose.*) En seguida.

ALDO.—Mañana, bien tempranito, te llevaré la buena noticia de mi elección. ¡Qué descanses, mamá!

LA MADRE. — (*Besándole en la frente.*) ¡Que Dios te bendiga, hijo mío! (*Después bajo al oído.*) ¡Y te convierta!

ELENA.—(*A la madre.*) Señora hasta la vista

¡Me alegro mucho de haberla encontrado tan buena.

LA MADRE —*(Entre serio y broma.)* ¡Oh! querida Elena. se hace lo que se puede! ¡Quiero vivir para ver, hasta donde puede llegar este muchacho! (*Señalando á Aldo que ríe.*) ¡Cuando lo haya contemplado, en alto, muy alto, me resignaré á bajar al fondo, lo más hondo que me sea posible! ¡El arriba, y yo abajo!

ELENA —Por Dios, señora...

LA MADRE.—Es nuestro destino: nadie puede escapar. (*Saludando.*) Que te conserves, querida Elena, y saluda en mi nombre á tu marido.

ELENA.—Gracias.

LA MADRE. – (*A Juan y Victor saludándoles con la mano.)* Señores, buenas tardes.

VICTOR y JUAN.—(*Inclinándose.*) Hasta la vista, señora.

CAMILA.— Mamá ¿quieres que suba contigo?

LA MADRE.—No. No importa; llama á Margarita.

CAMILA.—(*Corriendo á la puerta de la izquierda.)* ¡Margarita! ¡Margarita!... (*Entra por la izquierda la camarera.*) Acompañe á la señora ..

LA MADRE.—(*Al salir, inclinándose ligeramente.*) ¡Buenas tardes! (*Todos saludan La vieja sale con la camarera por la segunda puerta de la derecha.*)

JUAN.—¡Qué excelente señora!

ELENA.—Es una santa. ¡Siempre tan sencilla, tan buena! (*Saludando.*) Querida Camila, buenas tardes.

CAMILA.—*(Abrazándola.)* Gracias Elena por la visita. ¿Cuándo nos veremos?

ELENA.—Mañana. ¡Volveré para felicitarte!

CAMILA.—Está bien. Te esperaré.

VICTOR.—(*Saludando á Elena.*) Señora...

ELENA.—(*Dándole la mano.*) Hasta la vista, Brema... (*A Serra.*) ¡Caballero! (*Juan se inclina. A Aldo.*) Vamos...

ALDO —(*Que después de las palabras de su madre, ha permanecido pensativo, como despertando.*) A sus órdenes, condesa. (*Mientra Elena se marcha.*) Adios Camila. Adios Brema. ¡Adiós... calavera! (*A Serra. Aldo y Elena, salen por la izquierda.*)

ESCENA III

CAMILA después de acompañar á su amig hasta la puerta, vuelve al lado de VICTOR y JUAN que permanecen callados en me dio de la sala. Empieza á oscurecer.

CAMILA.—Señores, siéntense, hagan el favor.

VICTOR.—(*Inquieto.*) No quisiéramos estor bar...

CAMILA.—¿Estorbar? Al contrario, me hacer compañía... Estoy sola... y no me mover de aquí hasta que vuelva mi marido. Siéntense... (*A Juan.*) Haga el favor Serra.

JUAN.—(*sentándose.*) Gracias.

CAMILA.—(*á Víctor.*) ¿Y usted?

VICTOR.—Yo... lo siento mucho, pero deb marcharme enseguida. He prometido i á buscar á... un amigo, y ya llegaré co retraso.

CAMILA.—(*Riendo.*) ¿A un amigo? ¿De veras e á un amigo?

VICTOR.—Si señora... á una especie de amig

CAMILA.—No quiero que falte usted á su pa labra. ¿Pero porque no lo ha dicho ante Podía haberse marchado con Aldo, y hast aprovecharse del coche...

JUAN.—(*Levantándose.*) Claro, podíamos hab marchado con Aldo y no molestar más Camila. Yo hubiera ido con él al periód

co... Pero el señor Brema me dijo que era cosa convenida...

CAMILA.—(*Mirándole fijamente.*) ¿Convenida?

VICTOR.—(*Confuso.*) ¿He dicho... convenida?... No lo recuerdo.

JUAN.—Sí... Cuando la condesa ha ofrecido su carruaje...

VICTOR.—(*Tratando de disimular la confusión.*) ¡Ah, sí! Ahora recuerdo .. ¡Es verdad! (¡Qué animal!)... Convenida, eso es, convenida... Habíamos convenido Aldo y yo que no le acompañase á la redacción porque deseaba ir solo.

CAMILA.—(*Sospechando.*) ¿Y por qué solo?...

VICTOR.—Porque. . ¿sabe?... yo no tengo las mismas ideas políticas. Aquellos señores saben que pertenezco al círculo monárquico...

JUAN.—¿Usted pertenece al círculo monárquico? ¡Pues no le felicito!

VICTOR.—¿Qué quiere usted? Soy uno de los socios fundadores.

JUAN.—(*Riendo.*) ¡Esta sí que es buena! ¡A su edad!... ¿Pero, usted fundó el círculo monárquico llevando mantillas? (*Camila nerviosa, preocupada, marcha á la puerta del jardín y mira hacia fuera, hacia la oscuridad.*)

VICTOR.—(*Bajo y deprisa á Serra.*) ¡Desdichado! ¡Buena la ha hecho, usted!... ¿Pero no comprende?

JUAN.—¿Qué?

VICTOR.—¡Estos hombres virtuosos! ¡Cuán peligrosos son! (*Se acerca á Camila.*) Señora, le ruego de nuevo, me dispense... Debo marcharme...

CAMILA.—(*Volviéndose.*) Querido Brema, buenas noches. (*Va á darle la mano. Se oye*

abrir la puerta de la izquierda. Se vuelve. ¿Quién es?

ESCENA IV

EL CRIADO sale por la puerta de la izquierda. Poco después entra PABLO SALVIATTI. Tiene veintidós años: aspecto franco, sincero, algo rudo.

EL CRIADO.—*(Anunciando.)* El señor Salviatti.

CAMILA.—*(Extrañada pero alegre.)* ¿Pablo?... ¡Qué milagro! Que pase en seguida. *(El criado sale Camila á los demás.)* Viendo que ustedes quieren dejarme, he ahí que llega otro á hacerme compañía.

JUAN.—¿El ingeniero Salviatti, si no me equivoco, es aquel excelente joven á quien Aldo ha pagado la carrera?

CAMILA —Precisamente. Un buen muchacho..

PABLO — *(Entra; parece muy turbado y está pálido; viendo á los visitantes, se para y toma un aspecto de calma inexcrutable. Saludando á Camila.)* Señora ..

CAMILA.—*(Yendo á su encuentro cordialmente.)* Bien venido, querido Pablo. Que cosa tan extraña haberse acordado de nosotros... ¿Qué buen viento le ha traído? *(Le da la mano que él estrecha.)*

PABLO.—Estaba impaciente por conocer el resultado de la elección.

CAMILA.—¡Oh! ¿También usted?

PABLO.—Yo más que nadie. Usted sabe el gran afecto que me liga al señor Rigliardi...

CAMILA.—¡Pues si le dijera que yo no sé nada aún!

PABLO.—Sentiría haberla molestado inútilmente.

CAMILA —Ya sabe, usted que nunca molesta. *(Volviéndose á los otros y presentandolos.)* Nuestro amigo el ingeniero Salviatti... El

señor Serra, abogado, compañero de despacho de Aldo; el señor Brema... (*Le saludan. Camila a Víctor.*) Y ahora, Brema, le devuelvo la libertad. Veo que está usted sobre ascuas y me figuro con que impaciencia le esperará... su amigo! ¡Hasta la vista!

VICTOR.—(*Saludando.*) Usted siempre pensando mal de mi... (*Le besa la mano.*)

CAMILA.—(*A Juan.*) Usted Serra, si pasa por el periódico, diga á mi marido que me traiga las últimas noticias .. Dígale que hay aquí alguien que desea verle.

JUAN —(*Estrechándole la mano.*) Así lo haré, señora... (*Los dos saludan á Pablo, quien contesta, y salen por la izquierda.*)

ESCENA V

Apenas quedan solos, PABLO SALVIATTI vuelve á tomar su aspecto turbado y doloroso y se acerca rápidamente á Camila.

PABLO.—(*Gravemente*) Le agradezco mucho el haberme abreviado la tortura. He venido á hablar á usted de un asunto gravísimo.

CAMILA.—(*Estupefacta.*) ¡Pablo! ¿Un asunto gravísimo?...

PABLO.—He venido porque creía encontrarla sola esta tarde... No me habría hecho anunciar, si el portero no me hubiera asegurado que el señor Rigliardi no estaba en casa... Tengo necesidad de su consejo, de su ayuda...

CAMILA.—(*Mirándole fijamente.*) Estoy á su disposición. Siéntese y hable. (*Le señala el sofá. Pablo se deja caer, desolado, cogiéndose entre las manos.*)

CAMILA.—(*Conmovida, turbada, se sienta á su lado*) ¿Qué tiene usted? ¿Qué ha pasado?

PABLO.—(*Esforzandose para dominar su conmoción; agitadamente.*) Quiero confiarle una cosa delicadísima. Pero antes quiero hacerle una súplica; que no diga nada á su marido, que no tenga que avergonzarme delante del que ha sido nuestro bienhechor, nuestro padre... Soy joven, sin experiencia, no conozco el mundo. No sé darme cuenta de mis deberes, de la conducta que debo observar. He pensado en dirigirme á usted para que me aconseje... usted es mujer, y las mujeres saben comprender, compadecer y también perdonar las mayores faltas. ¡Ayúdeme usted!.. Pero por caridad, no diga nada á su marido, ni tan siquiera que me ha visto ¡porque si el supiera... si supiera!.. (*Se coje la cabeza entre las manos, desesperadamente.*)

CAMILA.—Pablo, no tiene usted necesidad de rogar tanto; puede usted contar con mi silencio. Tenga usted plena confianza en mí, y en mi indulgencia... (*Sonriendo.*) Y bien ¿qué ha pasado? ¿Qué ha hecho usted?... ¿Alguna pequeña deuda?... Vamos á ver.

PABLO —(*Recogiendo todo su valor.*) No se trata de mí. Se trata de mi hermana.

CAMILA.—(*Estremeciéndose involuntariamente.*) ¿De su hermana?

PABLO —(*Con mirada extraviada.*) ¡Dios mío!... ¿Usted sabe algo? ¿El señor Rigliardi sabe?...

CAMILA.—(*Tratando de dominarse.*) No, yo no sé nada, no sabemos nada. ¿Como quiere usted que sepa? Siga usted se lo ruego.

PABLO.—(*Despues de breve vacilación, agitadamente.*) Desde hace tiempo estaba preocupado por mi hermana. Ester no tenía la salud de antes; pero yo no daba gran im-

portancia á su malestar, que creía consecuencia de una ligera anemia, que venia padeciendo desde niña... En estos últimos días me pareció notar que no tan solo sufría físicamente, sino también, y tal vez con más intensidad, moralmente. Estaba tríste, abatida, y á veces, por nada, prorrumpía en sollozos... Supuse que su melancolía era consecuencia de su dolencia... ¡No en encontraba en nuestra vida tranquila y retirada ningún motivo de dolor, y de dolor tan grande, para influir de tal manera sobre su salud!... Aun cuando tuve que vencer su obstinación, por fin conseguí convencerla de que era preciso consultar con un médico... y ayer vino...

CAMILA.—¿Y qué?

PABLO.—Llamé al doctor Brentani, amigo de mi padre... Su marido le conoce... *Se detiene ansioso.*)

CAMILA.—Es posible... Siga... siga...

PABLO.—La quiso reconocer... Yo esperaba en la habitación de al lado, y cuando salió, le acompañé, según me había encargado... (*Con un gesto de dolor.*) ¡Ah! yo creí caer muerto en medio de la calle... por la sorpresa, por la indignación... no por otra cosa, ¡porque tal suposición me parecía absurda, absurda e insultante!...

CAMILA.—(*Que se ha puesto pálida y angustiosa se levanta.*) ¡Dios mío! ¿Qué le dijo?

PABLO.—Sí .. sin declararlo explícitamente... me dió dió á entender, que aquel malestar podia hacer creer que Ester, que mi hermana...

CAMILA —(*Retrocediendo hasta la mesa.*) ¡Qué? ¿Qué?

PABLO.—¡Ah! ¡yo no sé cómo pude contenerme en aquel momento!... ¡Mi primer pen-

samiento fué correr á casa y estrechar entre mis brazos á mi pobre hermana, para defenderla, para demostrarme á mí mismo que aquella sospecha no era posible! Pero el veneno se había infiltrado en mi cerebro; y cuando me encontré solo, en vez de buscar los argumentos que podían absolverla, busqué aquellos otros que parecían confirmar la cosa tremenda: ¡su tristeza, sus sufrimientos, aquel repentino cambio de carácter y de aspecto!... Ayer por la tarde dejé que comiera sola, cosa que nunca había hecho. ¡Oh! ¡ella comprendió en seguida que lo sabía todo y que era inútil toda ficción!... ¡No fueron precisas muchas palabras!... ¡Confesó!

CAMILA.—*(Dando un grito.)* ¿Confesó?... ¿Entonces, era verdad?

PABLO.—Si, la desdichada, confesó tener un amante

CAMILA.—¿Un amante?

PABLO.—*(Retorciéndose las manos.)* ¡Un amante! ¡Un amante!

CAMILA.—*(Turbada.)* ¿Y el nombre?...

PABLO.—*(Con un grito rabia.)* ¡Ah! ¡esto no ha querido decirmelo!

CAMILA.—*(Con un profundo suspiro de alivio.)* ¡Ah!

PABLO.—Confesar su vergüenza, sí; revelar al que tiene toda la culpa, no, no ha querido. ¡Y ella, que poco antes temblaba de miedo ante mis miradas, supo resistir impertérrita mis amenazas, mi cólera, y ocultarme el nombre de aquel hombre. ¡Ah! Pero yo lo sabré, aunque deba costarme la vida.

CAMILA.—*(De nuevo ansiosa.)* ¿De sus propios labios?

PABLO.—De sus propios labios ó por otro medio; no me importa. ¡Lo sabré! Y enton-

ces, señora, no necesitaré del consejo de nadie.

CAMILA. — *(Extremeciéndose).* ¡Pablo! ¿Qué quiere usted hacer?

PABLO.—*(Resuelto).* Mi deber. O aquel hombre repara la falta cometida, casándose con mi hermana, ó yo...

CAMILA. — *(Interrumpiéndole asustada).* ¿Y si no pudiese ..?

PABLO.—*(Mirándola con mirada penetrante).* ¿Cómo? ¿Si no pudiese...? ¿Qué quiere usted decir? Explíquese.

CAMILA.—*(Alejándose).* Nada; no haga caso de mis palabras. Estoy tan turbada .. ¡No sé lo que me digo! *(Volviendo hacia él).* ¿Pero por qué ha venido usted á verme?... ¿Qué puedo hacer por usted?... No lo veo, no lo comprendo... ¡Diga,... dígame porque ha venido usted á verme!

PABLO.—*(Dolorosamente).* Desde ayer tarde, no he puesto los pies en casa. Ahora ¿cómo es posible que vuelva allá? Y ¿cómo es posible dejar allí á Ester sola, presa de la desesperación?...

CAMILA.—Pero yo no puedo ayudarle en nada.

PABLO.—¡Todo lo contrario! Usted me puede salvar, si quiere.

CAMILA.—¿Y de qué modo?

PABLO.—*(Con resolución).* Yendo usted misma á interrogar á mi hermana.

CAMILA.—*(Extremeciéndose, estupefacta y sobresaltada).* ¿Yo? ¿yo?

PABLO —*(Suplicante).* Sí; usted. ¡Por la memoria de mi pobre padre!...

CAMILA.—*(Como hablando consigo misma).* ¡Ah, no! ¡Imposible!

PABLO.—¡Yo les debo á ustedes mi posición, todo lo que soy! Les seré también deudor

de nuestro honor, de la honra de mi hermana.

CAMILA.—(*Negando con todo el cuerpo*). ¡No! ¡No! ¡No puedo!

PABLO.—(*Siguiendo con más calor*). Ester siente por usted una profunda veneración... Tal vez á usted se confiaría con mayor abandono, porque usted sabría encontrar la palabra maternal, á la cual no se resiste, en la cual se tiene fé absoluta, como en nuestra propia conciencia..,

CAMILA.—¡No! ¡No!...

PABLO.—Ester, estoy seguro; se lo confesará todo... hasta el nombre del que...

CAMILA.—(*Con una sacudida nerviosa, resueltamente*). ¡No Pablo! ¡Lo que me pide, es un absurdo!

PABLO.—¿Y por qué?

CAMILA.—¿Quiére usted que me acerque á su hermana por arrancarle por la astucia su secreto, y revelárselo á usted?

PABLO.—(*Con energía*). ¿Pero no es justo que yo sepa quien ha sido el hombre que la ha deshonrado? ¿No es él, el culpable, el único responsable de todas las desgracias que sufrimos?

CAMILA.—(*Con valor*). ¡Ah, sí! ¡Esto sí!

PABLO.—Mi hermana no tiene veinte años... es una pobre criatura sin energía, y sin experiencia, crecida en el abandono, sin los consejos de una madre, sin ninguna vigilancia. Podrá haber caído; pero solo por artes de un miserable...

CAMILA.—¡Sí!

PABLO.—... y es un miserable, el hombre que se ha aprovechado .. ¡no puede ser más que un miserable sin corazón y sin conciencia!

CAMILA.—(*Con un grito de sinceridad*). ¡Sí, sí, un gran miserable!

PABLO.—(*Saltando del asiento, con una sonrisa de rabia, en los labios*). ¡Ah! ¿también usted, reconoce, que toda la culpa es de aquel hombre?

CAMILA.—(*Enmendándose, bajando los ojos, asustada*). Sí, Pablo, sí... Pero no me pida nada más. No insista usted, se lo suplico... Nada puedo hacer por usted... (*Con energía*). ¡No puedo! (*Se aleja, rápidamente, hacia el foro*).

PABLO.—(*Permanece un momento como aniquilado por la negativa recibida, después, poco á poco, le domida una profunda postración; se deja caer de nuevo sobre el diván; y cogiéndose la cabeza con las manos, murmura entre dientes*). ¡Dios mío!... ¿Y ahora?... ¿Y ahora?... ¿Qué hago?... (*Una larga pausa*).

CAMILA.—(*Volviendo á su lado compadecida*). Pablo, perdóme la dureza de mi negativa. Sea usted razonable... ¡no exija de mi, lo que es superior á mis fuerzas!... Pero, si aun me cree digna de darle un consejo, vuélvase pronto á casa, no deje, allí, sola, á su hermana, presa de sus pensamientos, ¡quién sabe con qué inquietudes por su prolongada ausencia!... Levántese, y óigame usted aun cuando mi negativa, pueda haberle ofendido...

PABLO.—(*Levantando la cabeza*). No señora, no me ha ofendido... Comprendo que he pedido mucho, y que no debía venir aquí...

CAMILA.—(*Con dulce queja*). ¡Pablo!

PABLO.—¡No; por usted no! Por nosotros, por nosotros, solamente. De todas maneras, escucharé ahora su consejo. Volveré á casa. al lado de mi hermana... y trataré de obtener con la dulzura, lo que ayer, no conseguí con la violencia.

CAMILA.—(*Sobresaltada*). No... ¡Esta noche,

no! (*Se detiene, oyendo en el vestíbulo fuerte rumor; después la voz de Aldo. Se va haciendo de noche*).

ALDO.—(*En el vestíbulo*). ¡Camila! ¡Camila!

PABLO.—(*Saltando en pie aterrorizado*). Por favor que no me vea...

CAMILA.—(*Con el rostro sombrío, casi con dureza*). Ahora ya es tarde. Sea usted fuerte... ¿No es usted hombre? ¡Pues aprenda usted á mentir!

PABLO.—(*Se serena y toma la actitud de cuando llegó*).

ESCENA VI

ALDO RIGLIARDI, entra impetuosamente por la izquierda. Tiene el rostro radiante de alegría y de emoción.

ALDO.—(*Entrando con un telegrama abierto, en la mano*). ¡Camila! ¡Victoria! ¡Victoria! (*Viendo á Pablo*). ¡Oh Pablo! ¡Sabía que estabas aquí! ¡Cuánto me alegro! (*Le estrecha la mano con efusión*). (*A Camila*). ¡Victoria y victoria absoluta! Trescientos votos de mayoría, grandes aplausos al proclamarme, el pueblo entusiasmado... (*Le da el despacho*). ¡Lee! ¡Lee deprisa! En la puerta está mi colega Murati, que me espera en el coche... (*Viéndola seria y muda*). ¿Pero qué tienes? (*Volviéndose á Pablo, después á ella*). ¿Qué tenéis los dos?

CAMILA.—(*Tomando el telegrama*). ¿Qué quieres? Tal vez, por la noticia de tu triunfo... (*Lee*).

ALDO.—(*Sonriendo*). ¿Has leído? ¿Y qué?

CAMILA.—(*Devolviéndole el telegrama, irónica*). El telegrama es bien claro.

ALDO.—(*Con entusiasmo*). ¡Oh, si hubieses estado en el periódico cuando ha llegado!...

¡Ha sido un momento inolvidable!... Todos me abrazaban... ¿Quiéres creer que tengo los brazos molidos? (*Cambiando de tono*). ¿Y qué? ¡No te conmueves?... ¡Qué extraño!... Parece que te desagrada mi triunfo.

CAMILA.—(*Esforzándose por sonreir*). No. Todo lo contrario... ¿Por qué desagradarme?... Estoy contentísima.

ALDO.—Me parecía... (*Volviéndose Pablo*). ¿Y tú... tu, que me dices, mi querido matemático?...

PABLO.—(*Sinceramente*). ¿Yo? Yo estoy contentísimo. Mi enhorabuena más entusiasta y que tenga todas las satisfacciones que se merece.

ALDO.—(*Riendo*). ¡No está mal, como discursito improvisado!... Pero, ea, Pablo... deja ya conmigo tu eterna gravedad... Yo soy siempre tu antiguo amigo... Ven aquí y abrázame también tu, lo mismo que los demás. (*Camila hace un gesto rápido que reprime en seguida*).

PABLO.—(*Con alma*). ¡Con mucho gusto! (*Se abrazan*).

ALDO —(*Separándose satisfecho*). ¡Muy bien!

PABLO. — Y ahora dispénseme usted... pero debo marchar en seguida. La buena noticia que esperaba, ya la he recibido... y no estorbo más. (*Alargando la mano á Camila y mirándola fijamente*).

CAMILA.—(*Estrechándole la mano*). Buenas tardes, Pablo.

PABLO.—(*Saludando á Aldo*). Una vez más mi enhorabuena más sincera.

ALDO.—(*Estrechándole la mano*). Gracias, gracias... Adiós. Y, en lo sucesivo, déjate ver más á menudo. (*Pablo sale rápidamente por la izquierda*).

ESCENA VII

CAMILA, va hasta la puerta, y manteniéndola abierta, mira hacia fuera para asegurarse de que PABLO ha partido. Después vuelve impetuosamente hacia ALDO, que lee de nuevo el telegrama sonriendo.—Es ya de noche, apenas se ve.

ALDO.—*(Para sí)*. ¡Ah, qué emoción!... Nunca había experimentado nada parecido!...

CAMILA.—*(Con calma y voz baja)*. ¡Aldo! ¿Sabes por qué ha venido Pablo esta tarde?

ALDO.—¿Por qué?... Sí, porque deseaba ..

CAMILA.- ¿Pero, tu no has notado nada? ¿Tu te sientes tranquilo, sereno, seguro de ti mismo?

ALDO.—*(Turbado, cambiando de aspecto)*. ¡Camila! ¿qué quieres decir?

CAMILA.—Pues bien, sábelo ya; Pablo no ha venido esta tarde por tí; es más, temblaba de vergüenza al pensar que podía encontrarte, ¡á tí, su bienhechor, su segundo padre! No hace muchos momentos, que Pablo estaba, allí, sobre aquel diván, postrado por la pena, y sollozando como un chiquillo. ¿Y sabes tú la causa de su llanto?

ALDO —*(Turbado)*. No... de veras no lo sé.

CAMILA —*(Con fuerza)*. Pues bien, yo te la diré. Ester le ha confesado que tenía un amante, porque... ya no podía ocultar las consecuencias.

ALDO.—*(Corriendo á ella, consternado)*. ¡No! ¡Imposible! ¡No es verdad!

CAMILA.—*(Siguiendo con gran energia)*. ¡Es verdad, como lo es, que el amante eres tú!

ALDO.—*(Sin reflexionar)*. ¡Camila, por caridad! ¿Pablo te lo ha dicho?

CAMILA.—*(Con sonrisa cruel)* ¡Ah! ¡ah! ¡Por fin, una frase sincera!... ¡Pablo! ¡Pablo! ¡Tienes miedo de él!

ALDO.—No...

CAMILA.—*(De cada vez más sarcástica).* ¡Sí, tienes miedo! ¿Pero por qué? ¿No es un chiquillo? ¿No es un pobre huérfano, salvado de la miseria por tu generosidad?

ALDO.—*(Suplicante).* ¡Camila!

CAMILA.—¿Acaso no te debe una gratitud sin límites?

ALDO.—Por favor, basta de burla tan cruel...

CAMILA.—*(Sin escucharle).* ¡Oh! ¡sí; tu has sido para ellos una verdadera Providencia, que reparte el bien y el mal á su voluntad!

ALDO.—*(En el colmo de la ansiedad)* ¡Basta! ¡Ten piedad de mí!... dime: ¿qué te ha dicho?

CAMILA.—*(Cambiando de tono).* ¡Cómo si tú no lo supieras! ¿A qué fingir ignorancia?

ALDO.—¡No lo sé!... Te lo juro. *(Camila hace un gesto de incredulidad).* Desde aquel día... en mi despacho... no he vuelto á ver á aquella muchacha...

CAMILA.—(*Con sonrisa de amargura*). ¡Ah! ¡ya comprendo! ¡Lo comprendo todo, ahora!... Estabas harto... Habrás encontrado algo mejor... Las lágrimas, las tristezas, de que hablaba Pablo; ¡todo claro! La abandonabas por otra... por aquella otra que también estaba en tu despacho...

ALDO.—¡Oh, Camila! Que idea... ¿Y tú puedes suponer?...

CAMILA.—(*Con risa convulsiva*). ¡Ah, que comedia! ¡Qué grotesca comedia!... ¡Es preciso que me ría, que me ría, que me ría!...

ALDO.—(*Impaciente y turbado*). ¡Camila! ¡Camila! Por caridad... Dime... dime como ha sabido Pablo...

CAMILA.—(*Seria de repente*). Ya te lo he dicho. Lo ha sabido de ella misma, y ha venido á mí, porque quería que yo le ayudase á des-

cubrir... ¡al miserable que ha seducido á su hermana!

ALDO.—(*Hace un gesto de protesta*).

CAMILA.—(*Con violencia, pero en seguida volviendo al tono sarcástico*). ¡Sí, al miserable! No lo he dicho yo, ¿sabes? Ha sido Pablo quien ha empleado esta palabra Si acaso te ofende, ve, corre, síguelo, detenlo en la calle, y ten el valor de decirle cara á cara: «Yo soy aquel á quien insultas y á quien buscas». ¡Y si entonces no la retira, será verdaderamente un ingrato! (*Se aleja riendo á carcajadas*)

ALDO.—(*Algo abatido*) ¡Oh Camila! ¡Esta risa tuya es mucho más cruel que cualquier insulto! .. Tienes razón . ¡Lo tengo merecido!... Me siento muy culpable...

CAMILA.—(*Volviéndose rápidamente*). ¿Contra quién.

ALDO.—Contra tí, sobretodo.

CAMILA.—(*Con energía*). ¡Ah! ¡de mí, no te preocupes! ¡Aun no te he hablado de mí, y no permito que lo hagas! Yo, gracias á Dios, nada tengo que ver con estas porquerías. ¡Ahórrate pues al menos este remordimiento!

ALDO.—Pero tu puedes creer...

CAMILA.—No creo nada. No es, no, por celos, que me rebajo á hablar contigo de estas cosas. Podía tener celos, cuando aun te creía digno de mi ternura y de mi respeto.¡Ahora no me importa nada! ¡Ahora todo ha terminado entre los dos!

ALDO.—(*Suplicante*). No...

CAMILA.—Ahora, puedes pensar en los demás, en tí, en tu placer—en él sobretodo—porque yo te dejo libre y recobro á mi vez mi libertad.

ALDO.—¿Qué quieres decir?

CAMILA.—Mañana por la mañana, me marcho de aquí y para siempre. ¡Vuelvo al lado de mi padre!

ALDO.—(*Estupefacto*). ¿Al lado de tu padre?

CAMILA.—¡Claro!—¿te extrañas?—Su miseria me será mil veces menos amarga que las comodidades que he gozado en tu casa. Iré á vivir junto á mi hermano Luis, junto á aquel desdichado, que está envilecido...

ALDO.—¡Pero esto, es una locura!

CAMILA.—Y oye bien: ¡no quiero nada de tí, ni para mí, ni para los míos! ¡Preferiría morir de hambre que vivir de tu dinero, como gente que se vende!

ALDO.—(*Con un gesto de rebelión, después y en seguida con dulzura, en tono de súplica*). Eres injusta, Camila! ¿Qué otra cosa puedes echarme en cara?... Yo te he hecho feliz. Diez años de vida, pueden bien cangearse por un minuto...

CAMILA.—(*Con violencia*). ¡Ah! ¿diez años? ¿Pero que crees haber hecho casándote conmigo? ¿Qué gratitud piensas que te debo?

ALDO.—(*Corriendo á ella, afectuoso, suplicante*). ¡Camila, escúchame!...

CAMILA.—¡Atrás!

ALDO.—Soy tan culpable que no trato de defenderme... Te he ofendido... He cedido á una indigna pasión, ignominiosa... ¡Cuando en ello pienso, yo mismo no sé disculparme! Pero no creas que haya cesado de amarte...

CAMILA.—(*Con asco*). ¡Ah calla!

ALDO.—Siempre te he querido, Camila.

CAMILA.—¡Calla!... ¡Me das asco!

ALDO.—(*Sinceramente*). ¡Oh! ¿cómo convencerte de que te digo la verdad?... Tu no me entiendes, tu no puedes comprender—

me... Oye; ¡te lo juro por la salud de mi madre!

CAMILA.—¡Ah! ¡qué horror!

ALDO.—*(Con energía, casi temblando).* ¡No, Camila, no! ¡No me sería posible mentir! *(Volviendo á tomar el acento suplicante).* Y además... ¿á qué mentir?... ¡He cometido una grave falta, pero mira como la purgo! No sé lo que me oculta el porvenir, y las amenazas se acumulan sobre mi cabeza... Debiera estar postrado, preocupado por este único pensamiento... Y no; yo solo siento haberte ofendido.

CAMILA.—¡Palabras! ¡Palabras!

ALDO.—No... Escúchame!... ¿Qué puedo decirte, Camila? Una sola cosa ¡perdóname!

CAMILA.—(*Resuelta*). ¡Ah, jamás!... Aun cuando quisiera, no podría...

ALDO.—¿De modo que todo ha terminado...?

CAMILA.—Todo. Ya te lo he dicho; mañana por la mañana, partiré.

ALDO. *(Cambiando de tono).* ¿Estás decidida?

CAMILA.—Decididísima Partiré irrevocablemente, y quiera Dios que nunca más te vuelva á encontrar en mi camino.

ALDO.—*(Cayendo sobre el diván, cubriéndose la cara con las manos, consternado ante el temor del disgusto que tendrá su madre).* ¡Y mi madre! ¿Qué dirá mi madre? (*Hablando consigo mismo*).

CAMILA.—*(Le mira un momento, hace ademán de irse; después se para y le dice con voz más dulce)* No creas, Aldo, que mi pobre amor desgraciado y pisoteado turbe, ahora, mi razón. No... Comprendo que en este instante, eres sincero, y creo que verdaderamente sufres... No pienses, pues, que yo te considere más culpable de lo que realmente eres. Otro que hubiese obrado como tu

podría ser el más vil, el más perverso de los hombres... ¡Tu, en cambio, no lo eres!

ALDO.— *Conmovido, sinceramente.)* ¡Ah no, Camila!

CAMILA.—Eres una infeliz criatura, que ha querido satisfacer todos sus caprichos porque no tenía conciencia del gran daño que ocasionaba. Has querido jugar con la vida, que es algo muy serio. . ¡Mira como termina, tu peligroso juego!... ¡Oh! piensa bien en estas palabras mías, cuando haya marchado. Y, sí alguna vez te acuerdas de mí, no me recuerdes lejana y viva aun... sino como si hubiese muerto. La idea de la muerte hace mejores á los hombres. *(Hace ademán de marcharse.)*

ALDO.—*(Saltando en pie, aterrado. Tenga el actor muy en cuenta que la desesperación de Aldo más que por la marcha de su mujer es por el disgusto de su madre.)* ¡No! ¡No! ¡Camila!... Yo no puedo dejarte partir...

CAMILA.—(*Resuelta.*) ¡Es inútil que me ruegues!

ALDO.—Piensa en mi madre, en el dolor que le causará nuestra separación. ¡La pobre te quiere tanto! ¡Y ella no es culpable! Yo solo soy el culpable. Pues bién, castígame; dime de qué manera puedo expiar... ¡Pero ten compasión de mi madre!

CAMILA.— El corazón se me salta en pedazos; ¡pero no puedo!

ALDO.—¡No! *(Corre á ponerse delante de ella.)*

CAMILA —*(Marchando hacia la puerta de la derecha)* Déjame pasar.

ALDO.—(*Suplicante.*) Un solo instante... ¡Escúchame! Te prometo...

CAMILA.—¡Es inútil! ¿Qué vas á prometer? Te conozco *(Quiere huir por la segunda puerta de la derecha.)*

ALDO —*(Corre y llega antes que ella y le estor-*

ba la salida.) ¡Camila! Por última vez... ¡Quédate! Te lo suplico... Por mamá... no por mí?

CAMILA.—¡Ay qué suplicio!

ALDO.—Yo te amo...

CAMILA.—(*Impaciente, con violencia.)* ¡Por última vez! ¡Déjame pasar ó grito! Despierto á tu madre... Se lo cuento todo...

ALDO.—(*Con un gesto de rápido consentimiento, casi con miedo.)* ¡No Camila, mi madre no!... (*Retirándose de la puerta.*) ¡Pasa! (*Camila, sale violentamente y cierra la puerta. Al terminar el acto apenas se ve.)*

TELON

ACTO QUINTO

La noche

En la villa de Aldo Rigliardí. La alcoba de su madre.

En el fondo se ve la cama con ricos cortinajes. A la izquierda un balcón que da á la calle. A la derecha la puerta de entrada. El mobiliario es elegante, de muy severo gusto. Una imagen de la Virgen está colgada á la cabecera de la cama; delante sobre una mensula una pequeña lamparilla casi apagada. A la derecha una chimenea encendida delante la cual hay una butaca.

La misma noche, poco antes del crepúsculo matutino. Casi á obscuras apenas alumbra la escena una vela colocada sobre la chimenea.

ESCENA PRIMERA.

LA MADRE está sola, sentada en la butaca delante de la chimenea. Tres blancas almohadas colocadas detrás de la espalda la sostienen: respira fatigosamente. Entra, poco después, LA CAMARERA con una luz en la mano.

La madre.—(*Con voz ronca, oprimida.*) ¿Camila?

La camarera.—En seguida viene. (*Pone la luz junto á la otra sobre la chimenea.*) No dormía; ha dicho que en seguida vendria. *Una pausa. Se oye una campana lejana. Dan las cuatro.*)

* (1) La madre.—¡Ay, que noche!... ¡Qué noche tan larga!... (*A la camarera.*) Dime: ¿empieza á amanecer?

* La camarera.—(*Va al balcón y mira detrás de cristales*) Aun no. Son las cuatro. Está estrellado... y en la calle los faroles encendidos.

* La madre.—(*Con gesto de miedo.*) ¡Oh, Dios mio! ¡Esta noche no acabará nunca!... (*Una pausa.*)

ESCENA II

Entra precipitadamente CAMILA. Está pálida, sin acabar de abrocharse, despeinada, con los ojos rojos de tanto llorar. Lleva una luz en la mano. LA CAMARERA está sentada en el fondo, en la oscuridad.

Camila.—(*Corriendo á la cama.*) ¡Mamá! ¡Mamá! ¿Qué pasa? ¿Qué quieres? (*Viéndola en la butaca y parándose.*) ¿Cómo? ¿Te has levantado?

La madre.—Si hijita... En la cama no podía respirar... Y además .. tenía frío... ¡Hasta aquí, al lado del fuego estoy helada!

Camila.—(*Coloca la luz junto á las otras dos, sobre la chimenea, y se arrodilla á sus pies.*) ¡Pobre mamita!... ¡Ayer estabas tan bien! De seguro fué una imprudencia, acostarte algo más tarde de lo acostumbrado...

La madre.—(*Con rápida sonrisa.*) ¿Y qué?... ¿Ha regresado, Aldo? ¿Ha traido noticias?..

Camila.—Si... Ha sido elegido... por trescientos votos de mayoría.

La madre.—Ya lo sabía. ¡No podía ser de otra manera!...

* Camila.—(*Súbitamente.*) ¿Cuándo has empezado á sentirte mal?

(1) En la representación es conveniente aligerar algo este acto suprimiendo todo lo señalado con asteriscos.

* La madre.—No sé. Hace mucho tiempo que estoy despierta.

* Camila.—¿Por qué no me has llamado en seguida?

* La madre.—¡Oh! ¡si tuviera que molestarte cada vez que me encuentro mal! .. He aguardado hasta que he podido Pero hace un momento me sentía muy mal... ¡Creía ahogarme! El corazón no latía...

Camila.—(*Le toma el pulso con solicitud.*)

La madre.—¡Cuán débil! ¿verdad? ¡Una luz que se apaga!

Camila.—¡Quiá! Late, late fuerte... Un poco irregular...

La madre.—(*Señalando la lamparilla.*) ¡Si, como aquella lucecita, que allá agoniza y de cuando en cuando lanza un destello que ilumina todo el cuarto! (*Fijándose en las tres luces de la chimenea.*) ¡Tres luces! Apaga una, en seguida.

Camila.—(*Levantándose y esforzándose por no reir, apaga una luz.*) Ya está.

* La madre.—(*Afectuosamente, cogiéndole una mano.*) ¡Pobre Camila! Has venido á llevar una vida bien triste en nuestra casa...

* Camila.—(*Con esfuerzo.*) No, no, mamá.

* La madre.—...Una vida de abnegación y de sacrificio. Desde los primeros días .. ¡tu luna de miel, fué nublada por mi enfermedad! ¡Debía ser época de alegría para tí, y en vez de ello, fué época de penas y de lágrimas! ¡Pobre Camila! (*Camila apenas puede disimular la emoción. *La madre después de una pausa*) ¿Qué hora es?

La camarera.—(*Desde el foro.*) Poco más de las cuatro, señora.

La madre.—¿Nada más?... ¡Nunca acaban de pasar las horas! (*A Camila con triste sonrisa.*) Parece extraño, Camila, pero de no-

che ¡las horas son largas, interminables! ¡En el silencio y en la obscuridad, parece que hasta á los relojes les venza el sueño, como ciertos animales que duermen caminando.

CAMILA.—(*De pronto.*) ¿Has tomado la medicina, mamá?

LA MADRE.—(*Con una mueca infantil, de disgusto.*) ¡Ay, no me hables de ella! Ya, dos veces he tomado aquella... porquería...

CAMILA.—¿Y no has encontrado ningún alivio?

LA MADRE.—(*Volviéndo á estar inquieta.*) ¡Ninguno, ninguno! . ¡Es más... después me he encontrado peor que antes! ¡Las medicinas no sirven para nada! Además, ahora, el corazón está agitado. . la respiración es fatigosa... y me parece tener un gran peso aqui, sobre el pecho, que me ahoga, me ahoga... ¡Oh, que horrible debe ser morir!

CAMILA. — (*Calmándola.*) Pero, mamá ¿qué dices?

LA MADRE.—(*Cada vez más agitada.*) Si tuviera que quedarme así. . ahogada ¡de pronto!... ¿Te lo figuras Camila?... ¡Aquí sola, sola, sin mi hijo, sin confesión!,.. ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!. Es preciso que llames á Aldo... Llámalo, te lo ruego... ¡Lo quiero!

CAMILA.—(*Turbadísima.*) ¡Pero qué ideas! ¡Qué ideas!... ¡No te agites de esta manera, mamá!... Sabes que te hace daño... Si quieres, le llamaré enseguida... pero debes estar tranquila... ¡No te puedo dejar así!

LA MADRE.—(*Agitadísima.*) Pues bien, si, llámale... Estaré tranquila... ¡Te prometo estar tranquila! (*La camarera inquieta se ha acercado.*)

CAMILA.—¡No es así como debes prometerlo!

¿Por qué te asustas tanto?... ¡Pero reflexiona!...

LA MADRE.—¡Ay, yo no puedo esperar más!... Yo quiero ver á mi hijo, pronto, en seguida! (*Viendo á la camarera á su lado.*) Margarita, vé tu... Vé al cuarto del señor... Despiértale... ¡dile que venga aquí, inmediatamente, que me encuentro mal! (*La camarera después de haber consultado con la vista á Camila, sale silenciosamente, llevándose una luz Camila parece turbadísima; está de pie cerca de la butaca, y mira en éxtasis un punto cualquiera del espacio La madre más calmada*) ¡Ah, por fin!... (*Una breve pausa Se vuelve á Camila siempre inmóvil.*) ¿Camila?... ¿Qué tienes?... ¿Qué miras con ojos tan fijos?

CAMILA —(*Volviendo en sí.*) Nada.

LA MADRE —(*Espantada*) ¿Veías alguna cosa?

CAMILA.—¿Qué querías que viera?... Estamos solas.

LA MADRE.—(*Con tristeza.*) Es verdad. ¡Estamos solas! Pero no mires de aquella manera: ¡me dabas miedo! (*Un gran silencio.*) Oyes: ¡qué silencio! (*Un débil grito.*) ¡Ah, pasos! ¡Es él! ¡Es él! (*Hace ademán de levantarse.*)

CAMILA.—(*Corriendo y sujetándola.*) Por caridad, mamá, ¿qué haces?. . ¡No te muevas! *La camarera vuelve contrariada. La madre con ansiedad.*) ¿Y qué?... ¿Aldo?

LA CAMARERA.—(*Titubeando.*) Señora...

LA MADRE.—¿Dormía?

LA CAMARERA. — (*Precipitadamente.*) Eso es; dormía.

LA MADRE.—(*Enfadándose.*) ¿Y no le has despertado?... Te lo había ordenado... ¿Por qué no lo has hecho?

LA CAMARERA. — Pues bien señora... No estaba.

LA MADRE.—¿Cómo no estaba?

LA CAMARERA.—No. El cuarto estaba vacío y la cama intacta *(Se retira al fondo. La madre volviéndose á Camila.)* ¡Y tú Camila sabías que no estaba!...

CAMILA.—(*Turbada.*) No...

LA MADRE.—¡Sí lo sabías! Y por esto no querías llamarle... ¿Dónde puede estar á estas horas?... ¡Dios mío! ¿No le habrá sucedido alguna desgracia?

CAMILA.—(*Con precipitación.*) ¡No, no temas! Esto no.

LA MADRE.—(*Fijamente.*) ¿Esto no? ¿Y cómo puedes asegurarlo?... (*Con fuerza.*) Ven aquí. Deja que te vea bien. ¡Ponte donde estabas antes! (*Camila, se resiste algo á arrodillarse como antes á sus pies. La madre le coje la cabeza, la pone cara á la luz y le mira fijamente á los ojos.*) ¡Tienes los ojos enrojecidos! ¡Tu has llorado! ¡Oh, no me lo niegues!... ¿Por qué? ¿Por qué? Dime: ¿te figuras dónde puede estar Aldo, á estas horas?

CAMILA.—(*Titubeando.*) No... No sé... Aldo ha vuelto al anochecer para traerme la noticia de la elección... Y después .. yo me he retirado á mi cuarto y no le he vuelto á ver.

LA MADRE.—¿Entonces, ha salido más tarde?

CAMILA.—No puedo contestarte...

LA MADRE.—Tal vez se habrá vuelto con sus amigos...

CAMILA.—(*Súbitamente.*) ¡Claro! ¡De seguro!

LA MADRE.—(*A gritos.*) ¡Ah no! ¡No!... Tú tratas de engañarme! ¿A qué llorar, si así fuese?... ¿Y por qué estás pálida y espantada, como si tuvieses miedo de una desgracia? ¿Pero qué pasa? ¿De que tienes miedo?

CAMILA.—(*No pudiendo más.*) ¡Oh, mamá! (*Esconde la cara en el hombro de la anciana; poco después rompe en sollozos.*)

LA MADRE.—(*Acariciándola conmovida.*) ¡Dime que piensas! ¡Habla hijita mía! Yo te quiero mucho, lo mismo que á él, ya lo sabes... Sois mis dos hijitos... ¿Lloras?... ¡Oh, cómo lloras! (*Con movimiento brusco levantándole la cabeza.*) ¡Camila! ¡Pronto! ¡Me espantas con este llanto!... Quiero saber. ¿Sospechas?. . ¿Tal vez Aldo?...

CAMILA.—(*Desesperadamente.*) No. . no...

LA MADRE —Como: ¿no? ¿Qué quieres decir? ¿Es la vez primera que te hace esperar tanto?

CAMILA —¡No! ¡se retira á menudo muy tarde, á veces ya de día!

LA MADRE.—¿Aldo? ¿Entonces te abandona? (*Con un movimiento enérgico.*) ¡Ah! (*Volviéndose al fondo donde está sentada la camarera, con energía.*) Margarita, baja al vestíbulo. Espera al señor. Cuando vuelva, ruégale que suba inmediatamente. (*La camarera, se levanta, enciende la luz, que habia apagado, y sale silenciosamente.*)

ESCENA III

LA MADRE, se vuelve con gran energía, pero con afectuoso acento á CAMILA, que ha vuelto á ocultar la cara sobre su hombros.

LA MADRE.—(*Con firmeza, dominando su malestar*). ¡Y ahora que estamos solas, levanta la cabeza y habla! ¿Qué ha pasado entre tú y Aldo?

CAMILA.—¡Nada!

LA MADRE.—No es verdad. Tus sollozos, tus palabras de esta noche, prueban lo contrario.

CAMILA.—¡Por compasión, mamá, no insistas! No sé que contestarte.

LA MADRE.—Dime la verdad... No te pido otra cosa...

CAMILA.—Te he dicho la verdad... Estoy enferma.

LA MADRE.—¡No es eso!

CAMILA.—*(Con desesperada súplica).* ¡Sí, mamá!... Estoy enferma, estoy triste, soy desgraciada.

LA MADRE.—¿Desgraciada?

CAMILA.—... ¡Pero la culpa es mía, mía solamente! ¿A qué entristecerte con mis penas? Mamá, dejemos esta conversación... Tu te encuentras mal

LA MADRE.—*(Con fuerza y resolución).* ¡No, no! Por mí, no temas. Mi malestar, ya ha pasado... ¡Ni siquiera me acuerdo de él! Habla con toda franqueza y no temas... ¡Me siento fuerte para escucharte... y quiero que hables!

CAMILA.—*(Retorciéndose las manos).* ¡Pero si no puedo!

LA MADRE.—¿Se trata, entonces, de algo muy grave? *(Comprendiendo).* ¿Aldo te es infiel? ¿Alguna mala mujer lo ha conquistado y él...?

CAMILA.—*(Desesperadamente).* ¡Es inútil que me tortures de tal modo! ¿Quiéres saberlo? Pues bien: ¡Aldo ya no me ama!... Ayer por la tarde hemos tenido una explicación definitiva .. y hoy mismo debo marcharme.

LA MADRE.—*(Atónita).* ¿Marcharte?... ¿Estás loca? ¿Pero que explicación habéis tenido?... ¿Es posible que de un momento á otro haya sucedido algo tan grave que haga precisa una separación? Creo que te dejas

llevar de los celos... ¿Y si él, viniera, á pedirte perdón?

CAMILA. — ¡Tampoco podría permanecer en esta casa!

LA MADRE.—¿Pero por qué?

CAMILA.—Porque no quiero estorbar á nadie: ¡porque Aldo necesita toda su libertad, porque ha contraído otros deberes, y yo soy un verdadero obstáculo para ello!

LA MADRE.—*(Con estupefacción creciente).* ¿Tú un obstáculo? ¿Otros deberes? ¿Qué motivos tienes tú para creerlo?... ¿Tiene lazos que no se puepen cortar?... ¿Un hijo... tal vez?

CAMILA. — *(Con desesperación).* ¡Ah, basta, mamá! ¡Basta!... ¡Te lo he dicho casi todo y no debía haber hablado! ¡Ahora, basta, por favor! *(Se aleja hacia el fondo).*

LA MADRE —*(Hablando consigo misma).* ¡Así es! ¡No hay duda alguna! (*Queda extenuada, pensativa*). ¿Aldo?... ¿Un compromiso?... ¿Pero con quién?... ¿Tal vez?... ¡No! ¡No! ¿Cómo he podido sospechar?... ¿Y sin embargo?... (*Pasándose la mano por los ojos*). ¡Ah, me parece que he tenido una espantosa pesadilla! ¡Toda mi vida me parece una pesadilla! (*Cambia de tono, agitadísima*) ¡Dios mío, qué calor! ¡Estoy ardiendo, me ahogo!... (*Se levanta*).

CAMILA.—*(Corriendo asustada, para sujetarla).* ¡No te muevas! ¿Que haces?...

LA MADRE.—(*Que ha dado dos pasos antes que Camila llegase*) ¡Ah! ¡Respiro!... La emoción ha llevado toda la sangre á la cabeza, y aquel fuego me asfixiaba!... Trae aquí la butaca, haz el favor. (*Camila la trae con mucha solicitud*). (*La madre dejándose caer en ella*) ¡Ay, que noche más atroz!... ¡que

CAMILA.—¡Por compasión, mamá, no insistas! No sé que contestarte.

LA MADRE.—Dime la verdad... No te pido otra cosa...

CAMILA.—Te he dicho la verdad... Estoy enferma.

LA MADRE.—¡No es eso!

CAMILA.—*(Con desesperada súplica).* ¡Sí, mamá!... Estoy enferma, estoy triste, soy desgraciada.

LA MADRE.—¿Desgraciada?

CAMILA.—... ¡Pero la culpa es mía, mía solamente! ¿A qué entristecerte con mis penas? Mamá, dejemos esta conversación... Tu te encuentras mal

LA MADRE.—*(Con fuerza y resolución).* ¡No, no! Por mí, no temas. Mi malestar, ya ha pasado... ¡Ni siquiera me acuerdo de él! Habla con toda franqueza y no temas... ¡Me siento fuerte para escucharte... y quiero que hables!

CAMILA.—*(Retorciéndose las manos).* ¡Pero si no puedo!

LA MADRE.—¿Se trata, entonces, de algo muy grave? *(Comprendiendo).* ¿Aldo te es infiel? ¿Alguna mala mujer lo ha conquistado y él...?

CAMILA.—*(Desesperadamente).* ¡Es inútil que me tortures de tal modo! ¿Quiéres saberlo? Pues bien: ¡Aldo ya no me ama!... Ayer por la tarde hemos tenido una explicación definitiva .. y hoy mismo debo marcharme.

LA MADRE.—*(Atónita).* ¿Marcharte?... ¿Estás loca? ¿Pero que explicación habéis tenido?... ¿Es posible que de un momento á otro haya sucedido algo tan grave que haga precisa una separación? Creo que te dejas

llevar de los celos... ¿Y si él, viniera, á pedirte perdón?

CAMILA. — ¡Tampoco podría permanecer en esta casa!

LA MADRE.—¿Pero por qué?

CAMILA.—Porque no quiero estorbar á nadie: ¡porque Aldo necesita toda su libertad, porque ha contraído otros deberes, y yo soy un verdadero obstáculo para ello!

LA MADRE.—*(Con estupefacción creciente)*. ¿Tú un obstáculo? ¿Otros deberes? ¿Qué motivos tienes tú para creerlo?... ¿Tiene lazos que no se puepen cortar?... ¿Un hijo... tal vez?

CAMILA. — *(Con desesperación)*. ¡Ah, basta, mamá! ¡Basta!... ¡Te lo he dicho casi todo y no debía haber hablado! ¡Ahora, basta, por favor! *(Se aleja hacia el fondo)*.

LA MADRE —*(Hablando consigo misma)*. ¡Así es! ¡No hay duda alguna! (*Queda extenuada, pensativa*). ¿Aldo?... ¿Un compromiso?... ¿Pero con quién?... ¿Tal vez?... ¡No! ¡No! ¿Cómo he podido sospechar?... ¿Y sin embargo?... (*Pasándose la mano por los ojos*). ¡Ah, me parece que he tenido una espantosa pesadilla! ¡Toda mi vida me parece una pesadilla! (*Cambia de tono, agitadísima*) ¡Dios mío, qué calor! ¡Estoy ardiendo, me ahogo!... (*Se levanta*).

CAMILA.—*(Corriendo asustada, para sujetarla)*. ¡No te muevas! ¿Que haces?...

LA MADRE.—(*Que ha dado dos pasos antes que Camila llegase*) ¡Ah! ¡Respiro!... La emoción ha llevado toda la sangre á la cabeza, y aquel fuego me asfixiaba!... Trae aquí la butaca, haz el favor. (*Camila la trae con mucha solicitud*). (*La madre dejándose caer en ella*) ¡Ay, que noche más atroz!... ¡que

nunca acaba, que no acabará jamás! (*Un gran silencio. Empieza á clarear Se oye el sordo rumor de un carruaje en la calle*).

CAMILA.—¡Un carruaje!

LA MADRE —(*Aguantando la respiración*). ¡Si!...

CAMILA.—Es él. Esta vez no me engaño. ¡Es él! (*Cesa el ruído*). ¡Ya te lo decía! (*Corre al balcón y mira*). Baja... No va solo... Se despide de alguién... (*Se oye un golpe sordo abajo. Corre cerca de la madre*). Mamá, por favor... No digas nada á Aldo... ¡Es mejor!

LA MADRE.—(*Con gesto brusco*). Déjame á mí. No temas... ¡Calla! (*Una pausa ansiosa*). ¡Pasos!... ¡Pasos apresurados!... Viene... viene corriendo... ¿oyes? Parece que toda la casa tiembla... ¡Oh! ¡Oh! (*Se oye un gran ruído en la sala contigua; algo que cae y se rompe*).

CAMILA.—(*Extremeciéndose*). ¿Qué ha caído?

LA MADRE.—(*Con gran grito de terror*). ¡Un espejo!... ¡Es un espejo! ¡Ve á verlo.

ESCENA IV

CAMILA coje una luz y sale corriendo, encontrándose con ALDO que entra impetuosamente, y sin mirarla se dirige á su MADRE. El lleva aun el sombrero puesto y el abrigo. Se acerca el nuevo día; en la calle la claridad va aumentando,

ALDO.—(*Entrando deprisa, asustado*). ¿Mamá! ¿Qué tienes? ¿Te encuentras mal?... He subido á obscuras; debo haber roto algo en el cuarto de al lado. ¿Pero que ha pasado? ¿Cómo te encuentras?

LA MADRE.—(*Severamente*). Mejor, mucho mejor... No se trata ahora, de mi enfermedad ¿Aldo te parece ésta, hora de retirarse?

ALDO.—(*Excusándose, más calmado*). Mamá sabes qué...

LA MADRE.—(*Interrumpiéndole*). ¡Oh, por mi parte eres dueño absoluto de quedar fuera de casa, día y noche, hasta que quieras! Pero á Camila no le pasa igual... Es tu esposa y tiene el derecho de saber, como, y donde, pasas las noches hasta que amanece, lejos de ella.

ALDO.—(*Humildemente*) Es muy justo mamá. Pero no era muy difícil suponer donde pudiese estar. Anochecido vine á casa, acompañado de un amigo que me esperaba en un carruage á la puerta; y Camila lo sabía...

LA MADRE.—¿Y tú quieres hacerme creer que has estado con aquel... amigo hasta ahora...?

ALDO.—No .. Le dejé cerca de la una. Después me detuvo fuera de casa un incidente bastante molesto, que no esperaba, y que es inútil te cuente!

LA MADRE.—(*Fijamente*). ¿Cómo, inútil?

ALDO.—(*Continúa mientras se quita el abrigo y lo pone con el sombrero sobre una silla*). Debes creerme mamá; esta noche tenía el propósito de volver muy pronto... Presentía tu malestar, porque tu imagen, se me aparecía á cada momento... pero antes quería tomar un refresco... Entré en un café.. Allí, por desgracia, me sucedió el incidente del cual te he hablado y que me hizo perder el resto de la noche... ¡Oh mamá! sin ello, no hubiera permanecido fuera hasta tan tarde, con tales presentimientos... y sin un motivo muy serio. (*Camila, que entra sin luz, se detiene junto á la puerta y se extreme al oir las últimas palabras. Los demás no advierten su presencia*).

LA MADRE.—(*Con sarcasmo*). ¿Un motivo? ¿Se puede saber cual?

ALDO.—(*Con embarazo*). No es ocasión, ahora, de hablar de ello...

LA MADRE —(*Acalorándose*). Sobre todo conmigo ¿no es verdad? ¡porque á mí, nunca se me debe decir la verdad! «¡Suceda lo que suceda, callarse con la de arriba!» Tal es la consigna... por mi bien, se comprende... Y entre tanto tu te aprovechas para llevar una vida... ¡qué vida, Aldo qué vida!

ALDO.—(*Mirándola tristemente*). Mamá... ¡Por vez primera me hablas de este modo! ¿Qué quieres decirme? Explícate.

LA MADRE —(*Tratando de calmarse*). No quiero decir nada... Quería solamente hacerte comprender que no soy tan crédula... como me supones, y que á tus... motivos serios... pero inconfesables yo no doy crédito alguno.

ALDO —(*Cada vez más turbado*). Nunca te he mentido, mamá.

LA MADRE.—No lo sé, solamente sé que ahora ocultas algo.

ALDO.—(*Con algo de despecho, pero naturalmente*). Pues bien; ¿lo quieres saber?... he tenido una disputa... ¡un desafío!...

CAMILA.—(*Que parecía pendiente de sus palabras, lanza una exclamación de angustia y se precipita hacia él*). ¡Oh, Dios mio! ¡Con Pablo!

LA MADRE.—(*Como herida por un rayo*). ¿Pablo?

ALDO.—(*Al mismo tiempo, turbado, sorprendido por la presencia de Camila y la pregunta de la madre*). ¿Tu? (*La madre, parece comprender; y expresa con sus ojos su espanto y su dolor*).

CAMILA.—(*Desesperada, sin reflexionar*). ¡Ya veía que su hermana acabaría por hablar!... ¿Pero que pasó? ¿Cómo lo has encontrado?

¿Qué te ha hecho?... ¡Dime! Dime ¿Pablo...?

ALDO.—*(A Camila, fingiendo no comprender).* ¿Pablo?... ¿pero qué dices?... Fué una disputa tonta .. de política... No entiendo que quieres decir...

LA MADRE. —*(De pronto, incorporándose con energía, indignada).* ¡Yo lo comprendo, Aldo!... ¡Yo!...

ALDO —*(Volviéndose á ella, como aniquilado, suplicante).* ¿Mamá?

LA MADRE. —*(Con terrible y solemne acento).* Déjame hablar... ¡Tú has cometido una mala acción y aun cuando no creas en Dios, tu conciencia no puede estar tranquila!... ¡Tu te pierdes! ¡Vas por un camino, que no es el de las personas honradas!... Haces que muera, desilusionada, angustiada, desesperada y con el remordimiento de haberte dado la vida!

ALDO.—*(Extremecido de terror y gritando).* ¡Por piedad, mamá! ¡No!... (*Se vuelve repentinamente á Camila, quien, sumamente pálida está á su lado*). ¿Has hablado?

CAMILA. — *(Retrocediendo, ante su mirada).* ¿Aldo?

ALDO.—(*Con más fuerza, acercándose á ella*). ¿Lo has dicho todo? ¿Lo has querido contar todo?

CAMILA.—(*Asustada*) ¿Me crees capaz de ello?

ALDO.—(*Con una explosión de ira dolorosa*). ¡Ha sido tu venganza!... ¡Ah, Camila!... Si ayer tu misma me hubieses denunciado á Pablo... si tu misma lo hubieses lanzado contra mí, no me hubieras, no, no me hubieras castigado de un modo tan atroz! ¡Y ahora, basta ya! Ayer noche te rogué, te supliqué me perdonases, que quedaras aquí, con nosotros... Ahora no; ahora, yo soy el que te digo: ¡Fuera, fuera de aquí!

CAMILA.—(*Irguiéndose con dignidad*). ¡No hace falta!

ALDO —(*Lanzándose sobre ella, con el brazo extendido como para echarla*). ¡Vete!

LA MADRE.—(*Poniéndose en pie para detenerle y gritando con desesperación*). ¡Aldo! ¡No! (*Se lleva la mano al corazón y da tres gritos, cada vez más débiles*). ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! (*Cae sin respiración, sobre la butaca, con ronquidos y voz cavernosa*). ¡Me ahogo!... ¡Un cura! .. ¡Me ahogo!...

ALDO.—(*Que al primer grito ha quedado como paralizado, corre hacia ella*). ¡Mamá! ¡Mamita mía! ¡No! ¡No! ¡Perdóname! (*Se echa sobre ella, preso de una angustia suprema; le coje las manos colgantes, las besa, le llama, le sacude, llorando. fuera de sí*). ¡Mamá! ¡Mamita mía! ¡Mírame!... ¡Abre los ojos!... ¡Mamá!... (*Rápidamente á Camila*). ¡Camila. Camila, corre! Ve... Manda por un médico. ¡Deprisa! ¡Se muere! *Camila, sale corriendo, loca de terror*).

ESCENA V

ALDO, se inclina sobre su madre, quien sigue con el estertor de la agonía. Mira por todas partes, como buscando auxilio. sus ojos se posan un instante, en la imagen de la Virgen iluminada á ratos por los últimos destellos de la lamparilla. Llora, se retuerce las manos desesperadamente, trata de sacudir á la muribunda, de hacerla recobrar el conocimienso. No sabe ya que hacer. Por el balcón se ven las casas, alumbradas por la luz de la aurora.

ALDO.—(*Con voz trémula*). ¡Mamá!... ¡Oh Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡Y no poder hacer nada! (*Con los ojos saliéndole de las órbitas y la voz ahogada*). ¡Se muere!... ¡No hablará más! . ¡No la veré más!... ¿Y su perdón?... (*La madre, cuyo estertor se ha he-*

cho más lento y débil, de pronto abre los ojos, los pone en blanco, tiene un extremecimiento brusco y violento y vuelve á caer, inmóvil, muerta. Aldo aterrorizado, con una postrera esperanza, le toma el pulso; pero en seguida, lo deja. Se hechá dos pasos atrás, con la Muerte reflejada en los ojos, en la cara, en toda su persona). ¡Muerta!... ¡En un instante! ¡Todo acabó!... ¡Oh, la Vida!... ¿Pero es posible? (*Vuelve á mirar fijamente la imagen sagrada*). ¡No! ¡No!... (*Se vuelve de nuevo á su madre y la llama can desesperación*). ¡¡Mamá!! (*Una pausa larga, tremenda. Se incorpora y con voz alterada, incomprensible*). ¡Ay de mí!... ¡El Dolor!... (*Prorrumpe en sollozos. y cae al suelo. de modo que su cabeza quede inerte sobre el regazo del cadáver Por la ventana, entra tímidamente, el primer rayo de sol*).

TELON

Al empezar la traducción de *La Corsa al piacere* me encontré perplejo, dudando, atraído por dos fuerzas contrarias que me impedían todo movimiento, toda resolución.

Por una parte las innumerables bellezas del drama, su hermoso realismo y sobre todo la figura del protagonista, para quien sólo existe *su Placer*, me invitaban á traducir el drama deseoso de que el público español pudiese saborearlo.

Pero me detenían sus atrevimientos de forma y, tal vez, sus cinco actos, que obligan á una larga atención por parte de un público que desea se le sirvan las impresiones por medios homeopáticos.

Estas últimas razones me impulsaban á hacer un arreglo, á reducir los cinco actos á cuatro, y respetando siempre el fondo, suavizar algo la forma, dorando la píldora. Pero la voz de la conciencia artística—que en mí suele gritar muy alto—me decía, que haciéndolo así no obraba bien, que iba á cometer un verdadero delito, pues delito es, mutilar la obra ajena bajo pretexto de presentarla y hacerla asequible á un público determinado. Y nuevas dudas venían á sumarse á las anteriores.

Hasta que, por fin, encontré el medio de realizar mis deseos acallando la voz de mi conciencia. Decidí imprimir el drama tal como lo creó su autor, con todos sus

atrevimientos de forma, y hacer las indicaciones convenientes para asegurar á la representación el mejor éxito posible.

La indicaciones son las siguientes: 1.ª El 1.º acto del arreglo será el 1.º de la obra original sin quitar nada. 2.ª El 2.º acto del arreglo, será el 2.º de la obra original quitando lo señalado con asteriscos. 3.ª El 3.º acto de la obra original se suprime. 4.ª El 3.º del arreglo empieza con las páginas que siguen á estas advertencias saltando después á la página 80 del 4.º acto del original en el sitio marcado con un asterisco y continuando hasta la terminación de dicho 4.º acto que pasa á ser 3.º del arreglo por supresión del 3.º de la obra original. 5.ª El 5.º acto del drama original pasa á ser 4.º del arreglo y debe suprimirse todo lo señalado con asteriscos.

Claro es que cada Director de Compañía podrá elegir la forma más conveniente de representar el drama, teniendo para ello muy en cuenta el público que ha de juzgarlo.

ACTO TERCERO

La tarde

La misma habitación del 1.º en la villa de Rigliardi.
Las últimas horas de la tarde. Por las ventanas y balcones entra una luz gris de día lluvioso. Han transcurrido quince días desde el acto anterior.

ESCENA PRIMERA

LA MADRE de Aldo, sentada en una butaca, dentro del saloncito, cabecea; á su lado, charlando, están CAMILA y ELENA VALRIGHI; y de pie junto á ellas ALDO RIGLIARDI. VICTOR BREMA al levantar el telón, entra y después de saludar á las señoras, sin despertar á la madre, marcha con Aldo al primer término sentándose junto á una mesita en donde habrá una botella de absenta y copas.

Aldo.—¡Dichosos ojos! Desde el bautizo en casa del Gobernador, hoy hace quince días, no te veo. ¿Dónde te has metido?.

Victor.—¡He amado!... Además, estuve aquí dos veces... ya te lo habrá dicho tu mujer.

Aldo.—(*Bajando la voz y mirando de cuando en cuando hacia el saloncito por temor de ser sorprendido*) No, mi mujer no me dice nada. Apenas me habla desde aquella escena... ¡Ah! ¿pero tu no sabes? ¡Claro, como no nos habíamos vuelto á ver!...

Victor.—Cuenta... cuenta...

ALDO.—Fué una escena cómica y dramática al propio tiempo. Estaba en mi despacho en la Agencia de negocios que tengo con Juan Serra, á quien conoces ..

VICTOR.—Si; según dicen un gran abogado, pero que á mi me parece... un gran infeliz...

ALDO.—En efecto, el pobre ha gozado poco del mundo... no tiene malicia alguna... Como te decía, estaba esperando á una hermosisima mujer... á la gentil Gobernadora...

VICTOR.—¿Elena?

ALDO.—¡Calla!... no sea cosa que nos oigan... De pronto anuncian á una señora... y se presenta Ester, afligidísima y me dice que acaba de recibir una esquela de mi mujer despidiéndola y mandándole el importe de la cuenta.

VICTOR.—¿Para eso estuve gastando saliva y elocuencia en caso del Gobernador? ..

ALDO.—¡Harías un mal abogado... no la convenciste!... La pobre... venía á pedirme explicaciones, pues Camila no la quería recibir... afortunadamente Pablo, su hermano, no se había enterado, pues no estaba en casa al recibir el recado de Camila...

VICTOR.—¡Mal te veo!

ALDO.—Ya, ya veras... no paró aquí la cosa... Suena la campanilla, esta vez muy oportunamente, pues había empezado una interminable retahila de melancolías, dolores y tristezas y que sé yo cuantas cosas más... Corro á puerta... y entra la condesa y despido á Ester...

VICTOR.—¿Y qué dijo la Gobernadora al verte tan bien acompañado?

ALDO.—¡Figúrate!... Para tranquilizarla quise hacer pasar á Ester por una cliente... ¡pero

no coló! La había visto en casa... Además Camila que el día anterior había ido á visitarla no supo ocultarle nada. Elena la vió llorosa y descompuesta; sospechó algún disgusto conyugal... y le fué tirando de la lengua...

VICTOR.—¡Bonito cuadro! Tu mujer contando tus líos á tu amante...

ALDO.—Y mientras me esforzaba en hacerla creer que era la única á quien quería... se presenta... se presenta Camila... ¡pás mate!

VICTOR.—(*Poniendo cara de cómico espanto.*) ¡Ya estoy pasmado!

ALDO.—Entró hecha una fierecilla, desatándose en injurias contra la pobre Ester á quien había visto salir del despacho, sin haberla podido alcanzar...

VICTOR.—¡Oye, oye!... Y de la condesa mano á mano contigo en tu despacho... ¿no dijo nada tu mujer?

ALDO.—No... pues Elena había venido para hacerme una consulta como... abogado...

VICTOR.—¡Ah!... ¡vamos!...

ALDO —Tuvimos una escena horrorosa, sobre todo al principio .. después y gracias á mi arte, conseguí calmarla y hasta tranquilizarla, diciéndole que Ester había venido...

VICTOR.—¿También á hacerte una consulta... como abogado ...

ALDO.—No; á preguntarme el porqué de aquella esquela.. Ya ves, dije á Camila, ya ves, si fuera culpable no preguntaría porque la despediste!.. En una palabra, estuve hecho un coloso.

VICTOR.—Bien puedes decirlo... ¡Domesticar tres fieras... al mismo tiempo!

ALDO.—¡Desde entonces estamos casi á media correspondencia! ¡Pues no sé qué hubiera

hecho si llega á descubrir algo importante. Y la lástima es que se martiriza y sufre sin razón.

VICTOR.—¡Oh! ¡poco á poco! ¡Razón, la tiene! Las mujeres poseen un sexto sentido, adivinan lo que no saben. No voy á predicarte moral, pero ¡buena la hiciste, amigo!... Mientras se trata de condesas más ó menos averiadas, ¡se pueden cerrar los ojos!... Pero con aquella chiquilla. .

ALDO.—Si, si, tienes razón... Y pensar que pasó como en un sueño... Cuando desperté, la catástrofe era irreparable... (*Visiblemente emocionado.*) ¡Ea. basta! .. ¿Habrás sabido de mi viaje electoral? He estado en el distrito, tres días. ¡Tres días inolvidables! ¡Qué emoción al verme ante una muchedumbre! ¡Al dirigirles la palabra!

ÍCTOR. — ¡Pareces un tenor que relata sus triunfos!

LDO.—¡No te burles!

ICTOR.—¿Quiéres que te diga la verdad? Yo siempre me pregunto, si eres realmente sincero...

LDO.—(*Serio, mirándole fijamente*). ¿Dudas de ello?

ICTOR.—¿Y no te encuentras mal, tu, tan refinado y hasta tan... aristócrata en medio de aquel rebaño de andrajosos y desesperados?

LDO.—No... A veces los sentidos se rebelan, pero la reflexión los reduce... y pienso que uno solo de aquellos desgraciados tiene más sangre en las venas, más ideas en el cerebro y más bondad en el corazón que mil de los tuyos.

CTOR.—(*Cómicamente*). ¡Muchas gracias!... Antes quisiste cambiar de conversación

porque te daba buenos consejos; ahora so yo quien cambia, porque... me insultas.

ALDO.—*(Riendo).* ¡Está bien!... ¿Tomarás u absenta?... ¡Y dime, dime que hay de nue vo?

VICTOR.—De nuevo nada.. Ha vuelto la «Pa lette.»

ALDO.—*(Alegremente).* ¿La coupletista? T inseparable del pasado invierno... Una he mosa mujer...

VICTOR.—¡A mi no me gustaba! Me lié c ella, porque gustaba á los demás... Cuan se cerró el Eden se marchó á *ladrar*... recuerdo donde. Crei que no volvería... la semana pasada, recibo una invitaci suya, fechada en Milán.

ALDO.—¿De modo que otra vez casado?

VICTOR.—¡Ah, no! Afortunadamente no sido posible. No ha vuelto sola... Ha traí una hermanita de diez y sies años... u especie de educanda; y además una extr ña compañera que debutará pronto en Eden, con el terrorífico nombre de «Ma moiselle Constrictor ó la Mujer-serpiente

ALDO.—¿Por qué la llaman así?

VICTOR.—¡Sencillamente porque se viste c una malla verde, llena de escamas de pla y con gran desenvoltura, hace pasar la c beza por entre las piernas... como hac las serpientes!

ALDO.—*(Riendo).* Me gustaría conocerla.

VICTOR.—¿En su colección no figurará ning na... mujer serpiente? *(Aldo hace un sig negativo).* Pues no dejes pasar la ocasión Mira... un día de estos, cuando te hayas puesto de la emoción de las eleccionss me acompañas al Eden y después de la fu ción cenamos juntos.

ALDO.—¿Estará la educanda?

VICTOR.—¡Claro! No ves que acompaña á su hermana para .. educarse.

ALDO.—Pues acepto... Pero para tener más libertad hace falta un tercero ..

JUAN.—(*Desde dentro dice al criado.*) No, no me anuncies, soy de casa.

ALDO.—(*Oyendo la voz de Serra*). ¡Ah! ¡ya tengo el tercero!...

ESCENA II

Entra JUAN SERRA, de la misma edad que RIGLIARDI, aspecto tranquilo y bonachón Viste con sencillez pero sin descuido.

JUAN,—¡Hola señores!... ¿Qué noticias hay?

ALDO.—Según las últimas, llevo cien votos al adversario.

JUAN.—Vaya, casi se te puede dar la enhorabuena... Voy á saludar á Camila. (*Entra en un saloncito*).

VICTOR.—¿Quién es el tercero?

ALDO.—Mi colega.

VICTOR.—¿Serra?

ALDO.—El mismo. ¡El incorruptible, el marido modelo, la Moral en persona!

VICTOR.—¡No le conquistarás!

ALDO.—¿Por qué no!... Debe estar harto de la vida que lleva... Sería una obra de misericordia distraerle un poquito. (*A Serra que se acerca y se sienta en medio*). ¿Un absenta?

JUAN.—Tu «hada verde» me da mucho miedo. Es un terrible veneno.

ALDO.—¡Por una sola vez! (*Le sirve un absenta*).

JUAN.—¡Si mi mujer lo supiera! Si me viera en este momento...

VICTOR.—¡Cristo entre dos ladrones!...

ALDO.—¿Un cigarrillo?

JUAN.—Gracias, ya sabes que no fumo...

ALDO.—¡Tu no fumas! Tu no bebes! ¡Tu no juegas! ¡Tu no amas! ¿Quiéres decirme que es lo que haces?

JUAN.—(*Después de beber, restregándose las manos*). ¡Oh! Dejo pasar el tiempo... y después de todo no tengo porque quejarme!

ALDO.—¿Pero de veras? ¿No cometes ninguna infracción al deber conyugal?

JUAN.—(*Riendo*). ¡No faltaba más! ¡Mi mujer me sacaría los ojos y aun le parecería poco!

VICTOR.—¿Y si no lo supiera?

JUAN.—¡Ah! si no lo supiera... Pero lo sabría... estoy seguro.

ALDO.—(*A Victor*). ¿Has visto un hombre igual?

VICTOR.—¡Parece mentira!

ALDO.—Amigo mío, has tomado demasiado en serio el Código Civil... y haces una vida lastimosa, compartiendo el tiempo entre el despacho en donde trabajas y tu casa en donde te aburres...

JUAN.—¡Hombre!

ALDO.—Si, donde te aburres, porque mil veces me has dicho que tu única diversión es el trabajo.

VICTOR.—(*Bostezando.*) ¡Bonita diversión!

ALDO.—¿Tienes treinta y seis años, verdad?

JUAN.—¡Treinta y siete cumplidos, y ya bastan!

ALDO.—¡Y tienes menos experiencia de la vida que un chiquillo! Pero, amigo mío, si sigues así, cuando te mueras no importará que te cierren los ojos porque no los habrás abierto nunca...

JUAN.—¿Ustedes se han divertido mucho, verdad?

VICTOR.—¡Oh! ¡no hemos perdido el tiempo!

JUAN.—¡Ah! ¡si fuera soltero! *(Los otros ríen.)* ¿Qué digo?... este maldito veneno...

VICTOR.—¿El que ha bebido ó el que ha escuchado?

JUAN.—No sé... Los dos. (*Se levanta.*)

ALDO.—(*Le sujeta.*) ¡Es este momento te acuerdas de tu mujer!

JUAN.—(*Estupefacto.*) ¡Es verdad! ¿Cómo lo has adivinado?

ALDO.—¡Tu mujer! Bien sabes que la aprecio y la admiro! Tiene todas las buenas cualidades de una buena ama de casa. Ordenada, cuidadosa, trabajadora, siempre pendiente del reloj: ¡una especie de... jefe de estación! Y claro, te considera como un tren, que siempre hace el mismo recorrido y pasa por delante de ella á las mismas horas... ¿No se te ha ocurrido alguna vez, abandonar tus eternos carriles y recorrer, locamente, los floridos campos que te rodean? ¿Te lo impide el temor de un desastre ferroviario?

JUAN.—Si, si ¡un choque!

ALDO.—¡Ten presente que eres un tren... solamente para tu mujer!...

JUAN.—(*Algo animado.*) ¡Ja, ja, ja!... ¡Está bien! ¡Yo un tren! ¡Y mi mujer el jefe de estación! ¡Ja, ja, ja!...

ALDO.—¿Por qué no tratas de salir de los carriles?

JUAN.—¡Ya es tarde!

ALDO.—¡Nunca es tarde, si la dicha es buena!... (*Con misterio.*) ¿Quieres intentar el experimento, una de estas noches?...

JUAN.—¡Dios mío! ¿De noche salirme de vía?... ¡No, no, puedo!

ALDO.—Tienes miedo al jefe... Si es por esto,

se le telegrafía que tienes un viaje extraordinario...

JUAN.—¡Ya lo veremos!... (*Medio en broma, n edio en serio.*)

ESCENA III

ALDO, en una de las frecuentes veces, que se ha vuelto hacia el saloncito para ver si les escuchan y admirar á la condesa se fija en que su madre está completamente dormida.

ALDO.—Mamá se ha dormido. ¡La pobre!... (*Marcha al saloncito acercándose á su madre.*) ¡Mamá! (*Brema se levanta y sigue á Aldo al saloncito donde se queda charlando con las señoras.*)

El acto sigue en la página 80 en el sitio marcado con un asterisco.

ATRO ANTIGUO Y MODERNO

ección de las mejores obras dramáticas

á 1 peseta el tomo

Ibsen.—*Halvard Solness.*
» —*Hedda Gabler.*
» —*Los puntales de la Sociedad.*
» —*Un enemigo del pueblo.*
Strindberg.—*La señorita Julia.*
Shakespeare.—*Hamlet.*
Ibsen.—*Casa de muñeca.*
» —*La unión de los jóvenes.*
Balzac.—*Lucha eterna.*
Ibsen.—*Brand.*
» —*El pato silvestre.*
Sudermann.—*El Honor.*
Shakespeare.—*Otelo.*
Ibsen.—*Espectros.*
Shakespeare.—*La fierecilla domada.*
Marlowe.—*Fausto.*
D'Agano.—*Mas allá de la vida.*
Maeterlinck.—*La intrusa.—Los ciegos.--Interior.*
D'Agano.—*El dominador.*
T. de Molina.—*D. Gil de las calzas verdes.*
» —*El vergonzoso en palacio.*
» —*La Villana de Vallecas.*
Hauptmann.—*Almas solitarias.*
Moratín.—*El sí de las niñas.—El café.*
Calderón.—*La vida es sueño.*

26.—**Ibsen.**—*La dama del mar.*
27.—**Dumas.**—*La dama de las camelias.*
28.—**Ibsen.**—*Rosmersholm.*
29.— » —*El niño Eyolf.*
30.—**Strindberg.**—*Padre.*
31.—**Sudermann.**—*Magda.*
32.—**Gener-Omedes.**—*El señor ministro.*
33.—**Pagano.**—*Nirvana.*
34.—**Payró.**—*Sobre las ruinas...*
35.—**Pagano.**—*Almas que luchan.*
36.—**Butti.**—*Tras el placer.*
37.—**Moratin**—*El médico á palos.* — *La escuela maridos.*

A dos reales tomo

Anónimo.—*El diablo predicador.*
Jovellanos.—*El delincuente honrado.*
Labaila.—*Los comuneros de Cataluña.*

BIBLIOTECA SELECT

1 **Salustio.**—*Conjuración de Catilina.* . . .
2 **Janet.**—*Filosofía de la felicidad* . . . . .
3 **Wagner.**—*Mis ideas.* . . . . . .
4 **Espronceda.** — *Desesperación.* — *Arrepentimiento..* . . . . . .
5 **Zola.**—*¡Yo acuso!.* . . . . . .
6 **Nietzsche.**—*Mas allá del bien y del mal* . .
7 » —*Así hablaba Zaratustra.* . . .

NOVEDAD LITERARIA

NOSTALGIA.—Novela de la eminente *Grazia Deledda* trato de la autora.—Prólogo de Miguel S. Oliver . .

TEATRO ANTIGUO Y MODE

Colección de las mejores obras dramátic
á CUATRO REALES tomo

Ibsen.—Halvard Solness.
» —Hedda Gabler.
» —Los puntales de la sociedad.
» —Un enemigo del pueblo.
» —Casa de muñeca.
» —La unión de los jóvenes.
» —Brand.
» —El pato silvestre.
» —Espectros.
» —La dama del mar.
» —Rosmersholm.
» —El niño Eyolf
Shakespeare.—Hamlet.
» —Otelo.
» —La fierecilla domada.
Balzac.—Lucha eterna.
Strindberg.—La señorita Julia.
» —Padre.
Sudermann.—El honor.
» Magda

Marlowe.—Fausto.
Pagano.—Más allá de
» El dominado
» Nirvana
» Almas que l
Maeterlinck.—La intr
ciegos.—
T. de Molina—D. Gil
cal
» El ver
» La Vil

Moratin.—El sí de las
»
Hauptmann.—Almas
Calderôn.—La vida es
Dumas.—La dama de

Gener-Omedes.—El Sr
Payró – Sobre las ru
Butti.—Tras el place

A DOS RELAES tomo

Anónimo.—El diablo predicad
Jovellanos.—El delincuente h
Labaila.—Los comuneros de C